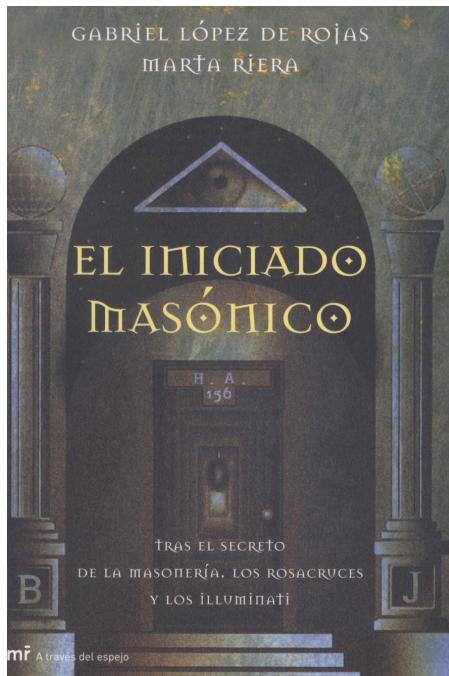


EL INICIADO MASÓNICO



**TRAS EL SECRETO
DE LA MASONERIA, LOS ROSACRUCES
Y LOS ILLUMINATI**

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. Hernán



Para descargar de Internet:
“ELEVEN” – Biblioteca del Nuevo Tiempo
ROSARIO – ARGENTINA

Adherida a: Directorio Promineo: www.promineo.gq.nu
www.11argentina.com

El iniciado masónico
© 2003, Gabriel López de Rojas
© 2003, Marta Riera i Franco
Digitalizador: Nasca
L-01 – 25/06/04

Contraportada

La masonería lleva cientos de años buscando la palabra perdida. Muchos han argumentado que se podía encontrar en diversos ritos masónicos, como el Escocés Antiguo y Aceptado, el de York, el de los Iluminados...

El inglés Richard Holbein, protagonista de esta novela, busca esa famosa palabra desde inicios del siglo xviii hasta el presente, recorriendo un sinfín de obediencias y órdenes masónicas. Durante más de trescientos años pasa por la Gran Logia de Londres, el Gran Oriente de Francia, los illuminati de Baviera, la Golden Dawn, la Gran Logia de Nueva York y otras muchas, con la esperanza de encontrar la tumba de Hiram Abiff, donde espera hallar un gran tesoro.

El iniciado masónico aborda la historia de la masonería, sus tendencias y sus grandes secretos, a través de una apasionante trama que cuenta, con tono periodístico, la búsqueda de la palabra perdida: la clave para encontrar el mayor tesoro imaginable.

Una novela polémica y original que revela toda la verdad de las sociedades iniciáticas.

Contraportada interior

Gabriel López de Rojas

(Barcelona, 1966) es escritor y el fundador de la Orden Illuminati y de la Societas OTO (Ordo Templi Orientalis), ambas con presencia en más de veinticinco países. Posee todos los grados de los más importantes ritos masónicos: grado 97° o Sustituto de la Cabeza Internacional para los países de lengua española y portuguesa de la Masonería Egipcia del Antiguo y Primitivo Rito de Memphis-Misraím, grado 33° del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, grado XX° del Rito Egipcio de la Orden de Memphis de Rumania, y grado XII° del Rito Egipcio de la ISCON de Brasil, a la vez que también es el fundador del Rito «moderno» de los Iluminados de Baviera, de trece grados de iniciación. Ha escrito catorce libros sobre órdenes iniciáticas y masonería y ha concedido extensas entrevistas a medios de comunicación.

Marta Riera i Franco

(Barcelona, 1964) estudió música (piano) en el Conservatorio Superior de Música de Barcelona y se dedicó a la docencia. En 1990 comenzó a colaborar en diversas emisoras de radio, lo que con el tiempo le condujo al periodismo. Fue colaboradora de emisoras como Radio Miramar o Catalunya Radio y ejerció como redactora jefa de la revista Karma-7. En la actualidad, se dedica a la información local y comarcal, es jefa de informativos de Radio Barbera (Barbera del Valles, Barcelona) y redactora del diario Barbera, al dia! Posee el grado IX° de la Orden Illuminati y el grado VI° de la Societas Ordo Templi Orientalis. También posee el grado 96° o Cabeza Nacional para España de la Masonería Egipcia del Antiguo y Primitivo Rito de Memphis-Misraím.

ÍNDICE

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. Hernán.....	1
Rosario – Argentina.....	1
ÍNDICE.....	2
INTRODUCCIÓN.....	3
El libro.....	3
La Gran Logia de Londres.....	7
El Club del Fuego del Infierno.....	11
El viaje a Baviera.....	15
LOS ILLUMINATI.....	19
El Gran Oriente de Francia y la Revolución francesa.....	24
Tras los pasos de Christian Rosenkreutz.....	26
La Golden Dawn, la Ordo Templi Orientis y el Rito de Memphis-Misraím.....	31
El encuentro con Aleister Crowley, la «Gran Bestia»	35
los illuminati de estados unidos y el Rito Escocés Antiguo y Aceptado.....	40
Las locuras del siglo xx.....	48
Barcelona y la Palabra Perdida.....	54
El camino hacia Zión.....	60
La Tumba y el Tesoro.....	65

A los hermanos, en la luz

INTRODUCCIÓN

La presente obra representa un esfuerzo notable de Gabriel López de Rojas y Marta Riera, ambos con profesiones muy distintas. El primero es escritor y fundador de órdenes para-masónicas internacionales, como la Orden Illuminati y la Societas OTO (Ordo Templi Orientalis), y posee un alto grado en varios ritos masónicos: Antiguo y Primitivo Rito de Memphis-Misraim, Rito Escocés Antiguo y Aceptado... y por supuesto, Rito «moderno» de los Iluminados de Baviera, del cual es el creador. Marta Riera es música y periodista, con dilatada experiencia en diversos medios de comunicación, y también inclinada hacia la iniciación. La diferencia de la trayectoria de los dos autores ha supuesto para ambos un enriquecimiento mutuo.

Antes de proceder a la lectura de la obra, se debe considerar que ésta es en todo momento una novela. Y eso significa que, aunque los datos que se aportan sobre la masonería y otras organizaciones iniciáticas se ajustan en un noventa por ciento de los casos a la verdad, a lo largo de las páginas se da un pequeño margen a la improvisación un pequeño margen para que la imaginación cabalgue a su anchas. Este punto se debe tener muy en cuenta, ya que después siempre aparecen los «sabios» de turno que intentan derribar el edificio bien cimentado, elevado y adornado bajo la excusa de cualquier minúscula grieta.

Un punto más que debe tenerse presente es que los autores tienen un criterio propio y que por eso se posicionan en el momento de narrar situaciones y opinan sobre cuestiones que son auténticos tabúes, principalmente en contextos masónicos. Y nos referimos aquí a asuntos tan ásperos como la leyenda luciferina de Hiram Abiff, tendencias masónicas que se rechazan desde la «regularidad», la derechización progresiva de la masonería, la infiltración en la misma de elementos indeseables...

Antes de iniciar la lectura de esta obra, el lector también debe tener en cuenta que los autores buscan expresar en ella la grandeza de la masonería, tratando sus diferentes tendencias (masonería tradicional o regular, masonería liberal o irregular y masonería ocultista o marginal, según la denominación de algunos autores) y sus principales ramas. Las obediencias y ramas masónicas que aborda la obra son la Gran Logia de Londres del siglo xviii, el Gran Oriente de Francia, los illunati bávaros, la Golden Dawn, la OTO y el Rito de Memphis-Misráim, entre otras. Ello no impide que para animar la trama los autores se tomen la licencia de incluir a algún «conventículo» seudosatánico como el Club del Fuego del Infierno.

De la trama, se tiene que decir que el inglés Richard Holbein es el héroe, y que el argumento es la búsqueda de la palabra perdida, de la tumba de Hiram Abiff y del tesoro de todos los tesoros. Héroe y argumento sirven de excusa perfecta para repasar de forma heterodoxa la historia de la masonería, sus citadas tendencias y ramas, sus problemas, sus secretos y misterios más velados... En este sentido, cabe decir como dato anecdotólico que en la novela se citan incluso los retejos de los más altos grados escoceses, algo jamás publicado en España.

Poco nos resta por añadir, salvo que las trayectorias y las creencias de los dos autores han sido fundamentales para determinar la trama de la novela. La novela fluye desde lo más profundo de ambos, donde se encuentran un sinfín de conocimientos, experiencias, recuerdos y, sobre todo, la presencia del Dios de la Luz, el cual ilumina cualquier labor.

Tenemos el deseo interior de que una frase que honra a ese Dios de la Luz cierre esta introducción, porque creemos que es cierta. Deseamos que el lector medite sobre ella antes de adentrarse en la aventura que le espera. La frase es «*Cum luce, salutem*» o, lo que es igual, «Con la Luz, la salvación».

GABRIEL LÓPEZ DE ROJAS
MARTA RIERA I FRANCO

EL LIBRO

«Una verdadera iniciación nunca termina,
una búsqueda puede tener un final.»

Los AUTORES

Junio de 1725. Yalding, condado de Kent, Inglaterra

Sin duda, el libro era curioso. Encuadrado cuidadosamente y escrito en papel de pergamino, ofrecía un aspecto muy diferente al de los otros ejemplares que llenaban a rebosar la magnífica biblioteca que Richard había heredado.

El libro, de apenas un palmo de altura, parecía antiguo, aunque bien conservado, y se había ido deslizando hacia las profundidades del denso estante donde se encontraba. Sin título en las cubiertas, únicamente mostraba un pequeño triángulo dorado incrustado sobre la piel. En la primera página, y escrito con una letra rica y ornamentada, aparecía un nombre: «Conde de Saint-Germain.»

Richard alzó la vista del libro y observó lentamente la habitación donde se encontraba. Aquella biblioteca... Un lugar misterioso al que su padre, el difunto John Holbein, no le había permitido acceder en su infancia. A pesar de su insistencia, Richard sólo logró atisbar desde las jambas de la gran puerta el espacio donde se almacenaban cientos y cientos de libros, muchos de ellos escritos a mano, que había atesorado año tras año su abuelo, Isaac Holbein. Richard no llegó a conocer a su abuelo, ya que éste murió mucho antes de que él llegara al mundo. De todos modos, el viejo Isaac no tenía relación con su hijo John desde que le había echado de la gran casa de Yalding, la casa de la familia. Las malas lenguas decían que Isaac Holbein nunca perdonó que su hijo abrazara la religión anglicana, aunque también se rumoreaba que lo que en realidad provocó su ira fue que su hijo renegara de sus raíces judías y *abrazara*, el cristianismo, tras casarse a sus cincuenta y nueve años con una joven de apenas treinta.

La mansión de los Holbein terminó de construirse hacia 1570, bajo la mirada austera de Thomas Holbein, hijo del gran pintor Hans Holbein. Hans fue pintor de la corte del rey Enrique VIII, amigo del gran Erasmo y protegido de Tomás Moro. Todo un personaje. Murió de peste negra en la gran epidemia que asoló Londres en 1543.

Richard volvió a centrar su atención en la biblioteca, ya que por fin podía poner los pies en ella... Su padre había muerto en la primavera de 1705, cuando él, su único hijo, estaba a punto de cumplir los trece años. Después de eso, su madre, Sarah Sydney, hija de una de las más insignes familias del condado de Kent, al sur de Inglaterra, lo envió a estudiar a la ciudad de Canterbury. En la actualidad, veinte años más tarde, recién cumplidos los treinta y tres y tras la muerte de su madre, por fin tomaba posesión de su herencia familiar: la gran casa situada en Yalding, en el corazón de Kent. Y lo primero que había hecho Richard, por supuesto, había sido entrar en la biblioteca.

Con el libro firmemente asido, se sentó en la gran silla situada ante la imponente chimenea. Lo abrió de nuevo, pasó con suavidad las primeras páginas y se detuvo al ver un misterioso encabezado: «Historia del tesoro oculto de Hiram Abiff.» Hiram Abiff... ¿De qué le sonaba ese nombre? ¡Claro! ¡Del Antiguo Testamento! Tal y como había aprendido de niño, el rey Salomón hizo construir el templo que no pudo erigir su padre, el mítico rey David. Para ello contó con la inapreciable ayuda de un gran experto enviado por el rey Hiram de Tiro, quien envió además todo tipo de material, como maderas preciosas y oro, que llegaron a Jerusalén por mar. Si Richard no recordaba mal, la historia podía leerse en el Antiguo Testamento, tanto en los libros de los Reyes como en las Crónicas... Pero ¿a qué tesoro se refería el tal conde de Saint-Germain en su libro?

En ese momento, un sirviente interrumpió sus cavilaciones al entrar en la estancia para prender varias bujías. A pesar de que el día robaba poco a poco algo de tiempo a la noche, la oscuridad ya había comenzado a cubrir los rincones de la biblioteca. De nuevo solo, Richard comenzó a leer.

«El rey de Tiro envió a Salomón un artista en quien moraba el espíritu de la sabiduría, Hiram Abiff. Hiram era hijo de una mujer de la tribu de Neftalí y de un trabajador tiro del latón llamado Ur. Era un maestro masón dotado de gran saber, inteligencia y maestría para trabajar oro, plata, bronce, hierro, mármol, madera... Hiram Abiff tenía bajo sus órdenes a 153.300 prosélitos, entre los que se encontraban 70.000 aprendices, 80.000 oficiales o compañeros y 3.300 maestros. Todos ellos se reconocían entre sí por medio de palabras secretas, señales y toques, diferentes para cada categoría.

»Cuando la construcción del templo de Salomón llegaba a su fin, tres compañeros desearon conocer los secretos de los maestros y así disfrutar de su grado, por lo que decidieron abordar a Hiram Abiff. Un primer oficial se apostó en la puerta del Mediodía del templo y, al salir Hiram del recinto, le hizo su demanda. Ante la negativa de Hiram a revelar el secreto, el primer compañero le asentó un golpe en la nuca con una regla o compás. Entonces, Hiram Abiff intentó huir a través de la puerta de Occidente, pero allí le esperaba el segundo compañero, que tras intentar conseguir el secreto y obtener de nuevo una negativa golpeó fuertemente a Hiram en el pecho con una escuadra de hierro. Finalmente, al tratar Hiram de huir atravesando la puerta de Oriente, se encontró con el tercer oficial, quien ante la resistencia del maestro de arquitectos a revelar el secreto le propinó un gran golpe en la frente con un martillo y le causó la muerte.

»Los asesinos enterraron el cadáver de Hiram Abiff lejos de Jerusalén y del monte Moria, donde se erigía el templo. »El rey Salomón, al echar de menos a Hiram, ordenó que nueve maestros lo buscaran. Al llegar éstos a un lugar alejado de Jerusalén y habiéndose echado a descansar en un pequeño cerro, notaron que la tierra estaba removida. Entonces, cavaron en aquel lugar y descubrieron allí el cadáver de Hiram. Volvieron a enterrar al maestro masón y, para poder reconocer el lugar, plantaron encima una rama de acacia. Más tarde, Salomón hizo trasladar a Hiram Abiff a Jerusalén.»

Richard levantó la vista del libro. Esa extraña historia sobre el asesinato no aparecía en el relato de la Biblia... Olvidando lo avanzado de la hora, continuó con su lectura. «La casa que el rey Salomón edificó a Yahveh tenía sesenta codos de largo, veinte de ancho y treinta de alto. Ante el templo, se erigía un pórtico de veinte codos de largo...» El texto continuaba extendiéndose en detalles sobre la construcción del edificio y de sus ornamentaciones. Richard recordaba bien todo ello, leído en algunas ocasiones durante sus años en Canterbury. Releyó rápidamente todo aquel fragmento. Y sus ojos se detuvieron al leer lo siguiente:

«Salomón mandó construir en la parte más profunda del templo una bóveda sagrada, a la que únicamente podía accederse descendiendo una escalera de veinticuatro peldaños, dividida en tramos de tres, cinco, siete y nueve, cuya ubicación sólo era conocida por el rey y por los maestros que habían trabajado en ella. En esa bóveda, construida a escala del gran templo que estaba sobre ella, el rey Salomón hizo colocar un pedestal triangular donde mandó grabar los diversos signos secretos de los aprendices, compañeros y maestros

masones. En ese lugar secreto, se dio sepultura finalmente a Hiram Abiff, y junto a él se guardó el mayor tesoro que hombre alguno pueda imaginar. Un tesoro más brillante y poderoso que todo el oro que utilizó Salomón para cubrir las paredes de su templo. El tesoro de los tesoros.»

Richard sintió una extraña sensación al leer esas últimas palabras.

Aunque agradable y educado, Richard Holbein nunca había tenido amigos muy íntimos, y con los años se había convertido en un hombre algo solitario. Se podía decir que había crecido bajo las capas de los clérigos del Saint Augustin College de Canterbury y, a pesar del ambiente religioso del lugar, no se podía afirmar que éstos hubieran conseguido formar a un hombre de fe. Sus dudas respecto a casi todo le habían ocasionado más de un severo castigo durante sus años de estudio. Únicamente sabía que buscaba respuestas, respuestas para lo divino y para lo terreno, respuestas que acallaran su hambre de conocimiento, respuestas que llenaran de luz su solitario camino.

Toda aquella historia no podía ser una simple leyenda, al menos no para Richard. Pasó las páginas del libro hasta llegar al final, y allí, bajo la firma del conde de Saint-Germain, se leía claramente: «Londres, 1685.» Quizá, con un poco de suerte, aún podía encontrar al conde o a algún descendiente suyo en la capital, para así conseguir más detalles sobre el tesoro de Hiram Abiff. Al día siguiente, que amaneció claro, aunque algo frío, Richard Holbein, a lomos de su caballo, se dirigió a Londres, pasando por Maidstone y subiendo luego hacia el norte.

Londres podía ser una ciudad muy complicada si no se conocía bien. Una vez en la capital, Richard cruzó el Támesis por el puente de Londres y se dirigió resuelto hacia la catedral de San Pablo.

San Pablo, además de ser un importante lugar de culto, era también un gran centro de información y negocios. En sus alrededores se podía desde contratar sirvientes, hasta realizar buenos tratos con caballerías o... encontrar a aquellas personas a las que se buscaba. Así que, sin dudarlo un momento, y a pesar de la oscuridad reinante en las calles colindantes a la iglesia, el joven Holbein caminó con paso ligero en dirección a una pequeña taberna, El Manzano, regentada por un enjuto y cejijunto holandés, al que conocía muy bien de sus correrías juveniles.

Tras una marcha un tanto rápida, Richard llegó a la taberna, abrió el portón sin aliento y divisó a su viejo amigo holandés en un rincón.

—¿Qué sabéis, amigo, del conde de Saint-Germain? —preguntó acercándose al rincón oscuro.

—¿Conde de Saint-Germain? ¿Os referís al famoso conde de Saint-Germain, el portugués? —inquirió el holandés con asombro por las prisas del joven.

—Portugués o francés o qué sé yo. Sí, hablo de él, del conde de Saint-Germain. Seguramente ya estará muerto, pero quizás conocéis a algún hijo suyo o a un pariente cercano...

El tabernero le miró sorprendido, alzando su única ceja hasta una altura increíble.

—Señor, el conde de Saint-Germain acude asiduamente a mi humilde taberna. En cualquier caso, si no tenéis prisa, el conde acostumbra a llegar a la taberna poco más allá de las ocho y se reúne con amigos suyos.

¡Santo Dios! ¡Aquellos sí que era casualidad! ¿Cómo era posible? Richard tenía la sensación de estar viviendo un sueño, pero un sueño dirigido por una mano misteriosa que le iba poniendo en su camino las piezas de un gran juego de ajedrez.

Tras cenar frugalmente y beber una buena cerveza, Richard se dispuso a esperar.

Miraba lentamente a su alrededor, donde a duras penas distinguía los rostros de los otros parroquianos. La taberna olía a vino, a comida y a rancio, pero tenía aquello inexplicable que convierte una estancia sencilla en un lugar acogedor. Perdido en sus pensamientos y con los ojos fijos en el vacío, Richard no advirtió la entrada de un caballero alto, de porte elegante, que tras descubrirse mostró una hermosa melena rubia. Despues de departir en voz baja con el dueño del local, el caballero recién llegado se acercó a la mesa que ocupaba Richard.

—Buenas noches, señor. Según me han informado, deseaba verme... Permítame que me presente: soy el conde de Saint-Germain. Y parece ser que quiere conocerme. ¿Cuál es el motivo?

El conde parecía irradiar una extraña luz a su alrededor.

Richard se levantó rápidamente para saludarlo y notó que el misterioso aristócrata era de su misma altura. Aunque Holbein tenía el cabello algo más oscuro y ondulado y la tez morena, ambos compartían el color azul de los ojos.

Tras presentarse, Richard le explicó el motivo de su viaje a Londres, y mientras lo hacía extrajo de su faltriquera el pequeño libro encontrado en la biblioteca de Yalding. Con una enigmática sonrisa, Saint-Germain tomó el ejemplar entre sus manos. Emitió un suave suspiro y, clavando su mirada en los ojos de Richard, silabeó lentamente tres palabras: «Te he encontrado.»

Tras unos segundos de silencio, el conde se decidió a hablar con profundidad.

—En todos los años que llevo esperando, no he concedido nunca un momento al desánimo; no he dudado nunca de que la misión que se me encomendó llegaría a buen puerto. Pero reconozco que ya me resultaba difícil soportar la larga espera. Tranquilo, todo tiene una explicación —añadió el conde ante la muda pregunta de Richard, que empezaba a no entender nada—. Quizás tú seas aquel al que yo esperaba. Pero, en cualquier caso, apelo a tu paciencia para que escuches mi historia hasta el final. Despues, serás libre de elegir el camino a seguir.

Richard, que se creía preparado para enfrentarse a casi todo, se dio cuenta de que los últimos comentarios lo habían descolocado por completo y decidió preguntar.

—Antes de que continúe, conde, le rogaría que me dijera si alguien le ha hablado de mí...

—No, no, te aseguro que no. Y no te moleste porque haya apeado el tratamiento, pero creo que te conozco desde hace muchos años, aunque es la primera vez que te veo. Vuelvo a apelar a tu paciencia y a tu comprensión. Te ruego que me escuches con atención y con el alma abierta y libre de prejuicios.

»El saber no ha estado nunca al alcance de los hombres sencillos, mas los hombres de Dios siempre han podido arrojar luz a la oscuridad de la ignorancia. Así que decidí acercarme a ellos para conseguir algo de luz. En la tierra de donde yo provengo, los sacerdotes siempre han tenido mucho poder y los reyes, en cierto modo, han seguido sus dictados. Fueron ellos, los sacerdotes, los que me dieron a conocer la historia de Hiram Abiff, una historia escondida tras un velo de discreción que debes de conocer.

Tras una pausa de unos segundos, el conde de Saint-Germain continuó hablando, dejando caer lentamente sus palabras.

—Nací y crecí a orillas del río Nilo, en la ciudad egipcia de Tebas. Una ciudad consagrada al gran Dios Amón y dirigida por sus sumos sacerdotes. Ellos fueron los que me educaron y me iniciaron en ciencias y saberes ocultos. Iput, sumo sacerdote de Amón, fue el que me explicó lo que le ocurrió a Hiram Abiff, el masón que edificó el gran templo de Salomón.

Saint-Germain hizo una pausa, tomó aire y continuó bajando la voz.

—Lo que me explicó Iput sólo hacía unos pocos años que había ocurrido. De eso hace más de 1.500 años...

El conde dejó que Richard se tomara su tiempo. En el interior del joven se había entablado una lucha entre su natural racionalidad y una extraña intuición que le decía que aquello podía ser verdad, por inconcebible que pudiera parecer. ¿Es que el conde de Saint-Germain era inmortal?

—Pero... ¿qué tengo que ver yo con todo esto, según usted? —preguntó Richard.

Permíteme que continúe con mi historia y llegaremos a eso. Según los sacerdotes de Egipto, Hiram Abiff, el héroe masónico por excelencia, fue enterrado finalmente en el templo de Jerusalén con un gran tesoro, el tesoro de los tesoros.

Los masones actuales creen que fue en la parte más oculta del templo, en el sancta sanctorum, pero puede no ser así.

La clave de la búsqueda está en la palabra perdida. Esa palabra conduce al lugar donde se encuentra realmente la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de los tesoros que está en ella. Los sacerdotes me prepararon concienzudamente para que yo pudiera emprender la búsqueda, pero ya no puedo más y necesito que alguien me suceda.

»Ahora, Richard, sólo debes decirme si deseas emprender la búsqueda de la palabra perdida que conduce a la tumba y al tesoro de Hiram Abiff. Pero ten presente algo muy importante: en el caso de que accedas, deberás renunciar a tus seres queridos, a aquellos que te conocen, porque tu recorrido puede llevarte muchos años y ellos no podrán acompañarte.

»Sé que la decisión es difícil. Por eso, querido amigo, te pido que lo pienses y medites largamente. Yo estaré esperando tu respuesta aquí mismo.

El conde sonrió y añadió una frase con tono categórico. —Sé que no me equivoco contigo. En unos pocos segundos, Richard pensó en todo lo que había oído esa noche y supo sin ninguna duda que la casualidad lo había elegido a él. No tenía de quién despedirse, ni echaría a nadie de menos. Su madre fue la última persona a la que estuvo unido. No tenía amigos, ni parientes con los que se tratara, ni amores a los que añorar... De hecho, Richard no se había enamorado nunca. Incluso, en alguna ocasión, se habían escuchado algunos comentarios maledicentes que ponían en duda su hombría. Lo cierto es que a Richard le atraían las mujeres... y los hombres, lo cual aumentaba aún más, si cabe, su introversión.

No, la verdad es que Richard no tenía a nadie de quien despedirse.

—Conde —repuso Richard—, no hará falta que espere. Deseo recorrer ese camino. Sólo espero vuestras indicaciones. Aunque no sé si mi vida será suficiente para llegar al final de la búsqueda.

—Por eso no debes preocuparte —se apresuró a explicar el conde—. La vida es sólo una ilusión y, como tal, puede variarse. Recuerda que mi edad dejó de tener valor hace ya muchos, muchos años. Una vez me comprometí ante Iput a buscarme; éste me dio a beber el néctar extraído del árbol del Conocimiento, que consiguió frenar en mí el paso de los años y me hizo depositario de una redoma con el suficiente néctar como para que no debas preocuparte por el tiempo que transcurre. El hombre, en su infinita impaciencia y orgullo, puso fronteras al tiempo creyendo así poder dominarlo. Y créeme, esa visión material y mezquina consiguió que el tiempo lo venciera. Tú puedes vivir los años necesarios para completar la búsqueda, Richard. En tus manos está.

Con un gesto casi invisible, apareció en la mano del conde una pequeña botellita hecha de ámbar que contenía un líquido espeso y oscuro. Acercó su mano abierta hacia las de Richard, que reposaban sobre la mesa. El joven tomó la diminuta redoma y observó que la abertura estaba ladrada. —¿Qué debo hacer ahora?

—Ante todo, guardar con sumo cuidado el recipiente que te acabo de dar. En cuanto al néctar, debes ingerirlo al anochecer. El día elegido para tomarlo deberás observar un ayuno riguroso de alimentos. Sólo beberás agua. Descansa mucho y pasea por el campo, observando la belleza que te rodea y meditando sobre la grandeza de la creación. Cuando se ponga el Sol, ve a tus habitaciones y estírate en tu lecho. Toma entonces el néctar. Notarás sensaciones desconocidas, pero no te asustes; con el paso de las horas tu cuerpo

conocerá otra forma de existir. El nuevo día te verá nacer al mundo de forma diferente, con un nuevo traje que te durará muchos años, quizás siglos.

Richard guardó cuidadosamente la redoma y se levantó lentamente. Se despidió del conde de Saint-Germain, acordando encontrarse de nuevo con él una vez hubiera cumplido con la toma del néctar.

Cuando salió de la taberna, era de noche totalmente cerrada. Una espesa niebla, que invitaba a los pocos caminantes a volver a sus casas, comenzaba a reptar por las calles londinenses. Richard se encaminó hacia la posada donde había de pernoctar, decidido ya a dar el paso más importante de su vida. Pensó entonces que el libro de Saint-Germain lo había introducido en la aventura más apasionante que nunca hubiera podido imaginar.

El día elegido para tomar el néctar coincidió con el solsticio de verano. Richard había leído sobre viejas tradiciones, las cuales muchos aún mantenían, que hablaban de la magia que envolvía a las horas en que la primavera daba paso al verano. Muchos eran los que creían, a pesar del empeño de los sacerdotes cristianos, en el poder de la naturaleza y de todo lo que la formaba: árboles, ríos, montañas, animales...

Se levantó temprano y, siguiendo las indicaciones de Saint-Germain, no probó bocado en todo el día, y tomó agua a menudo. Salió de la casa y se encaminó despacio por un sendero hacia el tranquilo bosque que empezaba junto a la mansión. Caminó durante varias horas; se detenía a descansar y meditaba sobre todo lo que veía, tal y como le habían indicado. La jornada transcurrió plácida y agradable, y dio paso a un bello ocaso presidido por Venus, el lucero, el astro más luminoso del firmamento tras el Sol y la Luna.

Entonces, Richard se dirigió a su dormitorio y, tras quitarse todas sus ropas, se tendió sobre el lecho. Tomó la pequeña redoma y, ayudado por un afilado abrecartas, rompió cuidadosamente el lacre. Se acercó la botella a la nariz y notó un fuerte olor resinoso que llegó a marearle. Respiró hondamente para desechar el olor y, sin más dilaciones, tomó hasta la última gota del contenido de la redoma.

Tras dejar la botella en el suelo, Richard se tendió sobre la cama. Cerró los ojos e intentó relajarse. Poco a poco, comenzó a notar como si su cuerpo perdiera peso... Abrió los ojos y se miró las manos con extrañeza. A pesar de la escasa luz de las velas, no observó ninguna diferencia en su aspecto. Pero la sensación de ingratitud aumentaba, hasta el punto de que sintió como si prácticamente no se apoyara en el lecho. Poco a poco, un extraño sopor fue invadiéndole y le llevó a un sueño profundo y oscuro. Y Richard soñó. Soñó con extraños mundos de proporciones ciclópeas; con paisajes desconocidos bañados por luces rojas; soñó con un ser maravilloso que mostraba atributos femeninos y masculinos a la vez, que le invitaba a preguntarle y a hablarle de sus deseos más ocultos...

Cuando por fin despertó, tuvo la impresión de que había recibido una especie de iniciación y a la vez sintió miedo de que el néctar le hubiera transformado en exceso. Abrió los ojos casi con temor e, inmediatamente, se miró las manos, los brazos y el resto de su cuerpo. ¡Bien! Todo parecía estar en orden. Se levantó con cuidado, ya que la cabeza le dolía un poco y notaba un ligero mareo. Se dirigió a un pulido espejo que había en su vestidor. Respiró aliviado al verse reflejado en su esplendorosa desnudez. Quizá el néctar no le había hecho efecto... Pero ¡un momento! ¿Dónde estaba la cicatriz que tenía desde la niñez en el muslo de la pierna derecha, fruto de una caída del caballo? Richard fue rápidamente

junto a una ventana y se agachó en busca de la marca. ¡No estaba! Entonces se hizo un repaso exhaustivo por todo el cuerpo, en busca de diferencias, y se dio cuenta de que también le habían desaparecido los pocos cabellos blancos que le empezaban a aparecer tanto en la cabeza como en otras partes del cuerpo. ¡Estaba claro! ¡El néctar había funcionado!

LA GRAN LOGIA DE LONDRES

«No es sólo que no se conozcan los orígenes de la francmasonería; sino que además se admite que los "auténticos secretos" se han perdido, y que se utilizan "secretos sustitutorios" de aquéllos en las ceremonias masónicas, "hasta que llegue el momento de que sean redescubiertos".»

CHRISTOPHER KNIGHT y ROBERT LOMAS, *La clave masónica*

Septiembre de 1725. Londres, Inglaterra

Durante el verano, Richard Holbein fue acostumbrándose poco a poco a su nueva condición inmortal. Externamente, el joven no había cambiado. La ausencia de las marcas de la piel y los cabellos blancos no era suficiente para que otras personas sospecharan nada extraño. A pesar de eso, Richard no pudo evitar sentir una cierta aversión a enfrentarse cara a cara con aquellos que le conocían. Por suerte, sólo su fiel mayordomo le veía con frecuencia y, debido a la edad y la mala vista, no notaba los cambios que se habían producido en él.

Otra cosa era el cambio interior. Definir su nuevo estado era prácticamente imposible... En los meses de estío, el conde de Saint-Germain calmó en buena parte sus dudas respecto a su inmortalidad, aunque no pudo indicarle cómo había llegado a encontrarse tan a gusto siendo tan diferente.

—Realmente, mi joven amigo, ser inmortal es encontrarse bien, sentirse pleno. Durante algunos años también podrás disfrutar de la compañía de algunas personas; incluso podrás tomar cariño a más de una... Pero, Richard, siempre has de tener presente que esas personas no podrán acompañarte en tu búsqueda. Lo

más importante es que nunca olvides quién eres, qué eres y qué buscas. La búsqueda de la palabra perdida, de la tumba de Hiram Abiff y del tesoro de tesoros que en ella se encuentra puede ser larga.

Con esas y otras frases, Saint-Germain depositaba en Richard el ánimo suficiente para emprender la búsqueda, aunque le advertía de los problemas que ella implicaba.

—La inmortalidad, créeme, es sólo una anécdota del tiempo. Los dioses te han concedido un regalo y debes aprovecharlo. El tesoro de Hiram Abiff está esperándote y tú puedes descubrirlo.

Septiembre llegó lluvioso y desapacible. Tras despedirse del conde una noche en El Manzano, Richard comenzó su búsqueda en otra taberna londinense donde sabía que se reunían unos caballeros que decían ser masones, es decir, constructores, como Hiram Abiff. En este caso, el nombre de la taberna era La Corona.

Saint-Germain había informado a Richard sobre ciertas reuniones que se realizaban los jueves al anochecer en La Corona. Según había podido averiguar el conde, gracias a sus buenas relaciones con ciertos nobles londinenses, los que allí se reunían con algunos miembros afiliados a la masonería provenían de notables familias de Inglaterra. Con esos pocos datos, Richard entró decidido al local.

Tras preguntar al tabernero por los caballeros que se reunían allí los jueves, justo ese día, éste le indicó que se dirigiera hacia el fondo de la oscura sala repleta de mesas y bancos. Una vez allí, distinguió un grueso cortinaje que conducía a un reservado. Levantó la cortina y se encontró con la mirada de seis hombres que, sentados alrededor de una mesa, le observaban con curiosidad.

—Disculpen, caballeros. No quería interrumpir su conversación. Mi nombre es Richard Holbein y provengo de Yalding, en el condado de Kent.

—Decidnos, señor —repuso el hombre que parecía tener más edad—. ¿Con qué objeto venís a nosotros?

—Mi deseo es saber cómo contactar con masones o con la masonería. Tengo entendido, por rumores, que en esta taberna pueden indicarme la forma de contactar con ellos. ¿Qué pueden decirme ustedes, caballeros? —preguntó Richard.

—¡Un joven interesado en los masones! —exclamó uno de los presentes mientras el resto se miraba.

—¿Tenéis una dirección de contacto, señor? —preguntó otro de los reunidos rápidamente.

Richard buscó en sus bolsillos y extrajo una nota preparada con sus datos y dirección; entonces, se la entregó al grupo. Todos ojearon la nota. Se volvieron a mirar entre sí y el individuo que realizó la primera pregunta volvió a tomar la palabra.

—Soy el hermano John, miembro de la Gran Logia de Londres, y debo decirle que nosotros somos masones. Si lo desea, contactaremos con usted en unos pocos días. ¿Qué le Parece, señor?

Richard apenas pudo balbucear una respuesta afirmativa- Asintió con la cabeza y quedó comprometido. Tras esbozar una tímida sonrisa y afirmar una vez más, dio tres pasos hacia atrás y desapareció discretamente tras la cortina. Por Un momento, tuvo la impresión de que había dado el primer paso en la dirección apropiada; la palabra perdida, la tumba y el gran tesoro de Hiram Abiff ya no estaban tan lejos.

Los días de espera previos al aviso fueron insoportables para el joven Holbein. Durante el día, leía y releía el misterioso libro del conde de Saint-Germain, intentando descifrar nuevos secretos. De noche, apenas podía descansar envuelto en extraños sueños. ¿Serían producto de la situación o del extraño néctar que el conde había extraído del árbol del Conocimiento y que había tomado para soportar la larga búsqueda? Una noche soñó que se encontraba en una especie de túnel y que aparecían a su paso pequeños seres que le indicaban una dirección. Al final, recorría un pasillo e iba a parar a una sala abovedada vacía, donde un cartel decía: «La búsqueda no tiene fin y los iniciados lo saben.» Al despertarse, aumentó su estado de ansia. La espera no resultó agradable.

Cuatro semanas después del encuentro en la taberna, una carta advirtió a Richard de que había llegado el momento de entrevistarse con un masón de Londres y su ansia disminuyó poco a poco. Se relajó paseando por los bosques próximos a su mansión y preparó a conciencia la cita. A mediodía del lunes siguiente al aviso del correo, a lomos de su caballo, se dirigió hacia Londres.

El día de la cita llovía ligeramente y Richard Holbein pensó que tal vez el masón no acudiría al lugar del encuentro. Pero se equivocó. A la hora en punto, en el lugar indicado, el hermano John estaba de pie un tanto expectante. Al observarlo, éste sonrió e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y Richard le estrechó la mano algo ansioso.

—¿Dónde podríamos refugiarnos de este tiempo desagradable? —preguntó.

—Conozco un lugar, un pequeño parque cercano. Allí podremos hablar largo y tendido. Vamos —contestó el hermano John asiendo a Richard del brazo.

Recorrieron un par de calles, fueron a parar a un pequeño parque y se sentaron en un banco de madera que estaba rodeado de hierba y árboles frondosos, un lugar discreto. Se sentaron y hubo un corto silencio.

—Bien, empécemos. ¿Qué desea saber de nosotros, los masones? —preguntó el hermano John rompiendo la indecisión de Richard.

—En principio, caballero, quería que supiese que conocí la masonería leyendo un libro que hablaba de Hiram Abiff y de un misterioso tesoro. No estaría mal que me explicase algo sobre la historia de la masonería y Hiram Abiff, que es lo que me provocó la curiosidad inicial.

—Es un buen comienzo —respondió John de forma pausada, mirando fijamente a Richard—. La verdad es que casi nadie se pone de acuerdo sobre cuál es el origen de la masonería. Existen muchas teorías y no siempre son certeras. Los especialistas hablan del templo de Jerusalén, de los masones medievales, que

construyeron las catedrales góticas, de los templarios e incluso del Antiguo Egipto. Nos movemos en un terreno de especulaciones y todo es posible.

El joven Holbein recordó en ese instante la explicación del conde de Saint-Germain sobre Iuput, el sumo sacerdote de Anión, y sobre los sacerdotes egipcios, y sintió un escalofrío en medio de la noche. ¿Todo ello tendría alguna relación? ¿Habría una ligazón entre los sacerdotes egipcios de Iuput, el templo de Jerusalén, Hiram Abiff, los templarios, los masones medievales y la Gran Logia de Londres? El hermano John se volvió en su asiento y continuó su explicación fijamente a Richard.

—La verdad es que una parte de la masonería cree que los misterios masónicos de Egipto fueron transmitidos a los masones que construyeron el templo de Jerusalén, a los Arquitectos de Dionisio, al Colegio Romano de Arquitectos, a los masones medievales que construyeron las catedrales góticas y a la masonería que nosotros representamos como Gran Logia de Londres. En cuanto a Hiram Abiff, se deben tener presentes varias cuestiones. Tras la muerte del rey David, su hijo Salomón prosiguió la construcción del templo de Jerusalén, y para ello escogió el monte Moria. Para la obra, Salomón contó con la ayuda de Hiram, rey de Tiro, quien aportó una buena cantidad de material para construir el edificio. Hiram de Tiro también envió a Salomón bastantes masones, entre los que destacaba Hiram Abiff, el maestro de maestros. Éste era hijo de una mujer de la tribu de Neftalí y de un trabajador del latón llamado Ur, que significa «fuego, luz», y que fue misteriosamente asesinado cuando oraba en el templo y la obra estaba casi finalizada. Se cree que al principio fue enterrado en un monte cercano bajo una acacia y dentro del templo después, en el lugar más oculto: el sancta sanctórum.

Richard pensó que la explicación coincidía a grandes rasgos con la del conde de Saint-Germain, y que era una primera pista, pero decidió dar otro paso hacia adelante e intentar averiguar algo de la tumba de Hiram Abiff y del misterioso tesoro.

—Leí en el libro que la tumba de Hiram estaba en el templo. Me comenta usted, caballero, que se encontraba en la parte más oculta del templo: el sancta sanctórum. También leí en la obra que contenía un tesoro...

El hermano John lo miró fijamente de nuevo mientras una pareja de enamorados les pasaba por delante. Bajó el tono, se le acercó y le susurró en el oído izquierdo:

—El tesoro pueden ser misterios y secretos masónicos no desvelados, sobre todo a los profanos o no iniciados, y de la ubicación de la tumba real, no simbólica, también podríamos hablar mucho, aunque parece ser que estaba en el lugar que le he citado.

«Curioso», pensó Holbein. El masón de la Gran Logia de Londres le había dado unas explicaciones muy concretas que le aclaraban las explicaciones del conde de Saint-Germain. Los masones de la Gran Logia consideraban a Hiram un símbolo de la iniciación, también reconocían que la tumba real no había sido encontrada y aseguraban que esa tumba contenía misterios y secretos. Dejando de lado el simbolismo, se podría estar hablando de que la Gran Logia desconocía algunos secretos masónicos muy importantes. Pero ¿cómo encontrar la tumba? Richard recordó la explicación del conde de Saint-Germain, que señalaba a la masonería como la sociedad que tenía la palabra perdida y la clave que conducía a la tumba y el tesoro.

El hermano John, tras un silencio, de pronto, señaló con un dedo a una pareja de hombres de aspecto aristocrático que andaba por la calle y le explicó a Richard que eran conocidos suyos y que debían encontrarse con ellos. Uno, según él, había pertenecido al Club del Fuego del Infierno, una especie de sociedad secreta que recreaba el paganismo y los cultos pre cristianos. Los conocidos se acercaron y le dieron a John un extraño apretón de manos; entonces Richard recordó sus lecturas y pensó que se trataba de otros dos masones de la Gran Logia de Londres.

—¡Vaya nochecita! Da la impresión de que puede aparecerse el diablo en persona. Soy el hermano Smith, caballero —exclamó el tipo más alto, que se acercó y estrechó la mano del joven Holbein.

—Yo soy el hermano Frank —añadió el acompañante, quien, por cierto, tenía un aspecto muy afeminado pero bello.

Tras las presentaciones, la noche se hizo más oscura aún y hubo un silencio tenso. Todos se miraron y Richard se aventuró a preguntar casi en forma de susurro por su iniciación en la masonería, que era al fin y al cabo su camino, el camino a seguir en la búsqueda de la palabra perdida que conducía a la tumba de Hiram Abiff y el tesoro que se encontraba en ella.

—Bueno, creo que ya estamos todos reunidos. ¿O falta alguien? —preguntó Holbein en forma de introducción.

—Estamos todos los que debemos estar —respondió el hermano Smith.

—Así es —puntualizó el hermano John.

—Queridos caballeros, pues..., estoy interesado en ingresar en su hermandad —exclamó ya de forma categórica Richard—. No sé si me precipito o es el momento adecuado, sólo sé que deseo ser iniciado como masón en la Gran Logia de Londres que ustedes representan.

Los tres masones se miraron y el hermano John rompió el silencio.

—Querido Richard, desde que contactó con nosotros le hemos estado observando y sabemos qué tipo de persona es. Hoy nos lo ha demostrado. Usted, caballero, es un buscador y en principio no hay problema para que sea iniciado como Aprendiz en la Gran Logia de Londres.

Los tres masones se miraron y asintieron con la cabeza. —Deberá acudir a una taberna cuando nosotros se lo indiquemos —prosiguió el hermano John—. No se ponga nervioso y espere tranquilo. No lea libros y deje

que la iniciación, que muy probablemente se producirá el próximo viernes 13 de noviembre, le sea útil a nivel interior. No la condicione con lecturas profanas.

Los tres masones continuaron la charla con Richard durante unos minutos. Por fin se levantaron y se despidieron de él. Mientras, la imaginación de Richard lo situaba ya en el templo masónico, investigando la palabra perdida que desvelaba el lugar de la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de los tesoros. Los masones se despidieron del joven Holbein y desaparecieron en medio de una creciente niebla. Tres o cuatro días después, Richard fue avisado de que debía presentarse en la taberna La Corona el viernes 13 de noviembre, a las nueve de la noche. Hasta el día de la iniciación, volvieron las ansias y los sueños. Sin ir más lejos, se repitió el sueño que lo conducía a una sala abovedada vacía, aunque en el cartel se leía otra frase: «Ya has cumplido casi tres años y la búsqueda no ha hecho nada más que empezar.»

El 13 de noviembre de 1725, Richard Holbein se encontraba vestido con gran elegancia ante la puerta de la taberna La Corona, preparado para su iniciación masónica en la Gran Logia de Londres. El hermano John, con extrema puntualidad, salió a recibirla, le saludó con algo de seriedad y le condujo al interior de la taberna, que ahora se encontraba convertida en una especie de logia masónica. Tras atravesar la puerta de entrada, Richard apenas pudo ver nada, porque un hermano le puso una venda en los ojos y le privó de luz nada más cruzar el vestíbulo. Notó que se perdía en una serie de extraños paseos dirigidos por el masón que le había tapado los ojos, un extraño hermano preparador o terrible, hasta llegar a una estancia bastante tétrica pintada de negro, la Cámara de Reflexiones, donde recuperó la visión. Entonces, el hermano preparador, con el rostro casi oculto, se dirigió a él.

—Caballero, van a empezar las ceremonias de vuestra admisión en la orden de la francmasonería, en respuesta a vuestra espontánea petición. Si en algún momento os arrepentís del paso que vais a dar, servios indicármelo...

«Indicármelo, indicármelo, indicármelo», repitió en sus Pensamientos Richard. «Maldita sea, tengo dolor de cabeza pensó. El hermano preparador continuó con la explicación.

—... Fijaréis vuestra atención en las inscripciones que encontraréis en los muros de este recinto y en los objetos que os rodean; reflexionad sobre ellos y luego contestad por escrito a las preguntas consignadas en un papel que os dejo sobre la mesa.

El hermano preparador dejó un papel triangular sobre la mesa y Richard tuvo que responder a las tres preguntas escritas en él: «1. ¿Qué le debe el hombre a Dios? 2. ¿Qué se debe a sí mismo? 3. ¿Qué le debe a sus semejantes? Servios hacer testamento y firmad.» Al cabo de un rato, el joven Holbein marchó hacia la logia, después de haber sido desposeído de las alhajas (sus joyas, el dinero que llevaba encima...) y preparado convenientemente, es decir, en mangas de camisa, con el brazo y la tetilla izquierda descubierta y con la rodilla derecha al aire.

Observó su pierna y brazo desnudos, no entendió demasiado qué pasaba y se sintió algo ridículo, a la vez que el hermano experto le tapaba la visión con una venda y él intentaba escuchar y comprender las frases que se decían en la logia, al lado de la estancia. Logró oír que el nombre de la logia era La Corona y que estaba dirigida por un Venerable Maestro, nada más y nada menos que el hermano John. En aquel instante, Richard escuchó una frase maestra en su mente: «El miedo es la madre de la iniciación.»

Tras entrar en la logia sin ver nada, un sinfín de preguntas y de «viajes iniciáticos» por el interior de ésta acabaron pareciéndole al bueno de Richard demasiado para lo que esperaba y se distrajo en pensamientos sobre el tesoro de Hiram. De pronto, unas frases del Venerable Maestro que dirigía su iniciación lo devolvieron a la situación real de aquel instante. «Indicad de qué parte de vuestro cuerpo queréis que se os extraiga sangre», exclamó el Venerable Maestro John con gran sobriedad. Entonces, Richard señaló encogido su mano izquierda y notó que el sudor empezaba a correr por su pecho. El Venerable Maestro ordenó al hermano preparador cumplir con su deber y Richard apretó los dientes mientras sudaba todavía más ante el corte que se avecinaba. Pero sólo notó cómo una espada casi le cortaba, sin llegar a consumar la petición del venerable. Finalmente, algún que otro «viaje» iniciático y otras pruebas condujeron a Richard a una parte final de la iniciación no menos inquietante.

Richard hizo sobre la Biblia un juramento que terminaba con una frase poco tranquilizadora: «... Obedeceré la Constitución de la Gran Logia de Londres, sus estatutos y reglamentos generales, leyes, decretos y disposiciones, y preferiré que se me corte el cuello antes que faltar a mis promesas.» Pensó en aquel momento que el juramento debía de ser tan simbólico como el corte de la espada y que el primer grado, en el que prácticamente ya estaba iniciado, no podía tener mucho que ver con la tumba de Hiram Abiff y el tesoro que contenía, debido a que el grado parecía una preparación para un aprendizaje más que una fuente de secretos y misterios masónicos.

Terminada la iniciación, los hermanos de la logia La Corona abrazaron a Richard afectuosamente tres veces y todos juntos marcharon a celebrar un ágape a otra taberna próxima. En ésta, los hermanos de la logia La Corona bebieron y comieron fraternalmente, hablaron de la iniciación y explicaron disputas existentes con otras grandes logias. Richard, como invitado estrella, bastante tenso por las pruebas iniciáticas sufridas, simplemente hizo acto de presencia y procuró ser educado.

Richard descubrió, además, que una parte de los hermanos eran conservadores y estaban muy en contra de las últimas actividades de un aristócrata famoso, el duque de Wharton que había sido Gran Maestre de la Gran Logia, elegido en 1722, y líder del Club del Fuego del Infierno inglés en las mismas fechas. A finales de 1725, el curioso aristócrata estuvo a punto de convertirse al catolicismo por el amor hacia una joven irlandesa, María

Teresa O'Neill. Él también creó en Madrid, España, la primera logia masónica española, Las Tres Flores de Lis o Matritense, y renegó en parte de la Gran Logia.

Richard recordó, al escuchar los comentarios desfavorables hacia el duque de Wharton, que el Venerable Maestro John le había explicado que uno de los otros dos hermanos que le interrogaron antes de su iniciación era miembro del Club. Los hermanos Smith y Frank habían asistido a su iniciación y estaban en el ágape. ¿Por qué no seguir la búsqueda en la masonería inglesa y en el misterioso Club a la vez? ¿Por qué no intentar contactar con uno de los hermanos miembro del mismo? Richard observó a los hermanos Frank y Smith; no se separaban ni un momento uno de otro, y los dos parecían tener una relación especial. ¿Serían los dos miembros del Club del Fuego del Infierno que había citado el Venerable Maestro John? ¿Qué misterios inconfesables le esperaban a Richard? Tal vez era pronto, demasiado pronto, para saberlo.

EL CLUB DEL FUEGO DEL INFIERNO

«Hijo de Caín, sufre tu destino,
llévalo con frente imperturbable...
Cuando ya no estés sobre la tierra,
la milicia de los obreros se unirá bajo tu nombre,
y la falange de los trabajadores, de los pensadores,
abatirá un día el poderío ciego de los reyes,
esos ministros despóticos de Adonai.
Ve, hijo mío, cumple tu destino.»

Gérard de Nerval, Viaje a Oriente

Julio de 1747. Londres, Inglaterra

Entre 1726 y 1747, Richard Holbein no envejeció gracias alelixir del conde de Saint-Germain y pudo proseguir la búsqueda de la palabra perdida, que tenía que conducirlo hasta la tumba de Hiram Abiff y el ansiado tesoro. En esa búsqueda, acudió a la logia masónica como Aprendiz, fue iniciado Compañero en 1732, acudió a las reuniones de la logia como Compañero un par de años más y estuvo afiliado al Club del Fuego del Infierno desde 1731 hasta 1746, y después se tomó un año sabático. Lo cierto es que el paso por la masonería de la Gran Logia y el Club del Fuego del Infierno no le sirvió a Richard para descubrir la anhelada palabra perdida; en realidad, sólo le ayudó a averiguar hacia dónde tenía que ir encaminada su búsqueda y a despertar las primeras sospechas de aquellos que no entendían por qué motivos seguía siendo un Joven, casi veinte años después de su iniciación masónica.

La lista de palabras masónicas y los comentarios sobre las mismas que elaboró Richard como posibles candidatas a la palabra perdida mientras ostentó los dos primeros grados (Aprendiz y Compañero) de la Gran Logia era la siguiente:

Logia

La logia es el templo donde los masones se reúnen y celebran sus ceremonias y asambleas. La palabra logia significa «la casa de madera o de piedra donde los obreros trabajan al abrigo de la intemperie».

La palabra logia se relaciona con la palabra sánscrita loka, que significa «mundo», y deriva de la raíz lok, «ver», en alusión a la Luz. Simbólicamente, la logia se extiende a lo largo de Oriente y Occidente, a lo ancho desde el septentrión al mediodía, y en profundidad desde la superficie al centro de la Tierra, y su altura llega hasta las estrellas. No parece que tenga relación con un lugar. Descartada.

Columnas de la logia

Las columnas son el soporte de las construcciones en los diferentes niveles. En la tradición judeocristiana son el símbolo de conexión entre lo alto y lo bajo. Las columnas del templo de Salomón eran de cedro y de bronce. Las dos columnas de la logia masónica (Jakin y Boaz), señaladas con las letras «J» y «B», simbolizan los dos principios: el masculino y el femenino, el positivo y el negativo, la derecha y la izquierda... La logia masónica posee otras cuatro columnas, denominadas «columnas de orden»: la corintia, la jónica y la dórica, es decir, las columnas de la sabiduría, la fuerza y la belleza. La cuarta columna permanece invisible, ya que se trata de la inteligencia suprema. En un principio, pensé en la posibilidad de que Boaz o Jakin pudieran ser la palabra perdida, pero luego me di cuenta de que jamás sería tan fácil de encontrar. La palabra perdida está más oculta, es menos accesible.

Boaz o Booz

Nombre de una de las columnas del templo de Jerusalén en los tiempos de Salomón. Estaba colocada en el pórtico del templo. Fue fundida por Hiram Abiff por orden de Salomón. En hebreo, venía a significar algo así como «fuerza interna», aunque en la masonería era una palabra sagrada. Por lo dicho antes, está descartada.

Jakin

Nombre de otra de las columnas del templo de Jerusalén en los tiempos de Salomón. También estaba colocada en el pórtico del templo, gracias a la labor constructora de Hiram Abiff. Significa firmeza, estabilidad y fuerza, y también puede significar «mi fuerza está en Dios». Descartada por el razonamiento expuesto más arriba.

Letra G

Según los rituales masónicos ingleses, representa a Dios (God es «Dios» en inglés). Cuando se invierte la palabra god se obtiene dog, es decir, «perro». Curiosamente, el primer Dios de la humanidad fue un perro llamado Sirio, «el Sol detrás del Sol». Es posible que se trate de una palabra perdida, pero no sirve como topónimo indicativo de la zona donde puede estar la tumba. Descartada.

Oriente

Es la dirección por donde sale el Sol y, por ello, de donde Proviene la Luz. Según la tradición, hay dos corrientes: la oriental y la occidental. En Oriente, la metafísica domina a la lógica. En Occidente, domina la lógica desligada de todo principio metafísico. En el templo masónico, la zona oriental acogía al Venerable Maestro o Gran Maestre, y en ella se encontraba el sancta sanctorum del templo de Salomón. El Oriente eterno es aquel que acoge a los masones fallecidos, en un nivel distinto. Da la impresión de que «Oriente» no define demasiado y no es la palabra perdida que debe conducir a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro.

Para Richard resultaba evidente que aquellas palabras no eran la palabra perdida que debía conducirlo a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de los tesoros. De hecho, estuvo realizando combinaciones y pruebas múltiples con todas ellas, como la inversión de las letras, típica en hebreo y las lenguas semíticas, pero no fue capaz de encontrar una sola pista.

Incluso en un momento dado, también se planteó la posibilidad de que la palabra perdida fuera el nombre Hiram Abiff, pero finalmente pensó que no había llegado el momento de tratar ese nombre y esa posibilidad, ya que según le habían comentado algunos hermanos de la Gran Logia los misterios del personaje H. A. pertenecían al grado siguiente del que él poseía, el de Maestro Masón. Sin embargo, un hermano le entregó una curiosa historia-leyenda de Hiram Abiff que sí le hizo sentir que en ella podía estar el camino de lo que precisaba encontrar, no la palabra perdida, sino en un principio la ruta para llegar a ella. El texto relacionaba a Hiram Abiff nada más y nada menos que con una apasionante tradición luciferina repleta de nombres y frases extrañas, que podían desvelar el camino que conducía a la palabra perdida y al lugar donde se encontraba la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros.

El texto era el siguiente:

«LA LEYENDA DE HIRAM ABIFF

»Hiram Abiff, algo desolado por el fracaso momentáneo en la construcción del templo, se retiró llorando, y entonces soñó el sueño más importante de su vida, el cual le transmitió la tradición luciferina más pura y excelsa:

»De la fundición que brilla enrojecida en las tinieblas de la noche se alza una sombra luminosa. El fantasma avanza hacia Hiram, que lo contempla con estupor. Su busto gigantesco está presidido por una dalmática sin mangas; aros de hierro adornan sus brazos desnudos; su cabeza bronceada, encarnada por una barba cuadrada, trenzada y rizada en varias filas, va cubierta por una mitra de plata dorada; sostiene en la mano un martillo de herrero. Sus ojos, grandes y brillantes, se posan con dulzura en Hiram y, con una voz que parece arrancada de las entrañas del bronce, le dice:

»—Reanima tu alma, levántate, hijo mío. Ven, sigúeme. He visto los males que abruman a mi raza y me he compadecido de ella...

»—Espíritu, ¿quién eres? —pregunta Hiram.

»—La sombra de todos tus padres, el antepasado de aquellos que trabajan y sufren. ¡Ven! Cuando mi mano se deslice sobre tu frente, respirarás en la llama. No temas nada. Nunca te has mostrado débil...

»—¿Dónde estoy? ¿Cuál es tu nombre? ¿Adonde me llevas? —dice Hiram

* Al centro de la Tierra, al alma del mundo habitado. Allí se alza el palacio subterráneo de Enoc, nuestro padre, al que Egipto llama Hermes y que Arabia honra con el nombre de Edris...

* ¡Potencias inmortales! —exclama Hiram—. Entonces es verdad. ¿Tú eres...?

»—Tu antepasado, hombre, artista..., tu amo y tu patrono. Yo fui Tubalcaín.

«Llevándole como en un sueño a las profundidades de la Tierra, Tubalcaín instruye a Hiram Abiff en lo esencial de la tradición de los cainitas, los herreros, dueños del fuego.

»En las entrañas de la Tierra, Tubalcaín muestra a Hiram su larga serie de padres: Iblis, Caín, Enoc, Irad, Mejuyael, Matusael, Lamec, Tubalcaín... Y transmite a Hiram la tradición luciferina:

»Al comienzo de los tiempos, hubo dos dioses que se repartieron el Universo, Adonai, que era el amo de la materia y el elemento Tierra, e Iblis (Samael, Lucifer, Prometeo, Baphomet), el amo del espíritu y el fuego. El primero crea al hombre a partir del barro y lo anima. Iblis y los Elohim (dioses secundarios), que no quieren que el hombre creado sea esclavo de Adonai, despiertan su espíritu y le dan inteligencia y capacidad de comprensión. Mientras Lilith se convertía en amante de Adán (el primer hombre) y le enseñaba el arte del pensamiento, Iblis seducía a Eva y la fecundaba y, junto con el germen de Caín, deslizaba en su seno una chispa divina (según las tradiciones talmúdicas, Caín nació de los amores de Eva e Iblis, y Abel de la unión de Eva y Adán).

»Más tarde, Adán no sentirá más que desprecio y odio por Caín, que no es su verdadero hijo. Caín dedica la inteligencia inventiva que le viene de los Elohim a mejorar las condiciones de vida de su familia, expulsada del Edén y errante por la tierra.

»Un día Caín, cansado de que reine la ingratitud y la injusticia, se rebelará y matará a su hermano Abel.

»Caín aparece ante Hiram Abiff y le explica su injusta situación, y añade que en el curso de los siglos y los milenarios, sus hijos, hijos de los Elohim e Iblis, trabajarán sin cesar para mejorar la suerte de los hombres, y que

Adonai, celoso tras intentar aniquilar a la raza humana, después del diluvio verá fracasar su plan gracias a Noé, que será "avisado por los hijos del fuego".

»Al devolver a Hiram a los límites del mundo tangible, Tubalcaín le revela que es el último descendiente de Caín, "último príncipe de la sangre" del Ángel de Luz e Iblis, y que Balkis pertenece también al linaje de Caín, pues es la esposa que le está destinada para la eternidad.»

El texto de la tradición luciferina impresionó a Richard, ya que mostraba frases y palabras que, más que tratarse de la palabra perdida, daban pistas de que aquélla era la dirección que había que imprimir a la búsqueda. Richard estuvo pensando con insistencia en «el centro de la Tierra», «el palacio subterráneo de Enoc», Tubalcaín, Iblis... y tuvo claro que la maestría masónica debía acercarlo más a la anhelada palabra perdida. Pero ¿en qué Obediencia u Orden la Maestría acercaba a la palabra perdida, siguiendo la auténtica tradición luciferina de Hiram Abiff? Para encontrarla, debería pasar aún bastante tiempo. Desde luego, la orden necesaria para proseguir no era el Club del Fuego del Infierno, su otra afiliación durante los últimos años. El Club del Fuego del Infierno, que en otro tiempo había liderado el ya fallecido duque de Wharton, a duras penas era un Club para aristócratas ingleses libertinos. De hecho, la alta sociedad inglesa murmuraba continuamente sobre las actividades del mismo, y decía que organizaban orgías, a las que asistían prostitutas vestidas de monjas, auténticas bacanales, aunque el Club no pasaba de ser un grupo de aristócratas que desahogaban sus pasiones más ocultas como mucho una vez al mes.

En el Club, Richard coincidió con los hermanos Smith y Frank, y allí estrechó su relación con ambos. En su diario anotó: «Reunión en el Club. Hemos acudido a un espeso bosque en medio de un paraje muy bello. El travieso Smith nos ha deleitado a todos en esta ocasión, y es la tercera, con sus encantos femeninos. No tiene remedio.»

En los últimos años, sin embargo, el Club había hecho lo posible y lo imposible para mejorar su imagen, y con ello consiguió captar a gentes de posición social más asentada, con menos ansias de juergas nocturnas. Una de las nuevas captaciones había sido un joven llamado Francis Dashwood, el cual se convertiría en su líder poco después. Dashwood no era un cualquiera.

Permaneció cuarenta años en las Cámaras de los Lores y los Comunes, y ocupó el puesto de canciller de Hacienda. Masón, iniciado en una logia de Florencia en 1751, compró para el Club la Abadía de Medmenham, situada en la localidad de Marlow, junto al río Támesis, e incorporó en ella a Venus, Príapo y otras divinidades antiguas, con ánimo de abandonar las prácticas más libertinas y de recuperar en el seno del Club el culto a la Bonea Dea o Gran Madre Diosa. Dashwood consiguió entonces atraer al Club a personalidades como John Stuart, conde de Bute, que fue nombrado gran secretario de Estado del departamento Septentrional, al arzobispo de Canterbury o al mismísimo Benjamín Franklin-

Antes de la aparente reforma del Club emprendida por dashwod, la verdad es que en la única ocasión en la que Richard había pensado en el Club como lugar apropiado para encontrar la palabra perdida fue en un encuentro ocurrido en una taberna durante su año sabático: 1747. El reverendo Peter, un conocido suyo del Club y de la Gran Logia, que los había abandonado nada más entrar por no estar de acuerdo con sus prácticas y creencias, le saludó desde un extremo del local.

—¡Richard, hermano! —exclamó el reverendo Peter muy contento y jovial mientras alzaba su mano derecha con una jarra de cerveza.

—¡Peter, hermano! ¿Qué haces por aquí? —respondió Richard acercándose a la mesa del reverendo y sentándose a su lado tras darle un apretón de manos masónico.

—¡Estás tan joven como siempre! ¿Qué diablos debes comer o beber? Me alegro de verte, jovencito —añadió el reverendo.

Los dos hombres guardaron un breve silencio, se miraron y recordaron «hazañas» esotéricas de otro tiempo.

—Estaba observando los símbolos de esta taberna y son extraños —afirmó por fin Peter señalando con un dedo un escudo de armas.

—Ese escudo tiene relación con la Orden de San Jorge. Fue entregado a un antepasado del dueño de la taberna por sus servicios prestados a la Corona. La Orden de la Jarretera que es su nombre actual, era llamada Orden de San Jorge en la Edad Media y estaba representada por la Corona explicó Richard con un ademán de despreocupación.

Existe una historia curiosa sobre la Orden y uno de sus símbolos, que están en ese escudo: veintiséis jarreteras de oro colgadas de un collar sobre la frase «Mal le vaya a quien mal piensa», relacionada con la condesa de Salisbury.

Ella perdió una liga en un baile y el rey la recogió. Cuando alguien se rió de ella, ya que tenía fama de mujer ardiente y de ser la reina de las brujas, el rey se la colocó en la pierna y exclamó la frase que está en el escudo («Mal le vaya a quien mal piensa») en señal de defensa de la reina de las brujas y de la brujería. Creo que la Orden de San Jorge quedó entonces emparentada con la brujería —explicó susurrando Peter.

Ambos contertulios volvieron a quedarse en silencio, quizás meditando sobre la explicación.

—¡Qué curioso! —exclamó pensativo Holbein—. Una vez leí una novela que afirmaba que la liga azul era la insignia de la reina de las brujas en la Edad Media, pero no me la creí, ya que relacioné la liga con la que aparece en las iniciaciones masónicas.

Peter y Richard miraron el escudo de armas y se quedaron por tercera vez pensativos, hasta que el primero reemprendió la conversación.

—Para mí, la Orden tiene relación con las dos cosas: la brujería y la masonería —exclamó tajantemente Peter.

—Hermano, respeto tu condición de reverendo, pero deberías ser menos radical, porque una liga no significa que tres instituciones tengan relación —argumentó Richard al oído izquierdo de Peter en forma de susurro.

—Bueno, bueno... Pero... fíjate, Richard, que hay veintiséis jarreteras de oro colgando del collar del escudo, algo que puede tener que ver con una palabra masona y una palabra de la Cabala judía, el nombre más conocido del Gran Arquitecto del Universo, del Dios masónico, Yahveh. Contemos el valor de las consonantes como se hace en la Cabala: Yod es 10; He, 5; Vau, 6; He, 5... Total: veintiséis. Son las veintiséis jarreteras de oro del collar de la Orden de la Jarretera u Orden de San Jorge que se observan en el escudo. La masonería y la Orden de la Jarretera o de San Jorge están unidas. También existe una relación intrigante y extraña entre la Orden de San Jorge y la brujería a través de la monarquía. Recuerda, hermano, que a mí no me gustan los senderos poco claros, como los del Club que ambos conocemos.

Richard se sonrojó un poco, mientras pensaba en las bacanales del Club del Fuego del Infierno y en que quizás éste había recibido una inspiración de la Orden de la Jarretera o de San Jorge, ya que las hermanas utilizaban ligas sobre sus muslos desnudos y decían «jarretera» en algunas ocasiones como palabra de reconocimiento. ¿Sería aquélla la palabra perdida? Pensó que la palabra «jarretera» no podía ser más que una denominación como tantas y tantas otras.

Richard le explicó entonces a Peter que la conversación sobre la jarretera le recordaba una investigación sobre la palabra perdida que a él le había conducido a la extraña historia de Hiram Abiff. La alusión no fue muy bien comprendida por Peter, el cual, como todos los «hombres de Dios», tenía una cierta tendencia a mal pensar y a ver al diablo detrás de cada esquina. El reverendo Peter le recordó en aquel momento los peligros que suponían para cualquiera avanzar por terrenos resbaladizos «alejados del Señor» y Richard, por su parte, pensó de nuevo en la palabra «jarretera» y recordó un famoso himno americano que decía:

Para encontrar la verdad
uno debe avanzar solo.
Para encontrar la verdad
uno debe ser él mismo.
Nadie puede avanzar por uno.
Nadie puede ser uno mismo.

Los dos hombres se despidieron en la puerta de la taberna unos minutos después y jamás se volvieron a encontrar, con el triste resultado para Richard de que la palabra perdida no era la palabra «jarretera» que pronunciaban las hermanas lujuriosas del Club del Fuego del Infierno.

Con las experiencias en la masonería y el Club del Fuego del Infierno, Richard Holbein, tras la reunión mencionada y la renuncia a que el término «jarretera» fuese la palabra perdida que él buscaba, tomó la determinación de proseguir la búsqueda de la citada palabra perdida, así como de la tumba de Hiram Abiff y del más grande de todos los tesoros, en alguna orden que trabajase la maestría masónica en la dirección que había descubierto en el manuscrito sobre Hiram Abiff. En principio, analizando las diferentes posibilidades existentes, esa estrategia parecía la más sensata.

Aunque los intentos de encontrar la palabra perdida, la tumba y el tesoro habían fracasado en la Gran Logia y en el Club, se le había abierto todo un mundo de posibilidades y debía aprovechar la mejor. Sería cuestión de no precipitarse y de esperar el lugar y el momento adecuado.

El conde de Saint-Germain, durante los encuentros, jamás le había asegurado que la búsqueda fuese fácil, sino que se preparase para un camino largo y sinuoso, como así estaba empezando a ocurrir realmente.

El último día de 1747, Richard Holbein tuvo un sueño muy extraño. Soñó que, después de recorrer un túnel oscuro que lo conducía a una sala abovedada, se encontraba con un hombre alto y barbudo que decía ser el ancestro de Hiram Abiff: Tubalcaín. El Maestro T. le entregó un cofre muy pequeño, le dijo que en él estaba la clave del camino que debía tomar y desapareció envuelto en brumas. Al abrirlo, Richard se encontró con una plancha de bronce reluciente que contenía una fecha, 1774, y unas frases: «Estás a punto de cumplir siete años. Debes avanzar e ir a Alemania, porque allí encontrarás una orden que contiene los secretos de Hiram Abiff- La orden te iluminará.»

Al despertarse a la mañana siguiente, el aún joven Holbein observó por los cristales de una de las habitaciones de su mansión la ligera lluvia que caía sobre el césped de los alrededores y tuvo la impresión de que el sueño marcaba de forma evidente el futuro, el camino, la ruta que andaba buscando para arribar a la anhelada palabra perdida. Pensó que debía esperar a 1774 para marchar a Alemania y que allí buscaría la misteriosa orden que lo iluminaría. Recordó, enfascado en sus pensamientos, que una misteriosa asociación de esoterismo cristiano que se hacía llamar los rosacrucres era originaria de Alemania, aunque la suya podía ser otra organización aún no conocida o publicitada.

Tras las meditaciones, Holbein fue a desayunar, es decir, a devorar el desayuno que cada día le preparaba su mayordomo. Nada más sentarse, le vino a la mente el nombre de Baviera, una región del sur de Alemania tan romántica como bella. Entonces se levantó del asiento, buscó un mapa y localizó la región sin problemas mientras terminaba de desayunar. Al concluir, el caballero Richard Holbein tenía muy claro que en 1774 se

marcharía a Alemania, y más concretamente a Baviera, en busca de la orden que tal vez le entregaría la famosa palabra perdida que daba acceso a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de todos los tesoros. ¿Qué nuevas aventuras y desventuras le esperaban al bueno y eterno de Richard Holbein? ¿Qué senderos tendría que recorrer en la larga aventura que había iniciado dos décadas antes?

EL VIAJE A BAVIERA

«El hombre ha nacido libre y, sin embargo, por todas partes se encuentra encadenado. Tal cual se cree el amo de los demás, cuando, en verdad, no deja de ser tan esclavo como ellos.»

Jean-Jacques Rousseau, El contrato social

Abril de 1774. Dover, Inglaterra

Richard llegó a la ciudad de Dover en la primavera de 1774, tras dejar los asuntos de su hacienda en manos de una importante firma de abogados londinenses. De esa forma, quedaba libre para poder realizar un viaje que preveía largo y excitante, y el cual, además, tal vez le serviría para encontrar la palabra perdida, el primer paso hacia la tumba y el tesoro de Hiram Abiff.

La ciudad portuaria de Dover mostraba una frenética actividad comercial. Los grandes barcos con sus imponentes velas esperaban amarrados a puerto a ser descargados y vuelto a cargar con todo tipo de mercancías, aunque los fardos repletos de telas abundaban más que cualquier otro producto.

Tras informarse en una agencia naviera, Richard Holbein escogió el Liberty para viajar hasta Calais, la ciudad francesa donde pondría por primera vez los pies en el continente europeo.

Con un ligero equipaje, en el que estaba incluido el libro del conde de Saint-Germain, y sin servicio que pudiera entorpecer sus movimientos, Richard embarcó el 1 de mayo en el Liberty rumbo a Francia. A medida que el barco se alejaba de las costas inglesas, y sin dejar de mirar los acantilados que disminuían su tamaño lentamente, tuvo la impresión de que tardaría mucho tiempo en volver a su amada tierra.

Durante el trayecto, que fue plácido y tranquilo gracias a que había un mar encalmado, Richard aprovechó para practicar francés con algunos marineros del navío. Previendo el futuro, Holbein había estado estudiando en los últimos dos años francés y alemán, lenguas esenciales en aquellos momentos para poder viajar por el continente. A pesar de que su francés era bastante académico, comprobó con alivio que podía entenderse perfectamente y las conversaciones con los marinos le sirvieron para añadir algunas palabras a su ya extenso vocabulario.

Con un estado de ánimo optimista y excitado por la novedad de conocer nuevos países, Richard llegó a Calais dispuesto a proseguir con su búsqueda.

Una vez en tierra, se alojó en una posada cercana al puerto, con la intención de descansar unos días y así decidir qué camino emprender. Durante la primera noche en la posada, y mientras tomaba una abundante cena, no pudo por menos de escuchar la animada conversación que mantenían dos caballeros que cenaban en una mesa cercana.

—Sin duda ninguna, al rey no le queda mucho tiempo

-Las noticias que llegan de la corte son claras. Luis XV dejará pronto este mundo y por fin nos veremos libres de iniquidad y de la miseria que ha extendido por toda Francia —comentaba en voz alta uno de los caballeros.

—¡Baja la voz! ¿Estás loco? El rey tiene espías por todas partes y, muerto o no, su poder es muy grande — exclamó casi en un susurro su compañero de mesa.

—Así nos va! El miedo ha empobrecido Francia y no hemos sido capaces de luchar contra la miseria y las injusticias. Harían falta muchos hombres como Voltaire que dijeran en voz alta lo que ocurre en realidad. El pueblo vive oprimido por los más poderosos, que, además, fomentan las supersticiones con miras a aumentar su influencia sobre él.

Richard escuchaba aquel diálogo entre los caballeros franceses recordando que, años atrás, había oído hablar de Voltaire en Londres. Este conocido escritor francés tenía fama de ser terriblemente exaltado y con sus escritos, que en muchas ocasiones habían acabado en la hoguera, se había ganado la enemistad de nobles y eclesiásticos. Voltaire llegó a vivir en Inglaterra entre 1726 y 1729, donde estuvo cumpliendo el destierro al que le condenaron a causa de uno de sus innumerables problemas, en este caso con los importantes Rohan de París. Richard tuvo conocimiento de la existencia de Voltaire a través de sus hermanos masones de la Gran Logia de Londres, quienes le explicaron que el escritor francés había pertenecido durante su adolescencia a una misteriosa sociedad del Temple, conocida por sus actividades licenciosas (posiblemente cercanas a las del Club del Fuego del Infierno) y por sus posturas escépticas frente a la religión.

Aquellas reflexiones llevaron a Richard a plantearse diversas posibilidades sobre su trayecto por Francia; una de ellas era un viaje al corazón de Francia para pasar por la tierra de Voltaire y tal vez conocerlo personalmente. Meditó las diferentes opciones y finalmente, de forma un tanto intuitiva, escogió la ruta de Voltaire, adivinando que podía serle de gran ayuda.

Tras unos días dedicados a recabar información sobre el transporte y la ruta a seguir, Richard emprendió su viaje por Francia hacia mediados de mayo. Justamente por aquellas fechas llegó la noticia de la muerte del rey Luis XV y de la subida al trono francés de su nieto Luis XVI. El país vivía una época convulsa, en la que ya pocos tenían confianza en sus mandatarios y en la que la religión poco ofrecía a sus fieles, también enzarzada en intrigas políticas.

Así pues, Richard, debido a la inquietud reinante, descartó desviarse a París y se dirigió primero a Reims, en la Champaña, la ciudad de Juana de Arco, donde todos los reyes franceses habían sido coronados.

Tras llegar a Reims y encontrar alojamiento, Richard pasó una larga temporada en la región francesa, dispuesto a sumergirse en sus costumbres y su cultura. Reims, con su magnífica catedral dedicada a Nuestra Señora, conectó a Richard con los antiguos constructores, con los masones. De hecho, la primera visita a ese gran templo lo dejó casi sin aliento, dada la grandeza de su construcción. Digno ejemplo de su época, la catedral de Reims mostraba las mejores características de las iglesias construidas quinientos años atrás: robustas columnas, arcos ojivales que se elevaban hacia el cielo, preciosos vitrales que mostraban los conocimientos alquímicos de sus constructores... y ese ambiente indescriptible que hacia sentirse a Richard parte de la creación del Gran Arquitecto del Universo. Curiosamente, y en contra de lo habitual, los masones que habían construido la magnífica catedral dejaron sus nombres escritos en la piedra, a pesar de que ya no podían leerse.

En una de sus largas estancias en la catedral de Reims. Richard entabló una interesante conversación con uno los capellanes de la iglesia. Justo una mañana clara, en que la luz entraba a raudales a través de los preciosos vitrales, Holbein comprobó con disgusto al cruzar la nave central que el pavimento había sido remozado y que mostraba signos evidentes de ser muy nuevo. Se agachó con curiosidad para observar mejor el suelo cuando oyó unos pasos que se acercaban por la espalda. Se irguió y se encontró de frente con un capellán de avanzada edad que se dirigió a él con sombra de preocupación en el rostro.

—¿Puedo ayudarle en algo, caballero? Parece haber perdido alguna cosa...

—¡Oh, no, no he perdido nada! —respondió también

Richard con una sonrisa—. Sólo observaba el pavimento, ya que parece haber sido retocado.

—Pues acierta usted, señor. Y fue una lástima, ya que el pavimento original estaba formado por un curioso laberinto en el que podían leerse los nombres de los arquitectos que construyeron nuestra catedral. Si está usted interesado en el tema, puedo explicarle lo que yo conozco, que no es mucho...

—Por favor, adelante —respondió Richard con curiosidad.

—Pues bien, en el dibujo del pavimento se encontraban cuatro nombres: Jean d'Orbais, Jean le Loup, Gaucher de Reims y Bernard de Soissons. Y el laberinto también especificaba qué hizo cada uno de ellos. D'Orbais fue el artífice de la magnífica planta que observáis; le Loup terminó el coro y edificó los fundamentos del cuerpo principal de la catedral y sus torres; Gaucher de Reims fue quien le dio las tres puertas que abren la iglesia al exterior; y, por último, Ber-de Soissons construyó cinco bóvedas y el gran rosetón que preside el fondo de la catedral. Todos ellos fueron grandes arquitectos, importantes masones que aplicaron sus conocimientos y que los dejaron grabados en las piedras que forman la Catedral de Reims. No hace demasiados años, para mí, vergüenza de nuestra ciudad, alguien, muy por encima de mí, no tenga duda, decidió que el laberinto que engalanaba el pavimento era obra del diablo y que debía desaparecer. Lo único que queda de él son los dibujos que lo reproducen y que reflejan los ecos de su belleza.

Richard elevó la vista del suelo y la paseó lentamente por toda la catedral. «El diablo, el diablo, el diablo...» se repitió mentalmente recordando sus andanzas por el Club del Fuego del Infierno, su conversación con el reverendo Peter o la historia del maestro de maestros, Hiram Abiff. Durante unos segundos pensó en Hiram Abiff y en todos los masones que habían trabajado junto a él construyendo el templo de Salomón. ¡Cuántos secretos debían esconder aquellas paredes! ¡Y cuánto le quedaba aún por descubrir! Al bajar de nuevo la vista, el capellán había desaparecido. Richard se revolvió, mirando hacia todos los rincones donde la luz le permitía ver, en busca del misterioso anciano que tan amablemente le había explicado los detalles de la construcción de la catedral, pero ya no le volvió a ver.

* *

Los meses pasaron veloces para Richard. Tras un verano tranquilo, en que disfrutó de largos paseos bajo el Sol, en los que dedicaba horas enteras a recordar todo lo que había aprendido junto a sus hermanos masones de Inglaterra, llegó el otoño y, con él, el frío. Era el momento de desplazarse más al sur.

De nuevo, Holbein emprendió viaje atravesando esta vez campos repletos de viñedos y, cruzando la Champaña, se adentró en la Borgoña.

El viajero se detuvo entonces en Dijon, una ciudad situada junto a los ríos Suzón y Ouche, que en su recorrido hacia el sur desembocan en el gran Ródano. En Dijon, como en tantas otras ciudades francesas, abundaban los rastros de los antiguos masones. Tras aposentarse en la ciudad, Richard dedicó un tiempo a conocerla.

De esa forma, pudo visitar el famoso palacio de los duques de Borgoña, alrededor del cual se habían elevado las mejores construcciones de la ciudad. Pero, sin duda, la visita más provechosa en Dijon fue la de la catedral de San Benigno una nueva muestra del arte de los masones franceses medievales. En esta ocasión, no fue la magnífica construcción lo que más le llamó la atención, sino las tumbas que albergaba. Entre todas ellas, se fijó en la de Margarita de Baviera, que fue esposa del famoso duque Juan de Borgoña, más conocido como Juan el Intrépido, o Juan sin Miedo. El hijo de ambos, Felipe III el Bueno, creó la conocida Orden del

Toisón de Oro. Richard había leído bastante sobre esa Orden en ocasión de su intensa búsqueda. Durante una época, creyó que la palabra perdida que le conduciría a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de los tesoros podía encontrarse en alguna Orden o hermandad, como por ejemplo la Orden de San Jorge u Orden de la Jarretera. Ahora se encontraba de nuevo ante una Orden de esas características: la famosa Orden del Toisón de Oro. Según recordaba, dicha Orden poseía un emblema inspirado en la leyenda mitológica de Jasón y el vellocino de oro. La Orden fue creada en la iglesia de San Beltrán de Brujas, en tierras flamencas, bajo la vocación de san Andrés, del que tomó su cruz y cuyas aspas pasaron a formar parte del emblema de la dinastía de Borgoña. El Toisón de Oro, instituida en un principio como Orden y confraternidad o amigable compañía, estuvo destinada como era normal en su época, hacía ya más de doscientos años a servir a la Iglesia y a la fe cristiana. Su lema era claro: «Ante ferit quam flamma micet», «Hiere antes de que se vea la llama».

La Orden del Toisón de Oro había ido entrando en franca decadencia, pero para Richard encontrar la tumba de Margarita de Baviera fue una clara señal de que el camino que había elegido era el correcto. Baviera era el destino de su viaje, pero antes intentaría conseguir uno de sus posibles objetivos: visitar al famoso escritor Voltaire. Por ello, en los últimos días del año 1774, en medio del frío invierno, Richard Holbein prosiguió su viaje a través de Francia y llegó, tras una larga travesía, a la región de Gex, donde el mal tiempo le hizo perder más de un día.

Allí se encontraba el señorío de Ferney, feudo indiscutible de Voltaire, cercano a la frontera de Suiza. Lo que había sido una sencilla aldea había ido creciendo hasta convertirse en una gran ciudad, gracias a las aportaciones realizadas por Voltaire, que llegó a dotar a Ferney con grandes y bellos edificios, escuelas y hasta con un hospital. Y el palacio donde desde 1760 vivía el escritor francés no dejaba dudas sobre la gran fortuna de su dueño.

Richard quedó prendado de la belleza y serenidad que emanaba del lugar. Tras encontrar hospedaje en una tranquila posada establecida en un antiguo y sólido edificio y preguntar por el palacio de Voltaire, decidió enviar una nota al escritor solicitándole audiencia.

Al día siguiente de su llegada, cuando Richard se disponía a salir a dar un paseo tras el desayuno, un mensajero llegó con una nota dirigida a él. Desplegó el papel y leyó con gran alegría que Voltaire le invitaba a almorzar a su palacio y estaba encantado de recibir la visita de un caballero inglés.

-Un coche pasaría a recogerlo para trasladarlo a la mansión

Richard volvió a pensar en el anciano y se preguntó: ¿que podría aportarle? ¿Qué sorpresas podía obtener de aquella visita? Con gran ilusión, decidió esperar el momento de la reunión. La espera no resultó pesada y, de hecho, pasó con rapidez y terminó en el momento en que el coche, enviado por Voltaire, lo recogió y condujo a su mansión.

Tras un agradable paseo, en que atravesaron frondosos bosques y bellos prados, Richard llegó al palacio de Voltaire. Nada más descender del coche, observó que un anciano bajaba con cuidado las escaleras de entrada y se dirigía resueltamente hacia él.

—Sed bienvenido a Ferney, caballero —dijo el anciano extendiendo su mano hacia el joven.

Richard, casi en un acto reflejo, tomó la mano que le ofrecía y notó al apretarla una delicadeza especial.

—Muchas gracias, señor. ¿Usted es...?

—Voltaire, por supuesto —respondió sonriendo el anciano—. Y estoy encantado de recibir a un joven inglés en mi casa. Por favor, pasad, pasad.

Mientras Richard seguía al escritor hacia el interior de la casa, pensaba en las críticas que había oído contra Voltaire en alguna ocasión. Una de ellas hacía referencia a su extraña relación con Madame de Châtelet, casada con el marqués de Châtelet, buen amigo de Voltaire. Esta interesante mujer, con la que mantuvo una larga relación, poseía una gran cultura, un vasto espíritu filosófico y, según decían, un enorme espíritu viril... De hecho, Richard recordaba que algún hermano de la Gran Logia de Londres había explicado toda clase de perversiones sexuales relacionadas con la sociedad del Temple, a la que había pertenecido Voltaire. Ahora, observando al frágil anciano que lo precedía, ya no sabía si dar crédito o no a aquellas explicaciones.

Tras una agradable conversación en la que Voltaire se presentó como masón y le preguntó por viejos conocidos ingleses, dieron buena cuenta de un exquisito almuerzo, en el que no faltaron excelentes vinos de la tierra. Una taza de café, al que Voltaire era gran aficionado, puso fin al ágape. —Soy un gran admirador de su país, joven —comenzó a decir el escritor—. Mucho deberíamos aprender los franceses de su forma de gobernar. La aplicación de leyes justas beneficia siempre a un país, si la justicia, claro está, se encuentra bien fundamentada. Francia, por desgracia, está sucumbiendo víctima de la podredumbre de sus mandatarios, comenzando por la monarquía y acabando por los jueces. No sé si sabe, hermano, que su majestad Luis XV no me ha permitido volver a París, mientras él ha vivido..., pero ahora lo podré hacer, si la salud me lo permite. Entre ese rey infame y los fanáticos dirigentes de la Iglesia católica, que han instalado al pueblo en la superstición, han hundido Francia.

Richard apenas pudo replicar una palabra, ya que Voltaire continuó con su monólogo.

—Y no piense que no creo en Dios. ¡Si Dios no existiera habría que inventarlo! La naturaleza toda nos grita que Dios existe. Otra cosa es la insana superstición que han inventado esos indeseables que se esconden bajo las sotanas. Me alegro de que esté usted aquí, joven Holbein —añadió de pronto Voltaire colocando su mano sobre la de Richard—. Es reconfortante poder tener una conversación inteligente de vez en cuando.

Richard sonrió al anciano, pensando que prácticamente no había podido abrir la boca.

—No sabe lo que me ha honrado al haber accedido a recibirme —repuso el joven—. Y estoy totalmente de acuerdo en lo que respecta a la Iglesia católica. Gracias a mi afiliación a la Gran Logia de Londres descubrí las grandes atrocidades cometidas contra nuestros hermanos.

* *

Tras ese primer encuentro, fueron sucediéndose otros muchos. Casi sin darse cuenta, Richard fue retrasando su viaje a Baviera. Parecía que el reloj se hubiera detenido en Ferney, demostrándole que el tiempo era infinito y que podía disponer de él para adquirir unas experiencias y unos conocimientos que, con seguridad, le ayudarían a encontrar la anhelada palabra perdida y la tumba de Hiram Abiff con el tesoro de todos los tesoros.

Casi a principios del verano de 1775, durante una de sus asiduas visitas al patriarca de Ferney, como gustaba de denominarse a sí mismo Voltaire, el anciano escritor sorprendió a Richard con un obsequio.

—Tomad, joven hermano —dijo el anciano mientras le entregaba un libro—. Nunca le digáis a nadie quién os ha regalado este volumen. ¡Claro que tampoco os creerían!

El libro que le tendió Voltaire era un ejemplar de *El contrato social*, escrito por Jean-Jacques Rousseau.

—Pero, Maestro, yo tenía entendido, por vuestros comentarios, que considerabais a Rousseau un enemigo...

—Ciertamente, no os equivocáis. Jean-Jacques se atrevió, hace ya algunos años, a defender a los ministros protestantes de Ginebra, cuando éstos eran tan impresentables como los franceses. ¡Y me llevó la contraria! ¡A mí, que llegué a corregirle sus primeros trabajos! La ingratitud puede ser una mala consejera, sin duda. Pero, Richard, cuando se tienen mis años pueden tomarse ciertas licencias. Leed el libro. Meditad sobre él. Estoy seguro de que os será de gran utilidad. Por vuestras indicaciones que tenéis intención de viajar a Baviera. Si admitís un consejo de este anciano y hermano, concedeos un año, reflexionad y entonces partid hacia el norte.

Richard Holbein volvió a experimentar entonces la misma sensación que tuvo en la catedral de San Benigno de Dijon y supo que seguía el camino correcto: debía ir a Baviera para encontrar la orden que quizás le daría a conocer la palabra perdida, la cual le conduciría a la tumba de Hiram Abiff y a su tesoro.

Dejó que transcurrieran los meses de estío, en los que todavía visitó en diversas ocasiones al insigne Voltaire, y al llegar septiembre partió hacia tierras suizas, tras las cuales se encontraba la tantas veces citada Baviera, quizás una especie de «tierra prometida».

La primera ciudad que alcanzó al entrar en tierras suizas fue Ginebra, una ciudad muy unida al agua, la cual le pareció un buen lugar para pasar los meses de otoño e invierno. El país alpino vivía también años difíciles, en los que se adivinaba un futuro lleno de cambios, ya que sus habitantes estaban cansados de sufrir los vaivenes causados por la indecisión de sus dirigentes. El yugo francés era también demasiado pesado para los pragmáticos suizos, que deseaban reconquistar la libertad de la que siempre habían gozado.

Más allá de pasear por las bellas calles y de observar sus principales monumentos, Richard aprovechó su estancia en Ginebra, la ciudad que vio nacer a Rousseau, que entonces vivía en París, para leer con detenimiento *El contrato social*. El día en que leyó sus primeras líneas quedó hondamente impresionado:

«El hombre ha nacido libre y, sin embargo, por todas partes se encuentra encadenado. Tal cual se cree el amo de los demás, cuando, en verdad, no deja de ser tan esclavo como ellos.»

Con estas contundentes afirmaciones, comenzaba Rousseau su libro. La libertad, sin duda, era la meta a alcanzar en aquella época de sometimiento; la misma libertad con la que Richard había elegido iniciar su búsqueda.

«El cristianismo no predica sino sumisión y dependencia. Su espíritu es harto favorable a la tiranía para que ella no se aproveche de ello siempre. Los verdaderos cristianos están hechos para ser esclavos; lo saben, y no se commueven demasiado: esta corta vida ofrece poco valor a sus ojos.»

Rousseau, estaba claro, al igual que Voltaire y tantos otros masones, no estaba en absoluto de acuerdo con la dirección que seguía la sociedad. Su lucha por conquistar la libertad y contra la religión que transformaba en esclavos a sus fieles los convertía en un peligro para el poder establecido. Para Richard, aquellos hombres estaban marcando las pautas de lo que quizás, en un futuro no demasiado lejano, podía ser una realidad:

«Renunciar a la libertad es renunciar a la cualidad de hombres, a los derechos de humanidad e incluso a los deberes. No hay compensación posible para quien renuncia a todo. Tal renuncia es incompatible con la naturaleza del hombre, e implica arrebatar toda moralidad a las acciones al arrebatar la libertad a la voluntad.»

Su estancia en Ginebra, durante el invierno de 1775, le sirvió también para aclimatarse a un clima muy diferente al que había conocido en Francia. Además, el ambiente ginebrino influenciado por las ideas de Calvin, hizo que Richard observara todo lo que iba conociendo con unos ojos mucho más críticos. Los hermanos de la Gran Logia de Londres, bajo las nuevas doctrinas de los ilustres filósofos masones franceses

y suizos le empezaron a parecer muy conservadores, a pesar de la relación de algunos de ellos con el Club del Fuego del Infierno. Incluso empezó a sospechar de su legitimidad al conocer que los dos artífices principales de la fundación de la Gran Logia de Londres y de las nuevas constituciones de Anderson, James Anderson y Jean-Theóophile Désaguliers, no eran masones auténticos. Anderson había sido capellán de logia en Escocia en 1709 y en Londres en 1710 y jamás había recibido la iniciación masónica, porque los médicos y los capellanes de la masonería de aquel período no estaban obligados a pasar por las ceremonias de iniciación. Sólo se les autorizaba a asistir a las reuniones. Désaguliers también era capellán de logia y se encontraba en la misma situación.

El joven Holbein viajó por el país alpino, siempre que el tiempo se lo permitió, y llegó a Berna, a Lucerna y, finalmente, a Zúrich. La Confederación Suiza, formada por territorios independientes que incluso hablaban idiomas diferentes, era un digno ejemplo de la libertad que no se observaba en otros países europeos. A pesar de ello, Suiza no atravesaba buenos momentos. El peso de la influencia francesa había llevado al poder a aristócratas que no dudaban en cargar al pueblo con opresiones propias del feudalismo.

Zúrich, a orillas del lago Limmat, con sus serenos bosques de hayas y bellos prados, le ofreció la tranquilidad necesaria para ordenar sus ideas y meditar sobre sus andanzas en la Gran Logia de Londres, en el Club del Fuego del Infierno y entre los masones franceses y suizos.

Recordó el encuentro con el conde de Saint-Germain, su búsqueda en la Gran Logia de Londres y el Club del Fuego del Infierno, así como su posterior viaje por Francia, que tanto le había ilustrado. Desde hacía bastante tiempo tenía una pista sobre la palabra perdida que le conducía a Baviera. Pero ¿faltaba poco para encontrarla? ¿Estaría ya muy cerca de ella, con su próximo viaje a Baviera?

Finalmente, en los últimos días del mes de marzo de 1776 Richard emprendió el que sería el último tramo del viaje que había de conducirle a Baviera.

Así, desde Zúrich se dirigió a la ciudad de Constanza que toma su nombre del gran lago Constanza, formado por las caudalosas aguas del Rin. Desde allí, cruzó el lago a bordo de una de las embarcaciones que unían la zona suiza con la alemana y, bordeando el lago, viajó hasta Lindau, ya en Baviera.

Con la primavera y el buen tiempo, Richard Holbein arribó a la capital bávara, Munich. Tras encontrar alojamiento en un establecimiento situado en las cercanías de la bellísima catedral gótica de la ciudad, dedicó varios días a pasear por esa gran ciudad alemana. Ya estaba en Baviera, la meta de su viaje, y sabía que necesitaba encontrar algo, no sabía qué, que lo pusiera en contacto con la Orden que buscaba. Durante uno de esos paseos por las calles muniquesas, Richard se encontró frente a un gran edificio, cuya entrada estaba flanqueada por las estatuas de dos grandes leones. Extrañado por la decoración que mostraba el edificio, subió lentamente la escalinata que conducía a la puerta. Cuando casi terminaba su ascensión, pudo observar la letra «J» grabada en una de las columnas que se alzaban a un lado de la puerta. Pensó en la columna de la logia masónica, Jakin, y miró rápidamente a la columna del lado opuesto, buscando una «B», en referencia a la otra columna del templo masónico, Boaz, y la pudo ver claramente. Aquel edificio era masónico, sin duda. Sin pensarlo dos veces, Richard batió a aldaba de la puerta, con unos golpes que demostraban su condición de masón. Un anciano le abrió la puerta y, tras dirigirle una afable sonrisa, intercambió con él tres fraternales abrazos y un beso en la mejilla y le comunicó que aquella era la logia Teodoro del Buen Consejo. Varios meses después el anciano masón, junto a otros hermanos, pondría en contacto a Richard con una nueva Orden que pretendía esconder grandes secretos e incluso la misteriosa palabra perdida: los illuminati. El final del viaje estaba cerca...

LOS ILLUMINATI

«No puede negarse que era una persona espiritual [Adam Weishaupt], aunque su espiritualidad horrorizara a los clérigos, a quienes él se oponía.»

Michael Howard, La conspiración oculta

Mayo de 1776. Munich, Baviera

Richard dividió el tiempo de su estancia en Munich, la capital de Baviera desde 1503, entre visitas a monumentos históricos, lecturas y asistencia a las reuniones de la logia Teodoro del Buen Consejo. De hecho, estuvo asistiendo a las tenidas de la famosa logia desde mayo de 1776 hasta el verano de 1777.

La temporada 1776-1777 supuso para Richard una experiencia única, ya que disfrutó de lugares tan bellos como la histórica plaza Marienplatz de Munich y de un exquisito trato por parte de los hermanos de su logia, a la vez que progresaba a pasos agigantados en su formación masónica, ya que la masonería alemana le aportaba nuevos conocimientos.

En el otoño de 1776, un hermano le explicó que una de las órdenes de mayor interés para su misteriosa «búsqueda» era la de los illuminati de Baviera, una organización fundada el 1 de mayo de 1776 por el catedrático alemán Adam Weishaupt. Según decía el hermano, a la primera reunión de la Orden apenas habían acudido cinco personas, aunque unos meses después ésta inició un crecimiento muy notable. Curiosamente, tras unos meses, en febrero de 1777, Adam Weishaupt, el fundador de los illuminati, fue iniciado como Aprendiz Masón en la logia Teodoro del Buen Consejo de Richard, y éste pudo contactar con él y entablar una interesante conversación, justo unas horas después de su iniciación.

Tras la iniciación de Adam, éste y Richard se saludaron fraternalmente, intercambiaron unos susurros y, por último, envueltos en el misterio, marcharon juntos hacia la Marienplatz de Munich. Aunque Weishaupt parecía un tipo discreto, Richard tuvo la impresión de que podría aclarar algunas dudas conversando con él.

Una vez arribaron a la famosa plaza, los dos hermanos se sentaron en unos asientos de madera e iniciaron una interesante conversación.

—Hermano Adam, podéis comenzar vuestra explicación sobre la Orden de los Illuminati. Os escucho con suma atención —afirmó Richard rompiendo el silencio de la noche.

—Para ello, debo remontarme en el tiempo. Mi padre era profesor de Derecho Penal en Ingolstadt y yo estudié en los jesuítas de esa ciudad cuando era pequeño. Mi familia es de origen judío y no tuvimos más remedio que convertirnos para evitar las molestias de los antisemitas —empezó a relatar Weishaupt, mirando la belleza arquitectónica que le rodeaba.

—Yo también tengo sangre judía. Los Holbein somos conocidos en Inglaterra por tener demasiada sangre judía —le interrumpió Richard poniendo cara de circunstancias.

Weishaupt se revolvió en su asiento y prosiguió su explicación.

—Cursé estudios superiores en la Facultad de Derecho, y a los veintisiete años fui nombrado decano de la misma facultad. En esa época contacté con Kolmer...

—¿Kolmer? —preguntó Richard extrañado.

—Sí. Cuando aún estábamos en la logia, usted, hermano, me dijo que deseaba conocer a los illuminati y yo deseé contarle de dónde venimos y quiénes somos. Kolmer es decisivo para entender nuestra organización —puntualizó Weishaupt.

Richard y Adam se miraron y sonrieron. El segundo continuó su explicación.

—Kolmer se convirtió en mi director espiritual hacia 1774. Era un danés que había vivido mucho tiempo en Egipto y que, una vez fundó un grupo místico en la isla de Malta, recorrió Europa comunicando a sus discípulos más fieles los misterios y los secretos que le habían transmitido los sabios de Memphis. Kolmer fue el instructor de Dom Pernetti, el responsable de otra Orden de los Illuminati, y del célebre conde de Cagliostro —explicó Weishaupt.

—Y... ¿qué le transmitió a usted? —preguntó un cada vez más ansioso Richard Holbein.

—Bueno, pues... muchos misterios y secretos, incluso el mayor de los misterios, el cual tiene que ver con Baphomet, el ídolo de los Templarios. Kolmer me transmitió las técnicas que sirven para contactar con esa entidad y conseguir mensajes muy útiles.

«Mensajes, mensajes, mensajes...», escuchó en el interior de su mente un sorprendido Richard tras la afirmación de Weishaupt; entonces sintió una especie de sensación de vértigo y unos deseos enormes de saber más.

Creo que la logia Teodoro del Buen Consejo tiene relación con la Estricta Observancia Templaría de Karl Gottheld von Hund. No conozco demasiado la historia de los templarios y menos aún la figura de Baphomet —afirmó Richard con cara de circunstancias.

—Pues... debería conocerla. Debería conocerla... Para no extendernos, sólo le diré que los templarios fueron fundados por Hugues de Payens en el año 1118 y que san Bernardo redactó sus reglas bajo el modelo del Císter. Tras participar en las cruzadas y dar seguridad a los peregrinos que acudían a Tierra Santa, los templarios ejercieron de banqueros, tuvieron gran poder económico y enemigos que reclababan de ese poder, por lo que terminaron siendo perseguidos. Su último Gran Maestre, Jacques de Molay, fue quemado en una pira levantada en una isla del Sena a su paso por París. Uno de los «delitos» más graves, según los inquisidores que enjuiciaron al Temple, fue tener como ídolo a Baphomet. Es cierto que la Estricta Observancia Templaría y la logia Teodoro del Buen Consejo de Munich recogen en parte esa tradición templaria. Ése es el motivo por el que he decidido iniciarme en esa logia y no en otra.

«Baphomet, Baphomet, Baphomet...», escuchó Richard en el interior de su mente. Pensó en silencio en los templarios y en Baphomet, en el sueño que le avisó en Inglaterra de que tenía que acudir a Baviera y en la anhelada palabra perdida que conducía a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de todos los tesoros. ¿No podía ser la Orden de los Illuminati de Adam Weishaupt una custodia de esos secretos? ¿No podía otorgarle dicha orden por lo menos una ruta que le condujese hasta ellos? ¿Y qué misterios se escondían tras Baphomet?

—Dice usted, hermano, que Baphomet era el ídolo de los templarios masacrados en la Edad Media. También dice usted, hermano, que Kolmer le transmitió misterios y secretos y un gran misterio relacionado con Baphomet, es decir, unas técnicas que sirven para contactar con la entidad y recibir mensajes útiles. De hecho, me ha dado a entender además que se ha iniciado en la logia Teodoro del Buen Consejo por su relación con la Estricta Observancia Templaría y Baphomet. Pero ¿usted ha comprobado la validez de las técnicas del tal Kolmer que sirven para contactar con Baphomet y conseguir sabios mensajes? —preguntó Richard de nuevo con insistencia.

—Una vez aprendí las técnicas de Kolmer, yo mismo contacté con Baphomet, que no es otra cosa que una «cabeza parlante» y una entidad que «porta la Luz», incluso con una simbología iniciática enorme. Contacté con él en una cueva de Baviera, y enseguida fueron fundados los illuminati de Baviera —sentenció Weishaupt.

—¡La «cabeza parlante» se lo ordenó! —exclamó Richard en medio de la fría noche creyendo haber descubierto un gran misterio.

—Así es —respondió Weishaupt mirándolo fijamente.

—¿Y los miembros illuminati practican ese tipo de técnicas? —preguntó Richard mostrando claros síntomas de su estado de ansia.

—Sí, pero hay que avanzar con calma a través de los grados de iniciación —repuso Weishaupt mirando de nuevo fijamente a Richard.

En aquel instante, Richard creyó que tenía bastante.

Pensó que los grados de los que hablaba Weishaupt eran similares a los grados masónicos de Aprendiz y Compañero. Y pensó también que los contactos con Baphomet que enseñaban en ciertos grados de los illuminati tal vez podrían acercarle a la palabra perdida que ya buscaba desde hacía más o menos medio siglo. Se levantó de su asiento poco a poco.

—Hermano, creo que los illuminati y sus misterios y secretos me interesan —balbuceó Richard mirando a Weishaupt—.

Deseo que me aceptéis en vuestra Orden de los Illuminati
como...

—Novicio..., Novicio. Pero, hermano, ¿lo habéis meditado como es debido? —preguntó Weishaupt tras la conversación, algo extrañado por las prisas.

—Sí, hermano —respondió Richard.

—Pues bien, yo os accepto. Os accepto. Estáis aceptado

—añadió Weishaupt.

En aquel instante, se oyeron las campanas de una catedral cercana y ambos contertulios se quedaron sin saber qué decir. El cielo estaba despejado y la creciente oscuridad permitía observar las estrellas en medio de la noche. Hacia ellas miraron Adam y Richard. El último sintió que se acercaba a la anhelada palabra perdida y que la Luz, la sagrada Luz, empezaba a verse en medio de la oscuridad.

* *

Richard Holbein, durante casi un año, se dedicó en cuerpo y alma al Noviciado de la Orden de los Illuminati de Adam Weishaupt, sin moverse de Munich y asistiendo también a la Logia Teodoro del Buen Consejo. Su contacto con la Orden fue un misterioso hermano insinuante, con el cual se reunió en algunos bosques cercanos a Munich cada dos o tres meses. El trabajo a realizar consistió en una especie de despertar de la conciencia, unas meditaciones, unas tablillas de estudios y la observación de las personas cercanas a él. La Orden de los Illuminati, según pudo averiguar durante el Noviciado, también defendía unos planteamientos muy revolucionarios, más allá del esoterismo que atesoraba. Un texto de su fundador Adam Weishaupt, apuntaba:

«La salvación no está allí donde los tronos fuertes son defendidos por la espada, donde el humo de los incensarios asciende al cielo o donde miles de hombres fuertes miden con pasos los ricos campos de la cosecha. La revolución que va a producirse será estéril si no es completa.»

Al finalizar el Noviciado, Richard, aparte del trabajo realizado, tuvo que responder a varias preguntas comprometidas que le hicieron recordar el juramento de su iniciación masónica en el grado de Aprendiz de la Gran Logia de Londres u otras experiencias en el seno del Club del Fuego del Infierno:

«¿Seguís aún con la intención de ser recibido en la Orden de los Illuminati?

«¿Habéis sopesado suficientemente que tomáis una decisión importante y arriesgada al contraer compromisos desconocidos?

»Si descubrís en la Orden algo injusto que realizar, ¿qué partido tomaréis?

»¿Dais a nuestra sociedad el derecho a la vida y a la muerte?

»¿Os comprometéis a una obediencia ciega, sin reserva?

»¿Qué seguridad nos daréis de esas promesas y a qué pena os someteréis si faltáis a alguna de ellas?»

Las respuestas de Richard Holbein fueron enviadas a los archivos de la Orden y los superiores de los illuminati pusieron una fecha y una hora a su iniciación, tras considerar que las respuestas del joven Holbein eran apropiadas para la Orden: once de la noche del día 18 de abril de 1778.

Los días anteriores a la iniciación, Richard anduvo algo nervioso y preparó con cuidado su viaje a Ingolstadt, ya que e habían ordenado acudir allí para llevarla a cabo. Richard pensaba en los grados de iniciación de los illuminati y en que Baphomet podía tener relación con la anhelada palabra perdida. En el caso de que accediese a las instrucciones de los illuminati que enseñan a contactar con la entidad, ¿podría transmitirle la palabra perdida? Al elucubrar sobre esas hipótesis, el estado de ansiedad de Richard aumentó.

Una noche, Richard tuvo un sueño extraño en el que se observaba en medio de un bosque con seres diminutos que le decían: «Tienes que ir hacia adelante, hacia la capilla peligrosa y la senda de la iniciación.» Después los seres desaparecían sonriendo y volando, subidos en una especie de carro volador. Al cabo de un rato, una mujer lujuriosa aparecía en el medio del bosque vestida de forma provocativa y le decía: «Cariño, no hay nada como colocar la cabeza en medio de las nalgas de una gran madre.» Desaparecida la mujer, un ser hermafrodita, con los dos sexos, aparecía también en el bosque y cantaba: «No hay nada mejor que tenerlo todo, Baphomet lo tiene todo: vara y agujero.»

El día 18 de abril de 1778, tras otra noche de sueños extraños, Holbein se marchó por fin a Ingolstadt a primera hora de la mañana para ser iniciado, y arribó con su caballo a pleno galope a mediodía. Se acomodó en una posada que tenía una reserva para él, comió y esperó en su habitación a que apareciese el hermano insinuante, el cual tenía que conducirlo al lugar de la iniciación. A la hora pactada en punto, el hermano insinuante se presentó en la posada, saludó a Richard y lo trasladó con su caballo a un bosque cercano a Ingolstadt.

El hermano insinuante y Richard arribaron al lugar en media hora y el primero le solicitó que se desnudase por completo con rapidez. Richard recordó otras iniciaciones y notó que empezaba a sudar. Por un momento, tuvo miedo, pero, no obstante, obedeció y se quitó la ropa. El hermano insinuante le colocó una venda en los ojos y le ató sus partes genitales con suavidad, exclamando:

—Novicio, esperad aquí hasta que regrese.

El hermano insinuante reapareció, por fin, al cabo de uno veinte minutos y lo condujo al lugar del ritual con la venda en los ojos. Tras arrodillarse, Richard tuvo que contestar un sinfín de preguntas encaminadas a conocer cuáles eran los motivos por los que deseaba iniciarse en la Orden de los iluminati.

Llegado el juramento, uno de los encapuchados le realizó más preguntas:

—¿Quieres jurar fidelidad a la Orden de los Illuminati?

—Sí quiero —respondió Richard.

—¿Quieres ser miembro de los illuminati?

—Sí quiero —volvió a responder Richard.

—¿Darás todo por la orden?

—Sí —exclamó Richard.

—¿Hasta la vida?

—Hasta la vida —sentenció sin dudar Holbein.

—Bien, jura lo siguiente después de que yo lo haga:

«En presencia de Dios todopoderoso y ante vosotros, en este momento reconozco mi debilidad natural. Confieso que, a pesar de los privilegios de rango, de los títulos, de las riquezas de que pudiera estar revestido, no soy más que un hombre como los demás, que los otros mortales me pueden hacer perder todo eso, de la misma forma que gracias a ellos lo conseguí, que tengo una necesidad absoluta de su estima y que debo hacer cuanto me sea posible para merecerla... Prometo aprovechar ardorosamente todas las ocasiones de servir a la humanidad, de perfeccionar mi espíritu, de emplear mis conocimientos en el bien común, en la medida en que el bien y los estatutos de mi sociedad lo exijan.

Prometo un silencio perenne, una fidelidad y obediencia inviolables a todos los superiores y a los estatutos de la orden... Que Dios me ayude.»

El juramento, por un instante, hizo recordar a Richard la naturaleza un tanto revolucionaria de los illuminati de Weishaupt y otras iniciaciones anteriores.

El silencio se rompió cuando uno de los encapuchados dio tres golpes en el altar y exclamó:

—Luz, Luz, Luz... Que vea la Luz de Baviera.

El hermano insinuante le puso en pie y le quitó la venda de los ojos. Richard, entonces, pudo contemplar dos espadas que le apuntaban y a los dos encapuchados, un altar negro y un par de velas o bujías de color rojo, un espectáculo poco relacionado con una logia masónica. ¿Dónde estaban el mosaico blanco y negro, las dos columnas de la entrada, Jakin y Boaz, el triángulo y el ojo, el símbolo del Gran Arquitecto del Universo?

Uno de los encapuchados le proclamó iluminado, y el resto de hermanos presentes le dieron un triple abrazo fraternal, y entonces concluyó la iniciación.

Desde aquella noche, el joven Richard Holbein pudo avanzar en los misterios de los illuminati con mayor profundidad y buscar la anhelada palabra perdida o la forma de llegar a ella. Y la verdad es que la famosa palabra se quedó cerca, demasiado cerca.

* * *

Así, Holbein pasó casi cuatro años viviendo en Ingolstadt para encontrarse cerca de Weishaupt y descubrir los grandes misterios masónicos e iluministas. Escaló los grados de iniciación de los illuminati, conoció a miembros de los illuminati tan ilustres como Cagliostro, Herder y Goethe y se encontró ante la iniciación en la maestría masónica en el verano de 1782. El Rito de los Iluminados, escrito por Adam Weishaupt y Adolf von Knigge, tenía 13 grados de iniciación y Richard estaba convencido de que en el grado de Maestro Masón se encontraba el misterio que él buscaba.

La verdad es que a Richard, en aquellas fechas, no le quedaban fuerzas para proseguir la búsqueda en los altos grados de los illuminati, porque el tiempo había transcurrido y la ciudad de Ingolstadt no presentaba más atractivos que los de un castillo ducal, una catedral gótica, unos bosques cercanos muy bellos y unas jovencitas tan atractivas como recatadas.

Su iniciación en la maestría masónica, así pues, se produjo un 13 de diciembre y le resultó más llevadera que el primer ritual de iniciación de los illuminati, porque entonces ya conocía muy bien a sus hermanos. Sólo el acto de tumbarse en la simbólica tumba de Hiram Abiff y una marcha algo larga a su alrededor le intrigaron e hicieron sudar. Él se animaba a sí mismo pensando que no podía haber problema entre hermanos tan conocidos. Y así fue; todo transcurrió de la forma más natural.

Como él imaginó, los toques, signos, palabras y enseñanzas que descubrió le dieron nuevas pistas sobre su búsqueda. Las enseñanzas trataban sobre la tradición luciferina que le transmitió Tubalcán a Hiram Abiff, el héroe de la maestría masónica, con datos claros y entendibles. Esa tradición era casi idéntica a la que había podido descubrir por primera vez con los hermanos de la Gran Logia de Londres. La verdad es que se trataba de una tradición tan apasionante como iniciática, ocultada en parte por miedo de que la Iglesia católica y los conservadores hablasen de satanismo en el seno de la masonería.

Los nuevos documentos de los illuminati explicaban casi lo mismo sobre Hiram Abiff que el documento que recibió en la Gran Logia de Londres, aunque con un añadido importante sobre el árbol genealógico de Hiram Abiff:

«El árbol genealógico de Hiram Abiff, según la tradición luciferina es:

1. El Dios supremo y desconocido

2. Iblis (Samael, Lucifer, Baphomet...) y Eva

- 3.Caín y Lebuda
- 4.Enoc y Naema
- 5.Irad y Naema
- 6.Mejuyaél y Naema
- 7.Matusael y Naema
- 8.Lamec y Tsilla (Sela)
- 9.Tubalcaín y Naema
- 10.Ur y una viuda
- 11.Hiram Abiff y Balkis

»Y, sin lugar a dudas, por tanto, esta genealogía de Hiram Abiff según la tradición luciferina se puede considerar totalmente «luciferina» o ligada al Dios de la Luz por varios motivos:

- »Hiram, el fundidor de Tiro, era hijo de una viuda de la tribu de Neftalí (I Reyes, 7-13) o de Dan. Esas dos tribus hebreas fueron las que volvieron al becerro de oro y renunciaron al elaborado por Moisés. Un hecho significativo.
- »Hiram tuvo por padre a un tiro, también fundidor, llamado Ur. En hebreo, esa palabra significa "luz". Recordemos la importancia de la Luz con mayúsculas en toda la ruta luciferina.
- »Según la leyenda de Hiram, éste fue instruido durante un descenso al centro de la Tierra por Tubalcaín, su antepasado fundidor. Y Tubalcaín, por cierto la palabra de paso en la maestría masonica, es citado en el Génesis 4-22 de la siguiente forma: "Sela parió a Tubalcaín, forjador de instrumentos cortantes de bronce y de hierro. La hermana de Tubalcaín era Naema..."

»Cabe prestar atención a Baphomet, porque es la expresión más iniciática de ese Dios de la Luz y la expresión que los illuminati utilizamos en nuestro trabajo.»

Tras varias lecturas, todo quedó más claro para Richard. Hiram Abiff aparecía asociado a su antepasado ancestral Iblis, que podía considerarse un Dios de la Luz muy similar a Baphomet. Hiram Abiff era la puerta de acceso a Iblis y a Baphomet. En la maestría masónica de los illuminati, la leyenda no ofrecía lugar a dudas. Pero ¿qué se explicaba de Baphomet en los mismos documentos del Maestro Masón de los illuminati?

Los documentos de dicho grado, por otra parte, también enseñaban la naturaleza exacta y real de Baphomet, el ídolo de los templarios asociado a Iblis. Richard se quedó asombrado al ver que los documentos consideraban a Baphomet el Dios verdadero y que en él estaban todos los misterios. Pocas dudas podía tener a aquellas alturas acerca de dónde buscar la palabra perdida.

Baphomet era la clave, es decir, quien conducía a la palabra perdida, a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro.

El grado de Maestro Masón le ofrecía más técnicas para contactar con Baphomet y aportaba una introducción a la Cabala útil para aprender a contactar con otros planos de la realidad, y Richard entendió que debía practicar para prepararse convenientemente para el gran evento que se avecinaba. Practicó durante meses y logró observar por fin una cabeza parlante, Baphomet, la cual le decía: «Soy yo... Soy yo y tres veces yo. Soy el inspirador de los sueños, el mago de la penumbra del alma. Ilumino a todos, pero no lo saben o no lo quieren saber. Espera... Espera...»

* *

Como Maestro Masón de los illuminati de Baviera, Richard Holbein también averiguó la confrontación que existía entre los illuminati y los masones ingleses, a los cuales Weishaupt llamaba «no iniciados» y «clérigos». De hecho, en 1782, en el convento masónico de Wilhelmsbad, los illuminati habían intentado federar a la masonería continental, sin éxito, esencialmente por la postura radical de la masonería inglesa en su contra.

En la primavera de 1784, Richard se encontraba a punto de ascender de grado y, para calmar la ansiedad por la espera, decidió emprender un viaje por Francia. Pensó que un viaje de un par de meses le serviría no sólo para relajarse, sino también para aclarar las ideas y los datos que había obtenido en la Orden de los Illuminati. Otro atractivo del viaje era conocer el ambiente de las logias masónicas e iluministas francesas, donde emergían nuevas corrientes masónicas como el martinismo, creado por Martines de Pascually, tras fundar éste el Rito de los Elegidos Cohens. Según había podido averiguar, en la última década, varios ritos masónicos de nuevo cuño triunfaban en la masonería francesa y continental, y Richard deseaba contactar, como Maestro Masón de los illuminati, con las logias del Gran Oriente de Francia, creadas en 1773, y la Gran Logia Nacional francesa, que trabajaban con tales ritos, para comprobar esa realidad. Pero nada más cruzar la frontera, un hermano le comunicó a Richard una noticia alarmante que alteró su presente y su futuro inmediato: el 22 de junio el elector de Baviera había prohibido los illuminati, después de que un enviado de la Orden apareciese muerto con documentos que mostraban los planes de una gran revolución en ciernes.

Richard se asustó y pensó que una situación así perjudicaría su búsqueda en los illuminati, aparte de comprometer su integridad y la de sus propios hermanos. Creyó adivinar que su viaje por Francia, además, no sólo iba a estar relacionado con las nuevas corrientes masónicas que florecían a ritmo vertiginoso, sino con problemas. Tomó la determinación de pasar unos meses escondido en una ciudad cercana a la frontera, Estrasburgo, y en febrero de 1785, cuando pensaba que todo volvería a la calma, la noticia de que Weishaupt había sido destituido de su cátedra y marchaba al exilio, condenado a muerte, lo destrozó.

Richard pensó entonces que, desde el convento masónico de Wilhelmsbad, en 1782, Weishaupt había dado prioridad a la revolución, y había afiliado a militares como el barón von Busche o Amelio Bode y apartado de la

organización a masones de la talla de Adolf von Knigge, quien había escrito el Rito de los Iluminados y estructurado la orden junto a él, y que, ahora, llegaban las dramáticas consecuencias.

Knigge, al cual conocía bien, era mucho menos revolucionario que Weishaupt y, tras el convenio de 1782, donde los illuminati habían intentado federar a toda la masonería bajo su autoridad sin éxito, fue apartado de la Orden, con lo cual se creó una situación revolucionaria en el seno de la Orden que parecía haber conducido al drama actual. «¿Y ahora qué puedo hacer?», se preguntó Richard algo confuso.

Tras mucho meditar, pensó que, con los illuminati prohibidos, la posibilidad de ascender de grado, de profundizar en los contactos con la cabeza parlante, Baphomet, y de conseguir por fin la anhelada palabra perdida que conducía a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de todos los tesoros se alejaba de Baviera.

A finales de diciembre de 1785, dos días antes de reemprender su viaje a París, Richard experimentó una sensación extraña. A pesar del frío exterior, en la habitación de su posada hacia un calor brutal. De pronto, miró hacia la rojiza catedral de Estrasburgo y una voz musical le comunicó con rotundidad que, más tarde o más temprano, él completaría su búsqueda de la palabra perdida que debía conducirlo a la tumba de Hiram Abiff y al gran tesoro, y que alguien tomaría la antorcha illuminati para hacer justicia, Richard en aquel momento tuvo la intuición de que lo segundo era inminente, mientras que la palabra perdida no sería encontrada hasta pasado mucho tiempo.

Tras oír la voz, se sentó en la cama aturdido, recordó su primer encuentro con el héroe Adam Weishaupt y volvió a contemplar la catedral, sus símbolos, sus mensajes grabados en la piedra...

La misteriosa voz que le había hablado no se equivocó...

EL GRAN ORIENTE DE FRANCIA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA

«De Molay ha sido vengado.».
(Grito de las masas revolucionarias.)

Diciembre de 1785. París, Francia

En diciembre de 1785, ante lo que ocurría en Baviera, Richard Holbein abandonó Estrasburgo y marchó a París. Por el camino, notó un ambiente prerrevolucionario. El pueblo estaba harto de injusticias y deseaba un cambio, tal como le había apuntado hacía ya algunos años el ilustre Voltaire. El mal ambiente era tan grande que Richard temió ser asaltado por el camino en varias ocasiones.

Al llegar a París a principios de la primavera de 1786, Richard se hospedó en una posada cercana a la catedral de Notre Dame y a la Ile de la Cité, lugar en el que había sido quemado vivo en una pira el último gran maestre de los templarios, Jacques de Molay. Se dedicó a pasear por la zona medieval de París, a apreciar su belleza y a recordar Baviera. De París, le encantó la catedral de Notre Dame, su oscuridad interior y sus gárgolas, similares a Baphomet.

Richard contactó enseguida con las logias francesas del Gran Oriente de Francia y la Gran Logia de Francia, y reemprendió sus trabajos masónicos. En las logias de la Gran Logia de Francia, pudo descubrir qué era el famoso martinismo. Éste había sido creado por Martines de Pascually (1710?. 1774). De origen judío sefardí (español), no como Weishaupt que descendía de judíos europeos, Martines recorrió Francia y se hizo iniciar en varios ritos masónicos del siglo xviii, hasta finalmente crear su propio rito, el de los Elegidos Cohens. El rito, repleto de magia, Cabala y ocultismo, fue reconocido por la Gran Logia de Francia en 1765, y ello supuso el inicio del martinismo. El martinismo tuvo prolongación en el tiempo gracias a Claude de Saint-Martin (1743-1803), el llamado «filósofo desconocido», y a Jean Baptiste Willermoz (1730-1824), el fundador de los Caballeros del Águila Negra y de la Orden de los Caballeros Benefactores de la Ciudad Santa. En el seno del Gran Oriente de Francia, se percató, por contra, de que en dicha obediencia masónica convivía una minoría de aristócratas con una mayoría de revolucionarios, junto a otros hermanos que provenían de los illuminati huidos de Baviera. Richard se enteró por esos hermanos bávaros de que las logias y los documentos de la Orden de los Illuminati habían sido saqueados, de que la persecución resultó terrible y de que impusieron torturas y condenas inquisitoriales, como la condena a muerte recibida por el gran maestre Adam Weishaupt. Richard Holbein creyó adivinar que se había salvado de la quema por una especie de «milagro».

Entre 1787 y 1788, Richard se estableció en París ante la imposibilidad de regresar a Baviera, tuvo un romance con una joven muy ardiente llamada Marie, se mantuvo alejado de cualquier especulación sobre Baphomet o la anhelada palabra perdida y prosiguió su actividad masónica en las logias del Gran Oriente de Francia, esperando tiempos mejores. En el seno de dichas logias, observó un tanto sorprendido cómo los aristócratas empezaron a abandonar la actividad masónica, es decir, a entrar en «sueños», ya que estaban en desacuerdo con los masones y los illuminati que trabajaban en las mismas logias para minar la monarquía y la tiranía contra el pueblo. La situación provocó quejas de las logias regulares y profundas discrepancias entre obediencias de distinto signo. Animado por el ambiente de las logias del Gran Oriente, una noche, tras realizar el acto sexual y notarse relajado, Richard le confesó a Marie que algo grande iba a ocurrir en Francia.

Ya en junio de 1789, el rey de Francia, Luis XVI, gracias a los infiltrados de la policía, se enteró de la labor conspirativa de bastantes masones e illuminati del Gran Oriente de Francia y del descontento del pueblo, e hizo un intento en vano por tratar de remediar lo que parecía a esas alturas irremediable: una revolución. Trató de acallar a los elementos revolucionarios del Gran Oriente de Francia y del propio pueblo aprobando una serie de medidas sociales. Pero las medidas fueron rechazadas por las logias del Gran Oriente y el pueblo, y el 14 de

julio de 1789 el ambiente revolucionario estalló de forma definitiva con la toma de la Bastilla. Richard, junto a otros hermanos, muchos de ellos illuminati, se encontró de hecho en la loca carrera hacia la Bastilla, trepando a las masas y chillando: «¡A por ellos, venguemos a De Molay y a Weishaupt!»

Tras la toma de la Bastilla, la revolución se encauzó, las jornadas más violentas se fueron espaciando y los objetivos revolucionarios (la república, la igualdad social, la eliminación de la familia real, la libertad religiosa y sexual...) al final triunfaron.

Varios de los principales héroes de la Revolución francesa como el conde de Mirabeau o el célebre Babeuf, eran masones e illuminati. Y varios de esos héroes revolucionarios plasmaron buena parte del credo de los illuminati en las mencionadas reformas sociales. Por otra parte, aunque algunos miembros de la aristocracia y la monarquía tenían relación con la masonería, su final fue trágico.

En medio de la victoria de la Revolución, Richard no sólo observó con orgullo cómo el credo de los illuminati se plasmaba en las mencionadas reformas sociales que se llevaron a cabo, sino que tuvo tiempo para recordar junto a otros hermanos al bueno de Adam Weishaupt. En muchas ocasiones, ciertamente, comentaron todos juntos los terribles sufrimientos que debió de pasar una excelente persona como él al tener que exiliarse lejos de Baviera y de sus hermanos, por culpa de la intolerancia religiosa.

Richard, en la soledad de su posada, acompañado por Marie, no pocas veces recordó a ésta que sus impresiones interiores se habían confirmado.

De entre todos los documentos nacidos de la Revolución, hubo uno que le rompió el alma porque parecía salido de la pluma de Adam Weishaupt. Era de Babeuf, uno de los cabecillas revolucionarios, masón, illuminati y responsable de la posterior conspiración de los Igualados (1796-1797), acaudillada por el propio Babeuf, Darché y Buonarrotti. Babeuf se lo leyó a Richard personalmente, pero le argumentó que solo se haría público años después, porque aún no había llegado el momento de acabar de plasmar las reformas sociales de los illuminati. El documento decía:

«Pueblo de Francia, durante quince siglos has vivido esclavo y en consecuencia desgraciado [...]. Desde tiempo inmemorial se nos dice con hipocresía: "Los hombres son iguales" , y desde tiempo inmemorial la más monstruosa desigualdad pesa sobre el género humano... La igualdad nunca ha sido más que una bella ficción de la ley [...]. Legisladores, gobernantes, propietarios, escuchadnos:

«Nosotros pretendemos de ahora en adelante vivir y morir iguales; tal como hemos nacido; nosotros queremos la igualdad real o la muerte. [...] Nosotros no sólo queremos la igualdad escrita en los derechos del hombre; la queremos entre nosotros, bajo el techo de nuestras casas. Estamos dispuestos a todo para obtenerla; por ella estamos dispuestos a hacer tabla rasa [...].

«Nosotros pedimos algo más sublime y más equitativo, el bien común y la comunidad de bienes. Basta de propiedad individual, que la tierra no sea de nadie; sus frutos sean para todos. Nosotros no podemos aceptar que la mayoría de los hombres trabajen y suden para el servicio y para el placer de una minoría [...].

»Que no haya otra diferencia entre los hombres que la edad y el sexo; todos tenemos las mismas necesidades y las mismas facultades; que haya una misma educación para todos y una misma alimentación. Sólo hay un Sol y un aire para todos [...].

«Pueblo de Francia: abre los ojos y el corazón a la plenitud de la felicidad: reconoce y proclama con nosotros la república de los iguales.»

A finales de 1790, el ambiente revolucionario parecía más calmado en todo Francia, y Richard creyó que debía retomar su búsqueda de la palabra perdida tras la excitante experiencia bávara y francesa. Tuvo la impresión de que ya había llegado el momento de abandonar el continente y regresar a Inglaterra para reemprender la marcha y seguir la búsqueda de la mágica palabra perdida que debía conducir a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de todos los tesoros. En Baviera, se había quedado a las puertas de la palabra perdida por culpa de una serie de acontecimientos históricos, pero debía continuar, más allá de lo atractivo que podía resultar permanecer en la Francia revolucionaria.

En invierno de 1790, Richard preparó su equipaje y, por fin, se despidió de los hermanos y de Marie, a quien explicó, con lágrimas en los ojos, que no podía llevárla consigo porque debía proseguir una misión tan importante como la propia Revolución: la búsqueda de una misteriosa palabra perdida. En la decisión de Richard también pesaba el consejo del conde de Saint-Germain sobre la necesidad de no mantener relaciones afectivas demasiado largas.

Tras abandonar la Francia revolucionaria y realizar un viaje muy rápido de regreso a Inglaterra, donde no pasó apuros con los asaltantes de caminos, Richard Holbein arribó a su mansión de Yalding en menos de dos meses y pudo comprobar, gracias a correspondencia atrasada, que su mayordomo había muerto, al igual que algunos hermanos de la Gran Logia de Londres. En la soledad más absoluta, recorrió los pasillos y las habitaciones de su mansión en silencio, y quedó un tanto perplejo por lo bien cuidadas que aún estaban, a pesar de sus aproximadamente quince años de ausencia en Francia y Baviera.

Añorando Baviera, Francia, a Marie..., y afectado por las noticias de los fallecimientos, en la soledad de su mansión pensó que su condición de inmortal no sólo le daba alegrías.

Aquella primera noche en Inglaterra, Richard tuvo un sueño extraño, relacionado con su inmortalidad, la palabra perdida, la tumba de Hiram Abiff y el tesoro que buscaba. Soñó que, tras recorrer un túnel oscuro que lo conducía una sala abovedada, se encontraba allí con Adam Weishaupt y Babeuf. El Maestro A. W. entregaba a Babeuf un cofre reluciente y desaparecía. Al abrirlo, se encontraba una plancha de bronce que contenía un

nombre: «El libro de la Fama Fraternitatis.» Babeuf miraba a Richard con asombro, un tanto atónito, y le decía: «Se acabó la Revolución, vuelves a la búsqueda en Arabia y Egipto, pero en 1845.»

Al despertarse al día siguiente, Richard observó el Sol reluciente por los cristales de su mansión y recordó a sus nobles hermanos alemanes y franceses, y también a Marie, su amante. Aún medio envuelto en sus sueños reveladores, pensó que se identificaba con los hermanos del continente y que renegaba de la masonería inglesa fundada por «clérigos» protestantes de forma irregular; y además supo, por una impresión muy profunda, que siempre tendría presentes en su corazón a los primeros, incluso en sus próximas aventuras y desventuras en busca de la palabra perdida.

Por último, juró para sus adentros que encontraría aquella palabra perdida..., y luego pensó en qué diablos hacer para conseguir el libro titulado El libro de la Fama Fraternitatis.

TRAS LOS PASOS DE CHRISTIAN ROSENKREUTZ

«Nuestro difunto padre, Fr. C. R., espíritu religioso, elevado, altamente iluminado, alemán, Jefe y fundador de nuestra fraternidad, consagró esfuerzos intensos y prolongados al proyecto de reforma universal [...].»

Fama Fraternitatis

Marzo de 1845. Dover, Inglaterra

¡Cuánto podía cambiar una ciudad en setenta y un años! Richard observaba el bullicio que había a su alrededor mientras se disponía a embarcar nuevamente rumbo al continente. Parecía que fue ayer cuando decidió emprender un viaje que le condujo a recorrer una buena parte de Francia y Alemania, y que le proporcionó tantos conocimientos, tantos amigos... y tantas pistas para seguir con su búsqueda de la anhelada palabra perdida que conducía a la tumba de Hiram Abiff y al gran tesoro que ésta contenía, una vez a bordo del velero que le conduciría de nuevo a Francia, Richard se acomodó en un confortable asiento de cubierta y dejó vagar su pensamiento haciendo un ejercicio de memoria.

En los últimos años —¡más de cincuenta!—, había tenido de reorganizar su hacienda y de encauzar su futuro económico para no tener problema alguno respecto a su sustento. La casa de Yalding era cada vez más cara de mantener, pero sin ningún género de duda tenía muy claro que debía seguir abierta y dispuesta a recibirla cada vez que estuviera en Inglaterra. Lo que también tenía muy claro era que en su larga vida aún le esperaban muchos viajes que realizar. Durante el primer año posterior a su vuelta, y tras tener el sueño que le mostró El libro de la Fama Fraternitatis Richard volvió a frecuentar el trato con los hermanos masones de la Gran Logia, aunque sin volver a las logias. Con la práctica excusa de ser un descendiente de los Holbein de Yalding, Richard entró de nuevo en contacto con la sociedad londinense. De esa forma, y tras consultar sobre la existencia del misterioso libro que apareció en su sueño, descubrió que podía conseguirlo fácilmente en alguna librería que dispusiera de un buen fondo. Y así fue. Noticias de la Fraternidad o Fama Fraternitatis era el título que abría el famoso libro; un libro, por cierto, fechado en 1614 y de pocas páginas, en el que no aparecía firma alguna de su autor. El libro, dirigido a «los regentes, a las órdenes y a los hombres de ciencia de Europa» por los «hermanos de la fraternidad de la Rosacruz», narraba las peripecias y los viajes que había realizado el hermano o frater Christian Rosenkreutz, el fundador de la fraternidad de la Rosacruz. A través de las explicaciones que recibió de algún hermano, Richard supo que dicha fraternidad parecía perder sus orígenes en el tiempo que gozaba de una gran reputación entre la masonería, lo que había llevado a muchos masones a pertenecer a ella.

El libro comenzaba vanagloriándose de los grandes adelantos de la ciencia, que había sabido arrancar los secretos de la naturaleza, y de la aparición de grandes sabios que habían alcanzado extensos conocimientos. «Pero todo e considerado por la frivolidad del mundo como de escasa utilidad. Las calumnias y las burlas no cesan de crecer. Los hombres de ciencia se encuentran imbuidos de una arrogancia y orgullo tales que se niegan a reunirse para hacer un cómputo de las innumerables revelaciones con las que Dios ha gratificado los tiempos que vivimos mediante el libro de la naturaleza o la regla de todas las artes. Cada grupo combate a los otros basándose en los antiguos dogmas y, en vez de la Luz clara y manifiesta, prefiere al Papa, a Aristóteles, a Galeno y a todo lo que se parece a una colección de leyes e instrucciones, cuando, sin duda alguna, estos mismos autores tendrían sumo gusto en revisar sus conocimientos si vivieran.» ¡Vaya! Los rosacrucianos demostraban ser muy combativos contra el inmovilismo y contra las trabas puestas por la política, la ciencia y la religión.

Entonces, el libro seguía narrando la vida del frater Christian Rosenkreutz. «Nuestro difunto padre, Fr. C. R., espíritu religioso, elevado, altamente iluminado, alemán, Jefe y fundador de nuestra fraternidad, consagró esfuerzos intensos y prolongados al proyecto de reforma universal. La miseria obligó a sus padres, aun siendo nobles, a ponerlo en el convento a la edad de cuatro años. Allí adquirió un conocimiento conveniente de dos lenguas: latín y griego. También vio colmadas sus incessantes súplicas y plegarias en la flor de su juventud: fue confiado a un hermano, P. A. L., que había hecho el voto de ir en peregrinación al Santo Sepulcro. Aunque este hermano no viese Jerusalén, pues murió en Chipre, nuestro Fr. C. R. no retrocedió; por el contrario, se embarcó para Damcar con la intención de visitar Jerusalén partiendo de esta ciudad.»

El hecho de que el tema del libro derivara en un viaje, hizo que Richard intentara averiguar algo más sobre el personaje central del libro, el tal Christian Rosenkreutz. A través de algunas breves explicaciones recibidas por un hermano masón perteneciente a la fraternidad Rosacruz, Richard supo que Rosenkreutz nació en el año 1378 y murió en 1484, es decir que vivió hasta los ciento seis años. Eso suponiendo que hubiera llegado a existir, una cuestión que más de uno ponía en duda. También recogió el interesante dato de que un estudioso luterano, Juan Valentín Andreae, que murió en el año 1684, era autor del libro. En cualquier caso, lo escribiera quien lo escribiera, y existiera o no Christian Rosenkreutz, el libro contenía unas indicaciones lo suficientemente misteriosas como para que Richard tomara la decisión de seguir el mismo viaje que el misterioso personaje alemán, un viaje que podía, si no ayudarle a resolver el enigma de la palabra perdida que conducía a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de los tesoros, sí mostrarle el camino correcto a seguir.

El sueño que tuvo al volver de su primer viaje le indicaba claramente que debía iniciar su nuevo periplo en 1845. Así que, con la paciencia que le otorgaba su inmortalidad, dejó transcurrir los años, unos años en los que fue alternando los contactos con sus hermanos masones con largos períodos de tiempo de extrema soledad, para no levantar sospechas ni en Londres ni en Yalding de su condición inmortal.

* *

Una vez llegado el año 1845, Richard se puso de nuevo en marcha, siguiendo la estela dejada por Christian Rosenkreutz. Por ello, lo primero que decidió fue viajar hasta la lejana isla de Chipre, donde, como en todas las tierras del sur de Mediterráneo, eran dueños y señores los otomanos.

Desde Inglaterra se dirigió a Francia, tierra donde Richard había corrido tantas aventuras y donde había dejado amigos y amores... Nada más pisar suelo francés, se enteró de que la llama de la Revolución había quedado casi extinguida tras la gran huella dejada por Napoleón, pero el espíritu de libertad igualdad y fraternidad, que tan valientemente habían defendido masones e illuminati, había quedado fuertemente enraizado en las tierras galas. Durante el largo tiempo que le llevó cruzar el país hasta el sur, supo que los franceses habían alzado al poder al duque de Orleans, Luis Felipe. A pesar de ello el ambiente en las ciudades y pueblos franceses no era demasiado tranquilo. A Richard no le sorprendió detectar ese malestar, ya que cuando dejó Inglaterra, donde reinaba la joven reina Victoria, los problemas políticos y económicos de Irlanda minaban constantemente la paz inglesa.

Con los ánimos no demasiado altos, Richard llegó al punto final de su viaje continental: Marsella. Su estancia en la antigua ciudad francesa, asolada en tantas ocasiones por los ataques de los piratas, fue muy breve, ya que en pocos días logró encontrar pasaje en un barco que, haciendo escala en Sicilia, le conduciría hasta la isla de Chipre.

La travesía por el Mediterráneo fue muy agradable. Durante el viaje, tuvo tiempo de familiarizarse con ese espíritu latino tan peculiar que únicamente se encuentra en la zona sur del continente europeo. Y lo que más sorprendió a Richard, y no muy agradablemente, fue el elevado tono de voz que todo el mundo utilizaba para hablar. ¡Vaya escándalos que organizaban los marineros! De hecho, esta ruidosa característica fue a mayores a medida que Richard se centraba en el corazón de las aguas mediterráneas y la afluencia otomana se hacía más palpable.

Con una piel mucho más tostada, que aumentaba el atractivo de su mirada azul, Richard desembarcó en las costas chipriotas, en concreto en el puerto de Kirenia, desde donde después de conseguir una buena montura —si es que una mula rematadamente tozuda puede denominarse así—, se dirigió hacia la ciudad de Nicosia.

Desde que puso el primer pie en Chipre, el joven notó que su presencia no era muy bien recibida. Chipre, con sus blancas casas que reflejaban un Sol de justicia, estaba en manos otomanas. E Inglaterra, desde hacía mucho tiempo, intentaba ocupar la estratégica isla sin conseguirlo, lo que hizo que su llegada levantara alguna que otra sospecha entre los mandatarios chipriotas. Así, nada más llegar a Nicosia, supo lo difícil que podía llegar a ser para un inglés encontrar alojamiento, cosa que finalmente pudo conseguir tras pagar una gran cantidad de dinero. Una vez alojado, y adoptando una vestimenta menos sospechosa, compuesta por una especie de túnica que incorporaba una capucha, Richard pudo comprobar cómo los turcos habían convertido a Nicosia en una digna capital de su Estado, y transformado en mezquita la que en su momento fue una hermosa iglesia gótica. Lo que sí conservaba la ciudad eran sus murallas, construidas bajo dominio veneciano, y sus callejuelas empinadas, oscuras y tortuosas, donde uno se podía perder con extrema facilidad.

Lo más indicado, pues, era dedicarse a profundizar en las indicaciones de la Fama Fraternitatis y en el viaje de Christian Rosenkreutz, cosa que Richard hizo en las cómodas habitaciones donde se alojaba. Así que retomó la lectura y se fijó en el siguiente párrafo: «Durante el tiempo en que se vio obligado a prolongar su estancia en Chipre obligado por el cansancio, ganó el favor de los turcos gracias a la experiencia no despreciable del arte de curar. Por azar oyó hablar o los sabios de Damcar en Arabia, de las maravillas que eran capaces de realizar y de las revelaciones que les habían si hechas sobre la naturaleza entera.» Aquello se complicaba por momentos. En párrafos anteriores, se hablaba de que el maestro de Rosenkreutz murió en Chipre. Y, por ello, según parecía, su discípulo alemán se dirigió a la isla, aunque su verdadero destino era una ciudad llamada Damcar. «Damcar, Damcar...» La palabra se repetía una y otra vez en la mente de Richard. La única ciudad que conocía con un nombre similar era la mítica Damasco, pero ¿tendría algo que ver con ella el nombre de Damcar? El texto explicaba que Christian Rosenkreutz había oído hablar de «los sabios de Damcar» en Arabia, aunque no indicaba dónde o quién le había transmitido esa información. ¡Vaya lio! Después de mucho meditar, Richard decidió trasladarse hasta Damasco. Una vez allí, ya decidiría el siguiente paso.

El viaje desde Chipre al continente asiático no fue muy sencillo. Primero, tuvo que dirigirse a la parte más oriental de la isla, donde llegó a lomos de una truculenta mula, con la que nunca pudo llevarse bien. Allí, Richard volvió a tener problemas para encontrar un barco que quisiera llevarle hasta alguna ciudad costera. A pesar de que comenzaba a defenderse con la lengua árabe, sus problemas de comunicación empeoraban la situación. Pagando de nuevo una cantidad ingente de dinero, Richard consiguió viajar hasta la ciudad de Tartus. Una vez allí, recibió una interesante recomendación de un amable comerciante de vinos griego, al que conoció en la tranquila posada donde se hospedó.

—Mire usted, joven inglés. Los turcos infieles son muy orgullosos y no consenten que nadie ponga en duda su autoridad. Así que, lo mejor que puede hacer es pasar lo más inadvertido posible, sobre todo teniendo en cuenta que usted es inglés. De todas maneras, si logra dominar un poco mejor el árabe de lo que yo domino el inglés, que ya ve usted que no es mucho, no tendrá ningún problema —sentenció el griego. Tras una breve pausa en la que observó fijamente a Richard, concluyó con una precisa afirmación—:

Curiosamente no tiene usted aspecto de ser inglés; más bien por mi experiencia yo diría que tiene usted ascendencia judía, ¿me equivoco? —inquirió el griego mientras sostenía con aire misterioso un vaso lleno de té.

—Así es, así es. Tengo sangre judía en mis venas y, sinceramente, le diré que desde que he pisado estas tierras tengo la sensación de que me encuentro como en mi casa. ¿No es extraño?

—No, no lo crea usted —respondió el griego—. En los muchos años que hace que me dedico al comercio, he podido tratar con muchos comerciantes judíos y, créame, no es la primera vez que he oído una afirmación como la suya. En cualquier caso, lo mejor es que aprenda bien la lengua árabe y no se busque problemas.

Teniendo muy en cuenta los sabios y prácticos consejos que le ofreció el comerciante griego, Richard se puso en marcha hacia la ciudad de Damasco, aprovechando la partida de una caravana que se dirigía hacia allí.

* *

El viaje sirvió para que Richard, casi sin darse cuenta, fuera acostumbrándose a la idiosincrasia turca. La verdad es que se sentía muy a gusto cuando, al llegar la noche, sus compañeros de viaje encendían grandes fuegos para calentarse y bebían un excelente té mientras explicaban mil y una anécdotas de sus viajes. También Richard llegó a acostumbrarse a sus rezos, que todos seguían muy devotamente, mientras se agachaban en dirección a la ciudad santa de La Meca. Todo aquello hizo que Richard, en muchos momentos, casi olvidara el motivo de su viaje y sintiera el gran peso de sus raíces, que, probablemente, estaban no muy lejos de aquellas tierras. Se sentía muy a gusto en aquellos parajes que, cien de años atrás, habían sido la cuna de la civilización y de las grandes religiones.

Con una sincera tristeza, tuvo que despedirse de sus compañeros de viaje al llegar a Damasco. Pero, rápidamente, Dimischk esch Scham, tal y como llamaban los turcos a la ciudad, le cautivó con sus encantos y misterios.

Damasco, como en toda su historia, demostraba ser una gran capital comercial y cultural. La ciudad, considerada por el profeta Mahoma como uno de los cuatro paraísos terrenales, era una de las más antiguas del mundo, como recordaba Richard haber leído en la Biblia. Damasco, atravesada por el río Barada, era un vergel junto al desierto, donde uno podía perderse en sus mil y un bellísimos rincones. Sin dudarlo, Richard decidió quedarse allí una buena temporada.

Entabló contacto con la comunidad judía de la ciudad, muy abundante, por cierto, y con la cristiana, que seguía en su mayor parte el cristianismo ortodoxo. Al contrario de lo que se creía en Europa, los turcos eran mucho más abiertos y respetuosos en cuestión de creencias que los cristianos. En Damasco, convivían sin mezclarse, eso sí, seguidores de las tres grandes religiones que, además, habían nacido en la misma tierra. Y no existía ningún tipo de problema.

Por ello, Richard pudo, en muchas ocasiones, visitar lugares tan bellos y sagrados como la Gran Mezquita, que se construyó en el año 708 y que antes había sido una iglesia cristiana y, aún antes, un templo romano. Damasco, en fin, unía en su seno lo mejor de todas las tradiciones. Aunque, por desgracia, eso incluía los antiguos odios que algunos sentían por otros.

Richard estuvo viviendo en la capital de la antigua Siria durante unos cuantos años. Aprovechó su estancia, entre otras cuestiones, para dominar la lengua árabe, pero también la hebrea que pudo aprender de un amable rabí, con el que también profundizó en las creencias y tradiciones judías y, por supuesto, en la Cabala.

Había llegado a tal extremo en su adaptación al país que no notaba el criterio que se formaba en los mercados o el perenne olor a especias y orines que flotaba por toda la ciudad. Richard vivía en una pequeña casa cercana al barrio judío de Damasco, que había alquilado a un comerciante de cuchillos y alfanjes con el que, en muchas ocasiones, se sentaba durante largo tiempo para charlar sobre religión, mientras saboreaban un buen té y fumaban el fuerte tabaco aromático propio de aquellas tierras. Pero ¿dónde estaba la palabra perdida? De entrada, no había ni rastro de ella.

Ese período de paz llegó a su fin de una manera inquietante y desagradable. Fue durante una noche de agosto de 1851, en la que Richard se dirigía hacia su casa tras haber compartido mesa con el rabí Daniel y su familia, cuando unos supuestos bandidos acorralaron al joven inglés en una pequeña plaza. A pesar de los gritos de los atacantes y de los que profería Richard intentando defenderse, ninguna ventana se abrió, ni ningún vecino salió para socorrerlo. Richard sólo vio el brillo de un gran alfanje dirigirse hacia su cuello. Dos de los asaltantes lo mantuvieron inmovilizado, mientras un tercero sostenía peligrosamente la arma.

—Infiel, escúchame bien —susurró el dueño del alfanje—. Venimos observándote desde hace años y sabemos de tus preguntas curiosas. Esto es sólo un aviso.

Richard, que no osaba mover ni un músculo por temor a salir herido, asintió cerrando los ojos.

—Buscas un tesoro, lo sabemos —afirmó el asaltante mientras Richard abría desmesuradamente los ojos sin entender nada—. Recuerda, infiel, que no debes remover las piedras. La palabra debe seguir perdida. Si desvelas el gran secreto, el mundo cambiará de forma irremediable. ¡Deja de buscar! ¿Me oyes bien? Tienes un día para recoger tus cosas y abandonar la ciudad. Si no lo haces, todos tus amigos morirán.

Tras esa terrible amenaza, los bandidos, a los que Richard ni siquiera pudo verles la cara, desaparecieron en la oscuridad de una calleja. Durante unos minutos, el joven no se atrevió a despegarse de la pared. Las piernas le temblaban hasta el extremo de que no tenía claro si podrían sostenerle. ¡Aquellos era una locura! ¿De dónde habían salido aquellos energúmenos y quién les había explicado el motivo de su viaje? A medida que se iba tranquilizando, Richard intentó poner orden a sus atropelladas ideas. «Vamos a ver. ¿Con quién he hablado yo de la palabra perdida? Únicamente con Daniel. Y él no se lo ha contado a nadie, por descontado.» Lo único que se le ocurrió fue que algún misterioso grupo, con ideas religiosas algo radicales, tuviera vigilado al rabí, algo muy posible, y que a raíz de sus visitas se hubieran enterado de su búsqueda de la palabra perdida. En cualquier caso, no se quedaría para averiguarlo.

Con todo el dolor de su corazón, Richard recogió rápidamente lo más estrictamente necesario e hizo el equipaje incluyendo, eso sí, el libro del conde de Saint-Germain y el de la Fama Fraternitatis. Tras empaquetar las últimas cosas, Richard se sentó en unos cojines de su habitación y meditó con calma el siguiente paso que dar. Con los años pasados en damasco, pudo darse cuenta de que, tal y como se explica en la Fama Fraternitatis, la ciudad no era la mítica Damcar. Es más, llegó a la conclusión de que Damcar no existía.

De todas maneras, sus estudios de hebreo le llevaron a una interesante conclusión. Descubrió que la palabra Damcar estaba compuesta por dos palabras hebreas: DM, «dam», que significa «Sangre», y KR, «car», que quiere decir «cordero». O sea que Damcar podría traducirse como «la sangre del cordero» clara alusión al cristianismo. Richard había barajado seriamente la posibilidad de que ésa fuera la palabra perdida, pero finalmente la desecharó al no tener relación con ningún lugar concreto.

Tomando de nuevo el libro que narraba el viaje de Christian Rosenkreutz, decidió continuar su periplo. Rosenkreutz viajó, como ya había leído, hasta algún lugar de Arabia. «Tras una estancia de tres años, tomó el camino de vuelta y, provisto de buenos salvoconductos, franqueó el golfo arábigo se detuvo en Egipto el tiempo justo para perfeccionar sus observaciones de la flora y las criaturas. A continuación, atravesó el Mediterráneo en todos los sentidos y, finalmente llegó a donde le habían indicado los árabes: a Fez.»

Tras pasar la noche en vela y con los primeros rayos del Sol, Richard se dirigió a una de las puertas de la ciudad en busca de una caravana que se encaminara al sur. La suerte le acompañó, ya que pudo unirse a unos mercaderes que se dirigían a la ciudad de Haifa, desde donde podría embarcarse rumbo a Alejandría y a Fez. Con una gran tristeza, Richard abandonó Damasco, donde dejó, sin duda, una parte de su corazón.

* *

Un precioso barco de vela latina le condujo hasta el puerto de Alejandría. La gran metrópoli egipcia no despertó ningún interés en Richard, muy apenado por haber tenido que abandonar Damasco precipitadamente y sin la palabra perdida. Con un estado de ánimo bastante bajo, contactó con un capitán de navío griego que se dirigía hacia la parte mas occidental del Mediterráneo. Tras consultar con él, decidió embarcarse en su velero, que, por cierto, transportaba grandes cantidades de vino procedente de Siria, para así viajar costeando el sur del que tan acertadamente llamaron los romanos Mare Nostrum y alcanzar Fez en pocas fechas.

El recorrido le llevó por el norte del continente africano tras hacer pequeñas escalas en diferentes puertos e incluso detenerse varios días en la pequeña isla de Malta, el capitán recomendó a Richard que desembarcara en la localidad de Ghazaouet. Una vez allí, y tras adquirir una mula y los víveres necesarios, se dirigió hacia el interior del reino de Marruecos, en dirección a la ciudad de Oujdja, a la que llegó tras varios días de viaje. En las afueras de la ciudad, levantó una tienda, a la manera de los mercaderes nómadas, junto a la de otros viajeros para tener mayor seguridad. A la escasa luz de un candil, Richard abrió de nuevo el libro que le había llevado hasta allí. «Los árabes y los africanos se reúnen cada año para examinar las diferentes artes, para saber si se han hecho descubrimientos mejores y para averiguar si las hipótesis han sido despreciadas por la experiencia. Los frutos que cada año producen estas discusiones sirven al progreso de las matemáticas, de la física y de la magia, que son las especialidades de la gente de Fez.» ¡Qué diferente sonaba eso de las interminables discusiones que había oído en Inglaterra por cuestiones más banales! Europa había olvidado, estaba claro, una parte muy importante de su herencia cultural para echarse en los brazos de la superstición, tal como le había insistido en tantas ocasiones el insigne Voltaire. Quizás en Fez encontraría, por fin, una indicación clara de dónde buscar la palabra perdida que le conduciría a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro...

La siguiente frase que leyó todavía corroboró más su íntima intuición: «En Fez tomó contacto con los que suelen llamarse los habitantes elementales, quienes le confiaron numerosos secretos.»

Al día siguiente, Richard se unió a un grupo de comerciantes que se dirigía a Fez, a la que llegó después de varios días de viajes. Si por algo se caracterizaba Fez era por su gran mezcla de visitantes. Fez, encrucijada de caminos, ciudad sagrada del islam, era el gran centro cultural de Marruecos. Richard entró en la ciudad por la Bab Guissa, una de las puertas que atravesaban sus murallas para adentrarse a continuación en un laberinto de calles repletas de hombres y animales. Como pudo, se desvió hacia una calle menos transitada que, además, estaba agradablemente cubierta por una celosía que disminuía los fuertes efectos del Sol. Con una

placentera sensación en su interior, Richard se distrajo paseando sin rumbo por la ciudad, hasta que llegó ante un imponente edificio que, según pudo saber, albergaba la mayor mezquita del mundo. Su nombre era Qaraouyine y podía contener hasta 20.000 personas. ¡Eso era un templo grande! Pero lo que más entusiasmó a Richard era que junto a la mezquita había una gran biblioteca con un gran número de libros manuscritos, en su mayor parte procedentes de España-

Con un panorama tan alentador como apasionante, Richard se dispuso a establecer su residencia por algún tiempo, en la ciudad de Fez. Sin demasiados problemas esta vez, pudo alquilar unas habitaciones en un edificio no muy alejado de la gran mezquita, justo a la entrada del Bab Muley Idris, una calle repleta de tiendas de todo tipo.

La vida de Richard entró entonces en una suave rutina compuesta de innumerables horas en la biblioteca, consultando y leyendo interesantes libros y de largos paseos por los distintos barrios de la ciudad. En la línea de ciudades como Damasco, Fez poseía barrios enteros donde diferentes culturas y religiones convivían sin problema alguno. Así eran muchas las sinagogas que se repartían por la zona norte de la localidad, e incluso Richard llegó a establecer contacto estable con algún maestro de la escuela rabinica de Fez. El Melaj, el barrio judío, llegó a no tener secretos para Richard. Algo parecido pasó con el Aduat Al Andalus, el barrio de los andaluces, en el que, en etapas sucesivas, miles de familias procedentes del reino peninsular fueron estableciéndose tras el destierro. Algunos de los descendientes de los andaluces conservaban en parte su idioma natal, al igual que los judíos que huyeron también de allí. Precisamente, por el contacto que estableció con algunos de ellos, Richard aprendió la lengua de Cervantes... y nunca mejor dicho. Con algunos giros arcaicos y con la sorpresa de aprender continuamente nuevas palabras de claro origen árabe y hebreo, Richard llegó a dominar un nuevo idioma.

Más allá de estas cuestiones, Richard empezó a estar un poco cansado de la estancia en aquella zona, pues observó un trato vejatorio hacia las mujeres y unos dogmas religiosos alejados de sus propias creencias.

El tiempo transcurría y su búsqueda de la palabra perdida parecía totalmente estancada. De hecho, el libro que narraba el viaje de Christian Rosenkreutz no ofrecía demasiadas interpretaciones. Así que, después de vivir cuatro años en Fez, Richard decidió seguir el viaje reflejado en la Fama Fraternitatis: «[...] Fr. C. R. partió para España llevando numerosos objetos preciosos en su equipaje. Puesto que su viaje le había sido tan provechoso, alimentaba la esperanza de que los hombres de ciencia de Europa le acogerían con una profunda alegría y, a partir de ese momento, cimentarían todos sus estudios sobre tan seguras bases.» Como en ocasiones anteriores, Richard no pasó más allá de aquel párrafo. De alguna forma sabía que debía seguir adelante sin lanzarse a los acontecimientos.

A finales de 1855, en un tiempo no demasiado adecuado para viajar, Richard dirigió sus pasos hacia España, otro país conservador en materia religiosa, donde la Iglesia católica y la Inquisición eran un verdadero cáncer. A su equipaje había añadido un tercer libro, un ejemplar manuscrito de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes. Más de un fragmento, como el de la lucha del caballero contra los molinos de viento, hizo que Richard no se sintiera tan solo.

En su viaje hacia el norte volvió a pasar por la ciudad de Oujda para, desde allí, dirigirse hacia Melilla, ciudad bajo bandera española en territorio marroquí.

Nada más entrar a Melilla, Richard supo que algo había cambiado. La ciudad había nacido como un presidio y, a pesar del gran movimiento comercial que se observaba en sus calles, mostraba una gran presencia militar. Además, a pesar de vivir entonces una relativa época de paz, los constantes encontronazos con los marroquíes no habían favorecido el desarrollo del lugar. Lo más rápido que pudo, Richard consiguió una plaza en un pequeño barco que se dirigía a las costas españolas y, después de cruzar el estrecho de Gibraltar con un mar algo movido, puso pie en la ciudad de Málaga.

* *

Tras pasar unos pocos días en Málaga, hospedado en un sencillo hotel del barrio de pescadores, período que dedicó a adquirir ropa y a recuperar su aspecto europeo, Richard, por fin, tomó la decisión de dirigirse a la capital de España, Madrid, a la que llegaría —si los asaltantes de diligencias se lo permitían— tras un largo e incómodo viaje. En su camino dejó atrás ciudades como Córdoba, donde, a pesar de los denodados intentos cristianizadores, la huella musulma seguía muy presente; Andújar, Valdepeñas, Manzanares..., todas ciudades con una larga historia de luchas entre musulmanes y cristianos, y en las que la huella judía, aunque débil, también se dejaba notar. Finalmente, en la primavera de 1856, Richard llegó a Madrid.

Richard nunca acabó de encontrarse a gusto en Madrid. La que esperaba fuera una gran capital europea, le pareció un pueblo desmesuradamente grande, con una gran diferencia entre unos barrios y otros, a pesar de que algunas zonas eran bellas. Las gentes, no obstante, eran muy religiosas e intolerantes, por la acción de la Iglesia católica y la Inquisición.

Se hospedó en el centro de la ciudad, justo en la famosa y bella calle Mayor y, sin darse demasiada tregua, decidió retomar los contactos con sus hermanos masones.

Según recordaba con claridad, en su paso por el Club del Fuego del Infierno le habían hablado de la logia Matritense, creada por el fundador del Club, el duque de Wharton, en la capital de España. Eso había ocurrido en 1726, poco tiempo después de que Richard fuera iniciado en la masonería. Tras unas pocas visitas a la embajada inglesa, que le sirvieron, además, para retomar contacto con la firma de abogados londinenses que cuidaba de sus propiedades, obtuvo la información que necesitaba para visitar una logia que, precisamente, no se encontraba demasiado lejos de su hotel.

A Richard no le costó acostumbrarse de nuevo a los rituales masónicos, ni al trato exquisito que le dispensaban sus hermanos, pero... echaba de menos el espíritu revolucionario que había conocido en los Illuminati de Baviera y en los hermanos que recorrieron con él las calles de París durante la Revolución. Richard Holbein descubrió, tras los años transcurridos por tierras asiáticas y africanas, que la masonería anglosajona no parecía evolucionar demasiado al compás de los tiempos que vivían y que continuaba siendo conservadora, cosa lógica, ya que había sido fundada por dos pastores protestantes.

El Viaje, por demás, parecía haber llegado a su fin.

Una noche de invierno, ya a principios de 1857, Richard abrió de nuevo el libro de la Fama Fraternitatis, algo que no hacía desde varios meses atrás. A la luz de una lámpara de gas, de las que se empezaban a instalar en Madrid, leyó: «Les enseñó [a los sabios de España] plantas nuevas y frutos y animales nuevos que la antigua filosofía no determina. Puso a su disposición una axiomática nueva que permite resolver todos los problemas. Pero todo lo encontraron ridículo. Como se trataba de asuntos desconocidos temieron que su gran reputación quedara comprometida, así como verse obligados a volver a comenzar sus estudios y a confesar sus inveterados errores, a los que estaban acostumbrados y de los que sacaban beneficios suficientes; que reformaran a otros a quienes las inquietudes fueran provechosas.»

Y entonces lo vio claro, muy claro. En aquel último fragmento, se resumía lo que Richard había encontrado en Madrid: un callejón sin salida donde no había lugar para su búsqueda. Los hermanos españoles no se habían mostrado en absoluto receptivos a sus explicaciones, por lo que había optado por no hacerles partícipes del porqué de su viaje ni del fin último de éste.

Con gran desánimo en su interior, Richard fue espaciando, paulatinamente, su asistencia a la logia. Volvió a refugiarse en la lectura, mediante la que pudo conocer a los grandes autores de la literatura castellana. Precisamente a través de la literatura, pudo comprender algo más de la idiosincrasia española, en la que la Iglesia católica y la cruel Inquisición habían dejado impresa a fuego su profunda huella.

Tras unos años en los que Richard se dedicó al estudio de la cultura española, de su idioma y de su historia, en que dejó algo apartada la búsqueda de la palabra perdida, la tumba de Hiram Abiff y su tesoro, la situación política del país lo hizo decidirse a regresar a Inglaterra. España, que no se había caracterizado nunca ni por su cohesión territorial ni por su estabilidad política, continuaba estando envuelta en insurrecciones republicanas contra la monarquía y en guerras absurdas en sus colonias africanas.

Con las maletas repletas de libros, y con el libro del conde de Saint-Germain siempre a buen recaudo, Richard Holbein regresó a Inglaterra después de un largo viaje en los inicios de 1860. En su mansión de Yalding, tuvo tiempo para meditar sobre el largo viaje que le había llevado por Chipre, Damasco, Fez... y sintió añoranza.

En su primera noche en Inglaterra, tuvo, además, un sueño relacionado con la palabra perdida, la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros. Soñó que atravesaba un túnel y que al final se encontraba con Christian Rosenkreutz. El Maestro C. R. le entregaba un cofre que contenía una plancha de oro con el siguiente lema: «Tras treinta años, buscarás a la Orden Rosacruz.»

Al despertarse, Richard observó el cielo a través de los ventanales de su dormitorio y recordó su último largo viaje. Pensó que una vez más le tocaba esperar y buscar, en este caso a la Orden Rosacruz. Pero ¿dónde estaba la palabra perdida?

LA GOLDEN DAWN, LA ORDO TEMPLI ORIENTIS Y EL RITO DE MEMPHIS-MISRAÏM

«La influencia de la Golden Dawn en el ocultismo moderno es continua...»

James Wasserman, Templarios y asesinos

Otoño de 1890. Alrededores de Londres

Un curioso dúo se encontró compartiendo un coche de caballos que viajaba a gran velocidad hacia Londres la noche del 28 de noviembre de 1890. Uno era el eterno Richard Holbein y el otro un hombre de mediana edad de aspecto aristocrata y extraño.

—Me llamo Mathers. Y creo que deberíamos hablar de algún tema de interés, para no aburrirnos —propuso el acompañante de Holbein, rompiendo un silencio que ya duraba una hora.

No sé de lo que desea hablar, caballero. La política no es de interés, salvo si se trata de principios universales. La economía tampoco me fascina... —respondió Richard con un cierto desdén.

La política y la economía son una mascarada. Y todas las mascaradas tienen algo de siniestro. Se habla de franc-masones, de conspiraciones... —argumentó Mathers.

—No creo que sea para tanto. Conozco la masonería y jamás he pensado que pudiese existir una trama internacional de ésta. Aunque sí es cierto que tuvo algo que ver con revoluciones del pasado —puntualizó Richard.

El extraño Mathers miró con cierta sorpresa a Richard Holbein.

—¿De dónde venís? —preguntó.

—Del Occidente —respondió Richard.
—¿Adonde vais? —volvió a preguntar Mathers.
—Al Oriente —respondió Richard.
—¿Y qué vais a buscar al Oriente?
—Una logia de maestros —sentenció Richard.

—¡Hermano, basta ya! —exclamó Mathers al comprobar que Richard conocía las primeras frases del retejo del grado Maestro Masón—. He sido miembro de la Gran Logia y creo que tú también.

Ambos hermanos sonrieron e intercambiaron abrazos fratnales, pero Mathers se animó por momentos y continuó probando el nivel de iniciación de Holbein, el cual no entendía muy bien cómo se estaba desarrollando la situación.

—¿Sois Caballero Rosacruz?... ¿Dónde fuisteis recibido?... ¿Quién os recibió?... ¿Qué buscáis?... —preguntó nuevamente Mathers con una leve sonrisa y dejando un impás entre las preguntas.

Richard creyó adivinar que aquello era el retejo del grado 18°, Soberano Príncipe de la Rosacruz, del Rito Escoces Antiguo y Aceptado de 33 grados, y se disculpó dicien o que no había alcanzado dicho grado en ninguna obediencia masónica.

—No debes disculparte, hermano —repuso Mathers una sonrisa—. De hecho, no estoy muy a favor de los grados masónicos, aunque los superé todos en varios ritos, y que mi línea es la francmasonería rosicruciana.

Richard Holbein notó que el corazón le dio un vuelco. Recordó que debía buscar y encontrar a la Orden Rosacruz en 1890 y creyó tener enfrente a uno de sus representantes, a un hermano rosacruz, quizás del misterioso Colegio Invisible que la dirigía desde que se publicaron los tres primeros manifiestos a principios del siglo xvii. O estaba ante una coincidencia o el destino le conducía por el camino correcto.

—Hermano, la francmasonería rosicruciana de la que hablas ¿está relacionada con la Orden Rosacruz? —balbuceó Richard.

—Sí —sentenció Mathers con un ademán autoritario.

—Y... ¿Dónde puedo contactar con esa francmasonería rosicruciana? —preguntó Richard notando una cierta ansia.

—Hermano, dame tus datos y te llegará una información de interés —respondió Mathers de nuevo.

Richard le facilitó sus datos, justo cuando el coche de caballos se detenía en la primera parada de Londres y el viaje tocaba a su fin. Holbein le indicó a Mathers que debía bajar y los dos hermanos se despidieron apresuradamente con un triple abrazo y un hasta pronto. El camino de la palabra perdida había sido recuperado.

**

Quince días después del encuentro, Richard Holbein recibió en su mansión un paquete remitido desde Londres. En su interior, encontró la Lección de Historia de la Orden Hermética de la Golden Dawn. Ésta explicaba aproximadamente lo siguiente: «[...] Durante la década de los años ochenta del siglo xix, el reverendo Alphonsus Woodford, escritor de temas másonicos, descubrió un manuscrito cifrado. Incapaz de descifrarlo, se lo dio en 1887 al doctor William Wynn Westcott, un destacado miembro del SRIA (Societas Rosicruciana in Anglia). Westcott descubrió más o menos el contenido del manuscrito y la dirección de una tal Fraulein Anna Sprengel. Le escribió y ella respondió presentándose como una adepta destacada del templo rosacruz Lichte Liebe Leben de Núremberg. Como resultado de la correspondencia, le entregó a Westcott un título fundacional para el establecimiento de una orden similar en Gran Bretaña. Y, de esta forma, fue fundado en el otoño de 1887 el templo de Isis-Urania de los Estudiosos de Hermetismo de la Golden Dawn, dirigido por Westcott, Mathers y Woodman.»

En el interior del paquete de la Golden Dawn, también se encontraban unos ejercicios y unas reflexiones muy básicas, así como una propuesta de iniciación.

Richard, tras varios meses de estudio y prácticas, tomó la decisión de que quería ser iniciado en la Golden Dawn y acordó su iniciación para el 15 de abril de 1891, siempre con la esperanza de conseguir encontrar la palabra perdida que conducía a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de todos los tesoros.

Y así, en la fecha acordada, perfectamente vestido, se dirigió hacia el Mark Mason's Hall, en Great Queen Street, en el distrito WC2 de Londres, dispuesto a ser iniciado en la Orden Hermética de la Golden Dawn. Él conocía el edificio pero, una vez más, al llegar a sus puertas, se detuvo a observar su austera belleza.

Tras saludar a algún hermano y convenientemente preparado, esperó en el atrio, bajo la atenta mirada de un centinela, mientras el Hierofante, que no era otro que el extraño Mathers, hablaba a los reunidos. Desde la sala de los Neófitos, se escuchó una voz: «¡Hijo de la Tierra! ¡Levántate entra en el sendero de las tinieblas!» Una segunda voz también exclamó: «¡Sin haber sido consagrado, no puedes entrar en nuestro sagrado templo!»

Richard fue purificado con agua y fuego.

El Hierofante exclamó de nuevo: «¡Hijo de la Tierra!, ¿cuáles son los motivos que te mueven a solicitar la admisión en nuestra Orden?»

Una voz contestó por Richard: «Mi alma vaga entre tinieblas, buscando la Luz del conocimiento oculto, y creo firmemente que en esta Orden es posible obtener el conocimiento de dicha Luz.»

Richard no se notó nervioso. Continuó con el ritual hasta el final y realizó los juramentos pertinentes, viendo la primera Luz como Neófita de la Golden Dawn.

La Golden Dawn tenía en su seno la Orden de la Rosa Roja y la Cruz de Oro, como sucesora de la Rosacruz de Oro del siglo xviii. Hasta el grado 5º, los adeptos estaban en la Golden Dawn externa. Del grado 5º al 8º, los adeptos se hallaban en la Orden Rosacruz interna. Y los últimos tres grados pertenecían a la Astrum Argentum más oculta. Los primeros grados se dedicaban a los viajes astrales, la Cabala. Los grados rosacrucianos estaban más centrados en la magia. Y los últimos grados servían para contactar con los jefes secretos o superiores desconocidos, conocidos como la Gran Fraternidad Blanca.

Richard Holbein no tuvo problemas en escalar por ellos a buen ritmo. Fue progresivamente Neófito, Zelator, Theoricus, Practicus, Philosophus..., y al llegar a la primera Orden interna en 1897, la Orden de la Rosa Roja y la Cruz de Oro, igualmente escaló otros tres grados y completó la ascensión en 1900. Los últimos grados le sirvieron a Richard para conocer el arte de la magia y el contacto con el Santo Ángel Guardián, al cual asoció con Baphomet, pero, no obstante, la auténtica palabra perdida se le resistió, más allá de esos contactos y de las «palabras perdidas» que le ofreció la Golden Dawn.

La «palabra perdida» más famosa de la Golden Dawn era INRI, supuestamente las iniciales de «Jesús de Nazareth, rey de los judíos» puestas por los romanos en latín en lo alto de la cruz. La palabra INRI, en la Golden Dawn tenía varias lecturas: «Igne Natura Renovatur Integra» o «toda la naturaleza se renueva por el fuego», «I = Yam = Agua, N = Nour = Fuego, R = Ruach = Aire, I = Yebeshas = Tierra»...

De esta última forma, las cuatro iniciales incluso podían usarse como iniciales hebreas del nombre de los cuatro elementos antiguos.

Otro de los significados de INRI era:

I = Yod = Virgo
N = Nun = Escorpio
R = Resh = Sol
I = Yod = Virgo

Virgo es el signo virginal de la naturaleza misma. Escorpio es el signo de la muerte y la transformación. Y el Sol es la fuente de la Luz y la vida. Todos los dioses que resucitan están conectados con el simbolismo solar. La propia naturaleza está envuelta en el ciclo mencionado de nacimiento, muerte y resurrección. Jesús, por tanto, no sería más que una reproducción de mitos de muerte y resurrección como Osiris, Adonis...

Gracias a Mathers, ya a finales de 1903, Richard descubrió también que INRI era la palabra sagrada del grado 18º del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, el Soberano Príncipe de la Rosacruz. Los documentos de este grado explicaban casi lo mismo sobre las iniciales INRI. Estas siglas, según los documentos, podían entenderse como «Igne Natura Renovatur Integra», «toda la naturaleza se renueva por el fuego».

Y ello expresaba que toda la naturaleza nace, muere y se regenera o se renueva siempre por medio del poder de renovación que posee el fuego, y Jesús es un mito renovado que permanece ligado a la cadena de nacimiento, muerte y renacimiento, como Osiris o Hiram Abiff.

Otros significados de INRI eran «Isis Naturae Regina Ineffabilis», «Isis, inefable reina de la naturaleza» y, sobre todo, «Ingenio Numen Resplendor Iacchis», «el verdadero Dios es Iacchus, Dioniso, Baphomet...». INRI era también «Iustus Necare Reges Impios», «el justo debe matar a los reyes impios».

Richard, al leer y releer los documentos del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, en el invierno de 1905, sacó la conclusión de que, de nuevo, Baphomet era la clave para descubrir la palabra perdida y que debía reconducir su marcha hacia la masonería o alguna Orden similar, si es que aspiraba aún a encontrarla. La Golden Dawn no le había dado la palabra perdida, sino una iniciación de interés y «palabras perdidas» que no conducían al objetivo de la larga búsqueda: hallar el lugar donde se encontraba la tumba de Hiram y su gran tesoro.

Richard anduvo cabizbajo por su fracaso aparente y se encerró en su mansión de Yalding. En los años siguientes a su paso por la Golden Dawn, apenas tuvo tiempo para conocer qué ocurría en el mundo externo, asolado como estaba por su aparente fracaso. Ya en los años 1908 y 1909, Richard reanudó su actividad masónica y viajó más a menudo a Londres, a pesar de que aún se sentía un fracasado que no había estado a la altura de lo que deseaba el conde de Saint-Germain. Un día del otoño de 1911, sin embargo, la visita por sorpresa de un misterioso personaje cambió el rumbo de sus investigaciones. Se podría decir que una visita inesperada lo salvó del fracaso en la larga búsqueda de la palabra perdida, de la tumba de Hiram Abiff y del gran tesoro. Y es que el milagro, sólo el milagro con mayúsculas, salvó al bueno de Richard Holbein.

* *

Una especie de explosión estuvo a punto de tirar al suelo la puerta principal de la mansión de Holbein una fría noche del otoño de 1911. Richard se apresuró a mirar por uno de los grandes ventanales para ver qué ocurría en la entrada principal. Un joven estaba golpeando la puerta y su rostro desencajado de piel pálida revelaba algún horror. Richard Holbein, algo alarmado, corrió hacia la puerta de la mansión y la abrió, pensando que quizás le esperaba una sorpresa. Sin apenas darle tiempo para hablar, el extraño joven, vestido con las mejores ropas inglesas, entró corriendo en la mansión y chilló: «¡Cierre la puerta, deprisa!» Richard obedeció y fue a socorrerle del terrible terror que le acechaba.

—Vengo corriendo desde Londres... —explicó el joven sin aire en los pulmones—. Es él... Y viene detrás de mí. —¿Él? ¿Quién es él? —preguntó Richard al observar que no había nadie.

El joven se puso a temblar.

—El diablo en su versión templaria, Baphomet.

El viento provocó en los portones de la entrada principal de la mansión un fuerte golpe y el propio Richard notó un escalofrío.

—Joven, debe calmarse. No hay motivo para el miedo. Nadie va a hacerle daño. Ni tan siquiera Baphomet reuso Richard.

El joven se levantó del suelo y miró a Richard. —Usted es el señor Holbein. Sólo usted puede ayudarme... —balbuceó el joven.

Richard sonrió e invitó al joven a pasar a una estancia de la mansión, intentando serenarlo y con ánimo de averiguar qué ocurría. En sus largas décadas de búsqueda, el eterno Holbein no había visto nada igual.

Fue difícil extraer al joven los secretos más velados, pero al final no sólo aparecieron éstos, sino incluso una pista sobre la palabra perdida.

—Mi nombre es Charles y soy de origen irlandés. De joven me interesé por los temas del ocultismo, gracias a que mi hermano era «sensitivo», y luego colaboré en un boletín de temáticas ocultistas. Un día, la directora de la publicación, la maga Yoni, me puso en contacto con un grupo de magia de muy baja entidad dedicado a la sexualidad mágica y, gracias a uno de sus miembros, conocí la Orden Astrum Argentum de Aleister Crowley, todo un personaje que proviene, por lo que he podido averiguar, de la Golden Dawn... —el misterioso Charles se retorció en su asiento y encogió su blanco y enfermizo rostro, mientras pronunciaba tales nombres muy nervioso.

—Qué interesante... —comentó Richard al escuchar los nombres Golden Dawn y Aleister Crowley—. Conozco la Golden Dawn y me han hablado muy por encima de ese tal Crowley. Creo que fue el origen de los problemas que condujeron al estado lamentable de la Golden Dawn de hoy, con varias escisiones enfrentadas.

Crowley era un joven impresionante. Se inició en la Golden Dawn en 1898 y ascendió por sus primeros grados enseguida, luego hubo una pelea en la orden y se distanció de ella. A los veintitrés años, era un excelente poeta y escalador. Obtuvo un título de química en Cambridge y poseía una capacidad extraordinaria para la magia, pero su paso por la Golden Dawn acabó mal... En 1902, Crowley, junto al ingeniero alemán

Oscar Eckenstein, escaló triunfante el altísimo Chogo Ri, en el Himalaya, y alcanzó los veintitrés mil pies. En 1904, Crowley tuvo una especie de revelación de una entidad, Aiwass, en El Cairo. En 1907, encabezó la nueva Astrum Argentum y en 1909 montó un espectáculo esotérico que causó un escándalo, Los Ritos de Eleusis, en un teatro de Londres... Por aquellos años, denominó a su movimiento Thelema, que en griego significa «voluntad»... —explicó Charles, con cara de circunstancias y una leve sonrisa.

—Lo recuerdo, también recuerdo que en un par de ocasiones coincidimos en la Golden Dawn, ya que yo estuve afiliado. Me hablaron de él como un auténtico pornócrata, proclive a la bisexualidad más descarada. Creo que lo equipararon a Oscar Wilde —comentó Richard con una leve sonrisa.

—Sí, así es —le ratificó Charles—. Pues, como le decía, 1909 fue el año de Los Ritos de Eleusis, y fue entonces cuando conocí a Crowley, gracias a un amigo que me dio su dirección. Me instalé en Londres y todo marchó bien hasta que Crowley me insistió en que consumiese drogas para practicar magia en la A. A. Tras mi negativa, él insistió en que podía afiliarme en secreto a la Ordo Templi Orientis, una de las siete u ocho organizaciones con las que está relacionado. Recibí una misiva extraña de la organización y decidí apartarme, y empecé a notar desde ese instante que Baphomet me seguía los pasos. Deseo su ayuda. Quiero que lo aleje de mí. Sé que usted es un alto grado de la Golde Dawn y deseo que me ayude a superar la persecución Baphomet de la que soy víctima.

«Baphomet, Baphomet, Baphomet...», escuchó Holbein el interior de su mente antes de proseguir con la conversación.

—Bien, ¿algo más? —preguntó Richard.

—Sí, algo más —prosiguió Charles—. La Ordo Orientis u OTO de Crowley fue creada por el masón alemán Karl Kellner y su cabeza actual es otro masón alemán de alto grado, Theodor Reuss, el responsable del Rito de Memphis-Misraim, quien en 1902 estableció su soberano santuario en Alemania. El creador del Rito Egipcio fue el célebre Cagliostro, del cual se derivaron el Rito de Misraim, original de Nápoles y desarrollado en Francia por los tres hermanos Bedaride, y el Rito Oriental de Memphis, fundado por Étienne Marconis en París...

«París, París, París», escuchó Richard en el interior de su mente. Detuvo la explicación de Charles con un gesto y se quedó pensativo. Por un instante, recordó a Cagliostro, pensó en su masonería egipcia y creyó que la Ordo Templi Orientis, asociada a Memphis-Misraim, podía conservar los misterios de Baphomet y la palabra perdida que no había alcanzado con los illuminati de Weishaupt o en la Golden Dawn. Pero ¿cómo contactar con Crowley?, se preguntó a sí mismo en silencio a la vez que observaba que Charles no paraba de retorcerse en su asiento.

—Querido Charles, sus explicaciones son de enorme interés. Le agradezco su sinceridad. Le prometo que haré un trabajo de magia en la línea de los altos grados de la Golden Dawn para evitar que Baphomet vuelva a molestarle, y tenga la seguridad de que será efectivo —puntualizó Richard serio—. Pero a cambio sólo deseo pedirle un favor: una forma de contacto con Crowley y la Ordo Templi Orientis de Londres.

Charles se quedó en silencio muy pensativo. Sabía que la paz y el triunfo sobre sus pesadillas bien valían un contacto. Al final, tras algunas divagaciones, balbuceó «de acuerdo» y quedó sumido de nuevo en sus pensamientos. Tras pasar la noche en la mansión de Richard, sin poder conciliar el sueño más de una hora seguida, Charles partió hacia Londres al día siguiente. Se encontraba mejor, a la vez que le había solucionado un gran problema a Holbein.

En la primavera de 1913, los trabajos mágicos de Richard Holbein en la línea de los altos grados de la Golden Dawn terminaron con las pesadillas de Charles sobre Baphomet, y el joven irlandés pudo descansar durante todo el verano. Como agradecimiento, hacia finales de 1913, Charles cumplió su promesa y le envió a Richard la dirección de Crowley y de la Ordo Templi Orientis de Londres. El eterno Holbein intentó el contacto en los meses siguientes, pero los seguidores de Crowley le informaron entonces de que el curioso frater Baphomet, Aleister Crowley, se hallaba por Europa realizando unos «trabajos mágicos de suma importancia para el futuro de la humanidad» y que tendría que esperar a su regreso. En aquellas fechas, la fama de Crowley había aumentado, tras ser elegido Patriarca Gran Administrador General grado 33°, grado 90° y grado 96° del Rito de Memphis-Misráim, en su estudio de Fulham Road, y responsable de la Ordo Templi Orientis para Gran Bretaña, como Rey Supremo y Santo de Irlanda, Iona y todas las Bretañas que se encuentran dentro del Santuario de la Gnosis. Ello aumentó notablemente los seguidores devotos en las filas de su movimiento, el cual ya empezaba a abarcar a varias organizaciones: la Astrum Argentum, la Ordo Templi Orientis...

Cuando en 1914 Richard por fin se encontraba muy cerca de establecer un contacto personal con Crowley, el polifacético frater Baphomet desapareció de la escena pública, para reaparecer en Estados Unidos de pronto y por sorpresa, lo cual le obligó a seguir su estela.

EL ENCUENTRO CON ALEISTER CROWLEY, LA «GRAN BESTIA»

«Crowley y Reuss fusionaron sus misterios. El hermano Merlin (Reuss) explicó al hermano Baphomet (Crowley) la teoría que subyace tras aquella escuela de alquimia que utiliza los fluidos sexuales como "elixir de vida".»

John Symonds, La Gran Bestia

Diciembre de 1915. Nueva York, Estados Unidos

Richard Holbein por muy poco no pudo llegar a tiempo de navegar junto a Aleister Crowley hacia Estados Unidos de América. El 24 de octubre de aquel mismo año, el conocido mago inglés había partido hacia el Nuevo Continente a bordo del Lusitania y Richard, por su parte, pudo encontrar pasaje en el Estrella de Oriente, un gran trasatlántico que le permitió arribar a tierras americanas sólo dos semanas después que Crowley.

Sin duda, Nueva York era el puerto de acogida para muchos inmigrantes que acudían a la «tierra prometida» con la ilusión de conseguir un brillante porvenir. Algo así esperaba encontrar Richard, aunque en su caso su meta era descubrir por fin la palabra perdida y la tumba de Hiram Abiff con su gran tesoro. Confiaba en que el frater Baphomet, nombre mágico que adoptó Crowley al asumir la jefatura de la OTO en Gran Bretaña, le conduciría por fin a la ansiada palabra perdida. Curiosamente, la mejor pista que había obtenido hasta entonces era, sin duda, la palabra Baphomet.

Crowley hizo su aparición en las andanzas de Richard por Estados Unidos de la manera más sencilla e inesperada. La mañana del 13 de diciembre, Richard hojeaba distraídamente un diario, The World Magazine, mientras tomaba una taza de café. Una noticia de sociedad atrajo inmediatamente su atención: «Aleister Crowley, que ha llegado recientemente a Nueva York, es el hombre más extraño de todos los que he conocido», explicaba el periodista. «Es un hombre que suscita la discusión en los demás. Con un intenso magnetismo, lo mismo repele que atrae, pero con la misma violencia.» Tal y como le habían anticipado en Londres, Crowley no dejaba indiferente a nadie, estaba claro. Esto espolgó todavía más a Richard, que se dispuso a encontrar a la «Bestia», como algunos le denominaban, sin más dilación, cosa que pudo conseguir fácilmente sin ni siquiera proponérselo. Unos días antes de Navidad, Richard, que se había puesto en contacto con algunos hermanos masones de Nueva York, recibió una invitación para asistir a la cena de Navidad que organizaba el conocido abogado John Quinn. El letrado, amigo personal del escritor William Butler Yeats, miembro a su vez de la extinguida Golden Dawn, había hablado con el padre de este último, John Butler Yeats, quien le informó de la presencia de Richard Holbein en Nueva York. Quinn, sin dudarlo, invitó a Richard a pasar tan señalada fecha en su casa.

Así que la noche del 24 de diciembre de 1914, Richard se presentó en la casa de John Quinn, en el 40 de West 36th Street, sabiendo que estaría quien entonces era huésped del abogado: Aleister Crowley. Ciertamente, se hallaba en el bueno camino.

Describir a Crowley era muy difícil. Su rostro tan pronto reflejaba una gran serenidad y sabiduría, como mostraba un aspecto afeminado y blando. De porte digno y elegante, llevaba los dedos ensortijados y lucía un corte de pelo algo peculiar, con un prominente mechón erecto en forma de cuerno. Al serle presentado, Richard notó que su mano era blanda, a la vez que apreció el fuerte magnetismo de su mirada.

—Estoy encantado de conocerle, señor Holbein —afirmó Crowley mientras apretaba su mano.

—Lo mismo le digo, señor —respondió cortésmente Richard—. He de decirle, además, que el motivo de mi viaje a Estados Unidos ha sido el deseo de conocerle personalmente...

—¡Vaya! No sabe cuánto me alegra oírle decir eso. ¿Conoce usted mis libros y mi obra? —inquirió con rapidez el frater Baphomet.

—Bien, sé que usted es un gran iniciado y que es el responsable de la Ordo Templi Orientis y de la Astrum Argentum, y que ha llegado a los más altos grados del Rito de Memphis-Misraim. Respecto a su obra, no he podido leer gran cosa, aunque sé de su Líber Legis, revelado, según creo, por una entidad llamada Aiwass, y en el que realiza afirmaciones tan profundas como que «todo hombre y toda mujer es una estrella» o que «no hay más Ley que haz lo que quieras»...

La conversación continuó durante la noche de forma fluida Aleister Crowley era un gran conversador y centró la atención de la velada en comentarios mordaces y acertadas opiniones que enunció sobre todos los temas que se trataron en el transcurso de la cena.

Primero arremetió contra «el estado de la francmasonería actual», y le dio la razón a Richard sobre el origen irregular y el talante conservador de la masonería anglosajona.

Después, Crowley, siguiendo en la línea de argumentación de Adam Weishaupt, apuntó que «aquel conservadurismo era debido a que había sido fundada por pastores protestantes muy probablemente no iniciados en ninguna logia». Al final, la velada terminó envuelta en polémica.

Cuando Richard se disponía a volver a su hotel, Crowley se dirigió a él bajando la voz.

—Amigo Richard, estaría encantado de contar con su presencia más a menudo. Le voy a reconocer en la Astrum Argentum los grados que alcanzó en la Golden Dawn, porque me ha dado pruebas de sus conocimientos y de que su veteranía es mayor que la mía. Al mismo tiempo, le introduciré poco a poco en algunos misterios de la OTO y del Rito de Memphis-Misraim. Estoy seguro de que puedo ofrecerle mucho más de lo que hasta ahora haya podido encontrar..., porque sé, a ciencia cierta, que usted es un buscador. ¿Me equivoco? —preguntó casi en un susurro mientras tomaba su mano entre las suyas. —No, no se equivoca —respondió Richard algo extrañado ante aquella muestra de confianza—. Y le estaré muy agradecido si me permite estudiar junto a usted.

* *

Así fue como Richard Holbein inició la etapa más increíble de su larga búsqueda de la palabra perdida, la cual le había de conducir a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de los tesoros. Aleister Crowley le introdujo en la práctica de la magia sexual, parte esencial de las enseñanzas de la OTO, del Rito de Memphis-Misraim y de la Astrum Argentum, que él mismo llevaba hasta extremos increíbles. El frater Baphomet explicó a Richard que los fluidos sexuales son el elixir de la vida y que los ritos mágicos que utilizan la magia sexual obtienen los mejores resultados. Algunas de las explicaciones que obtuvo de Crowley respecto a la magia sexual recordaron a Richard sus aventuras en el Club del Fuego del Infierno, aunque Crowley sublimaba el sexo, elevándolo a una categoría que nunca conoció en el Club.

A pesar de todas las experiencias vividas gracias a su longevidad, Richard Holbein vivió nuevas aventuras con Aleister Crowley, como la que tuvo una noche en un local de baños turcos de Nueva York.

En los primeros días de 1915, Crowley invitó a Richard a tomar unos baños y disfrutar de una buena conversación. Quedaron a última hora de la tarde a las puertas del local y entraron en los baños turcos. El recinto, decorado profusamente con adornos orientales, olía a humedad y a perfumes dulzones. Unos bellos jóvenes les indicaron dónde debían cambiarse de ropa para después dirigirse a los baños. Tras desnudarse, se encaminaron a una gran sala que albergaba en el centro una enorme bañera circular, donde dos hombres tomaban un baño. Una vez dentro del agua, Richard observó sorprendido cómo Aleister Crowley saludaba a uno de los individuos con un gran beso en la boca, tras lo cual, el segundo hombre se unió a ellos en los cariñosos saludos. Richard se mantuvo junto a la pared de la bañera y fue espectador de lo que se convirtió en una relación sexual entre los tres hombres que acabó con la sodomización de Crowley por parte de los otros bañistas. Cuando terminaron, uno de los hombres, de aspecto muy varonil, se acercó a Richard y, con delicadeza, le indicó que se sentara fuera del baño. Entonces, comenzó a masturbarle lentamente. La bisexualidad de Richard, escondida de forma habitual, florecía sin tabúes.

Otra experiencia sexual de Richard con Crowley se produjo cuando acudieron a un extraño local de los barrios bajos de Nueva York para contratar a dos bellísimas lesbianas, con la intención de que éstas realizaran un acto lésbico basado en el poder del falo. Las dos rubias, de gran belleza y estatura y voluminosos senos, dieron un recital a Crowley y Richard sobre cómo un pene postizo podía extasiar tanto como uno auténtico. La rubia que llevaba el falo se untó dos dedos de la mano derecha con vaselina y se los introdujo con suavidad y profundidad a la otra por su enorme vagina, después de recrearse un poco con sus grandes dedos. Tras oír los primeros gemidos de la otra lesbiana, la penetró con una extraña mezcla de suavidad y dureza, dependiendo del momento, tal como había requerido Crowley. A éste, durante el espectáculo lésbico, no se le ocurrió otra cosa que decir que aquel acto sexual demostraba de forma definitiva el enorme poder que tenía el falo.

Un tercera experiencia sexual de Richard con Crowley, aún más extraña si cabe, fue la de acudir vestidos de forma muy afeminada a un local similar en busca de un transexual. Cuando Crowley se decidió finalmente por uno que parecía una mujer con pechos pequeños, empezaron a tener relaciones en trío. Crowley no paró de decir que el acto volvía a demostrar el enorme poder del falo y que eran como dioses porque desarrollaban su bisexualidad, y Richard tuvo una especie de experiencia mística inenarrable en ese sentido. Notó que era el propio Baphomet. Al salir del local, Crowley le explicó que los iniciados debían preservar el sacramento, el semen, para realizar operaciones mágicas que conocería llegado el momento y le entregó a Richard un documento interno de la OTO titulado La magia del falo.

La magia del falo.

Así, se recomienda que el iniciado del grado VIIº de la OTO instale una capilla privada en su castillo con una lámpara de llama permanente, a imagen del Sol, que ilumine un falo tallado o moldeado por el arte del escultor, y que el adepto templario realice frecuentes vigilias ante él entonando, con todo su corazón, himnos e invocaciones, de modo que la imagen quede consagrada por efecto de su voluntad. Así se convertirá en almacén de energía, y en foco o imán capaz de atraer toda clase de fuerzas sutiles y de emanar bendiciones.

»Los magos dedicados a la animación de imágenes han practicado la teurgia y han sido conocidos como teurgos. Usted debe construir un falo como quiera, dejarlo al lado de una vela roja, encender la vela una vez al día, recitarle invocaciones como "Tú eres la fuerza y el poder de la divinidad protectora" y dejarlo cargado para que él lo proteja y atraiga toda la energía negativa o las malas vibraciones. No olvide que el culto al falo es uno de los más antiguos de la Tierra y que pertenece a los misterios supremos de la tradición rosacruz y del tantrismo hindú.»

Tras la experiencia de los baños turcos y las visitas a las lesbianas y el transexual, Richard comenzó a entender mejor la idiosincrasia de Aleister Crowley. En contra de lo que mucha gente pensaba, Crowley creía firmemente en lo que hacía e intentaba llevar una vida acorde a sus creencias. Para ello, no obstante, necesitaba la colaboración de terceras personas, sobre todo en lo que se refería a las relaciones sexuales. Una de sus grandes metas era encontrar a Babalon, la Mujer Escarlata, que debía ser su compañera estable en la celebración e los ritos mágicos. Por ello, Aleister Crowley mantenía constantemente relaciones con muchas y variadas mujeres, una cuestión que llegó a maravillar a Richard, que no podía entender cómo conseguía atraer a tantas féminas. Richard también comprendió que, desde la perspectiva iniciática, el sexo una importancia enorme.

Lo que Richard Holbein no entendió jamás fue el continuo mal estado de las finanzas de Crowley, un tema que hacía zozobrar semana tras semana sus trabajos y que le ocasionaba grandes preocupaciones y desequilibrios personales. En cualquier caso, siempre salía adelante gracias a las ventas de alguno de sus libros o a las ayudas que recibía por parte de amigos y conocidos que creían en su obra. Uno de sus grandes seguidores era el hermano Achad, Charles Stanfeld Jones, un joven de Vancouver que era miembro de la Astrum Argentum desde el año 1909. En octubre de 1915 recibió a Aleister Crowley, a Richard y a una joven que viajó con ellos, Jane Foster —cuyo nombre mágico era Hilarión—, a tierras canadienses. Tras estar unos días en Vancouver, la comitiva se dirigió a San Francisco y después a Nueva Orleans, para acabar en Boston, concretamente en el Adams Cottage, a las afueras de la ciudad. Allí fue justamente donde Crowley alcanzó el grado de Magus de la Astrum Argentum. Richard pudo así asistir a algunos de los diversos ritos que el gran iniciado y ocultista inglés realizó para lograr ese grado y también pudo conocer la palabra que profirió Crowley nada más convertirse en mago: Thelema, «voluntad», la cual ya le sonaba. ¿Sería ésa la palabra perdida que buscaba Richard? ¿Era Thelema la palabra clave para encontrar la tumba de Hiram Abiff, el Maestro Masón, y el gran tesoro? Con los conocimientos que tenía Richard en la Cabala, le resultó sencillo conocer el valor numérico de la palabra: 93. Otra palabra que sonaba con insistencia por su relación con Crowley era Babalon, de la cual averiguó su valor numérico: 156. Y esos números, ¿le indicaban algo importante? Eran tantas las preguntas que se agolpaban en la mente del eterno joven que decidió que lo mejor era seguir una temporada junto a Aleister Crowley, para llegar a ahondar más profundamente en sus enseñanzas.

* *

Durante el año siguiente, Richard alternó sus visitas a Crowley con algún que otro viaje de placer. Estableció su residencia en la ciudad de Boston, donde enseguida se encontró muy a gusto. Boston, la capital del Estado de Massachusetts, contaba con más de seiscientos mil habitantes, de los que una tercera parte eran extranjeros. Era una ciudad señorial, que conservaba una zona antigua, formada por callejuelas estrechas y oscuras, y que contaba también con una zona nueva de grandes y espaciosas avenidas. Además, Boston fue la ciudad puritana por excelencia, y tenía el triste privilegio de haber albergado unos famosos procesos de brujería en la segunda mitad del siglo xvii, en los que perecieron cuatro mujeres acusadas de ser brujas. Richard pasó agradables momentos paseando por Common Park y visitando su estupendo Museo Arqueológico y Artístico, donde pudo contemplar desde piezas asirias, egipcias, griegas y romanas, hasta cuadros de pintores españoles como el Greco o Velázquez.

Visitaba asiduamente a Aleister Crowley en el Adams Cottage, donde asistió a algunas ceremonias tan extrañas como la crucifixión de un batracio, un ritual algo excéntrico en que se crucificó a una rana que tomaba el lugar de Jesús de Nazareth, el Dios-esclavo según Crowley. Este ritual sirvió para reafirmar la obtención del grado de Magus por parte de Aleister Crowley.

En otras visitas, Crowley instruyó al eterno Holbein sobre verdadero simbolismo de algunas herramientas de albañilería o le habló del misterio de la letra «B» en francés dentro de la masonería. La masonería había rechazado históricamente al bègue (tartamudo), al bastardo, al borgne (tuerto), al bizco, al boiteux (cojo), al bossu (jorobado) y al bribón u homosexual. Para Crowley, que se consideraba bisexual, aquello no le representaba el más mínimo problema.

Richard también pudo conocer las actividades artísticas de Tò Mega Thérion, la Gran Bestia, el nuevo nombre mágico adoptado por Crowley. Este último pintaba unos cuadros muy originales, ya que se adelantó unos cuantos años a las técnicas pictóricas de la época al utilizar el collage. Richard, por cierto, encontró muy original su forma de buscar modelos para sus pinturas, ya que en una ocasión insertó un anuncio en el periódico que decía: «Busco enanos, jorobados, mujeres tatuadas, Chicas Pescadores de Harrison,

monstruosidades de todo género, mujeres de color (sólo si son excepcionalmente feas o deformes) que poseen con fines artísticos. Contestar por carta adjuntando fotografía.»

A finales de 1916, Crowley volvió a Nueva Orleans a efectuar un Gran Retiro Mágico, para dirigirse en diciembre de nuevo a Nueva York. Richard Holbein siguió de cerca las evoluciones del Maestro Thérion y se desplazó también a la gran urbe.

El año siguiente fue bastante monótono para Richard, ya que Aleister Crowley estuvo muy ocupado realizando trabajos mágicos, en los que no siempre pudo participar Richard. En cualquier caso, las noticias de la Gran Guerra que se estaba desarrollando en Europa tenían a Richard Holbein muy preocupado, ya que las pérdidas eran cuantiosas y el número de muertos elevadísimo. Y, por descontado, lo que acontecía en Rusia era también de sumo interés. Rusia sufrió desde el 12 de mayo hasta el 12 de noviembre de 1917 la mayor transformación de su historia, una revolución que trajo a Richard recuerdos de la Revolución francesa, en la que pudo participar personalmente. La historia se repetía y las grandes injusticias sociales y económicas terminaron con la sublevación de los más desfavorecidos. En más de una ocasión, Richard se sintió tentado de viajar a Rusia para luchar al lado de Lenin y Trotski, pero la situación en toda Europa y su deseo de permanecer cerca de Aleister Crowley y proseguir con su búsqueda de la palabra perdida le hicieron desistir.

Los primeros meses de 1918, Crowley impartió en Nueva York una conferencia sobre Magik, su visión personal de la magia. Entre el público asistente se encontraba una mujer llamada Alma Hirsig. Esta joven acudió dos meses más tarde a visitarle en su nueva morada, un estudio situado en el número 1 de University Place, junto a Washington Square, acompañada de Leah, su hermana menor. Ese día Richard se encontraba junto a Aleister Crowley y presenció, tan abrumado como Alma, cómo el Maestro se abalanzaba a besar con desenfreno a Leah, a la que veía por primera vez. Curiosamente, la joven no mostró asomo alguno de extrañeza ante el comportamiento apasionado de Crowley. Leah Hirsig se convertiría más adelante en su Mujer Escarlata, a la que llamó Alostrael y que tomó el nombre mágico de Babuino de Thot.

Richard fue testigo de la profunda relación que nació entre Crowley y Leah, los cuales se fueron a vivir juntos a otro estudio situado en el 63 de Washington Square South. El Maestro Thérion se dedicó durante una buena temporada a pintar y a seguir con sus trabajos mágicos. Fue entonces cuando se publicó el primer número del tercer volumen de The Equinox, una revista editada por el propio Crowley en la que quedaba reflejada su filosofía. El volumen se abría con el Himno a Pan, un poema en que Aleister Crowley honra al Dios

mitológico, como símbolo de la magia y la lujuria: «¡Estremécete con el muelle desevo de la Luz! ¡Oh, hombre ¡Oh, tú, hombre! ¡Ven corriendo desde la noche de Pan! ¡lo panj ¡lo panj, ¡lo panj ¡Ven a través del mar desde sicilia y Arcadia!...» A Richard no le pareció mal, pero a esas alturas empezó a pensar que con Crowley, más allá de la magia sexual, no encontraría la palabra perdida. La OTO la Astrum Argentum y el Rito de Memphis-Misraím parecían no ofrecer más pistas sobre la misteriosa palabra perdida que otras órdenes como la masonería o la Orden de los Illuminati. Las pistas que daban, además, se asemejaban:

Baphomet, Babalon...

Richard siguió junto a Crowley hasta la primavera de 1919. En verano de ese mismo año, el Maestro Thérion pasó la mayor parte del tiempo en un retiro mágico en Long Island, que le sirvió para encontrarse con su Santo Ángel de la Guarda, Aiwass. Antes de retirarse, Crowley le confesó a Richard que creía que la corriente mágica en Estados Unidos había finalizado y que pronto regresaría a Inglaterra. Entonces, Richard, envuelto en sus pensamientos sobre la palabra perdida, la tumba de Hiram y el tesoro de todos los tesoros, decidió que lo mejor sería regresar a casa, para allí esperar la vuelta de Crowley y planificar nuevas estrategias, algo que no tardó en ocurrir, ya que éste en diciembre del mismo año también volvió a Inglaterra, recién terminada la Gran Guerra.

**

Casi un año después de la vuelta a su tierra natal, ya recuperado del cansancio que le había supuesto seguir el ritmo de la Bestia, es decir, de Aleister Crowley, por Estados Unidos, Richard se dedicó sobre todo a poner orden en sus ideas y sus negocios, algo maltrechos al finalizar la guerra, sin tener noticias de Crowley. Llegó incluso a pensar que se había quedado en Estados Unidos, intentando pasar inadvertido y disfrutando de los excitantes placeres que él sólo se dispensaba. Pero su sorpresa fue grande cuando, una tarde, mientras tomaba el té en un club del centro de Londres y ojeaba un diario algo sensacionalista, descubrió que dedicaban una página entera a Aleister Crowley. La Bestia y su abadía, se titulaba el artículo. Explicaba con todo lujo de detalles que Crowley había adquirido una quinta en Cefalú, una población cercana a Nápoles, en Italia. Allí había establecido lo que él denominaba la Abadía de Thelema, donde, según el periodista, se realizaban toda clase de actos libertinos y pecaminosos... ¡Pero qué fácil era hacer acusaciones sin entender el significado verdadero de la magia sexual de Crowley! Richard pudo comprobar de forma fehaciente lo terrible que puede ser una información tergiversada y mal entendida en manos de un ignorante. ¿Y se denominaban periodistas?

Tras la lectura de la entrevista, pensó que podía tener una segunda oportunidad con Crowley en Italia y decidió partir hacia allí, aunque con más dudas que antes de su primera marcha a Estados Unidos. La mejora de los transportes, a pesar de los destrozos causados por la guerra, hicieron de su nueva marcha hacia el sur de Europa casi una anécdota. ¡Qué lejos quedaba aquel primer viaje en que tuvo que desplazarse en carroaje por toda Francia! El tren, un gran invento que Richard admiraba profundamente, solucionaba en gran parte los viajes, y los vehículos que rodaban por las carreteras eran rápidos y cómodos, en comparación con los antiguos carros tirados por caballos. Lo que Richard ya no tenía muy claro era la efectividad de los aviones, que tanta importancia habían ganado durante la guerra, pero que aparecían una gran fragilidad.

Cruzó con rapidez la península italiana hasta llegar a la bella ciudad de Nápoles, la capital de la Campania. Nápoles a pesar del gran ruido de sus calles, cautivó a Richard, recordó, en algunos momentos, a su amada Damasco. A la sombra del dormido Vesubio, Nápoles ofrecía una diversidad de paisajes y de lugares para pasear que nunca había tenido antes. Enseguida comprendió por qué Crowley había elegido aquella región para erigir su Abadía de Thelema.

Tras una semana, que dedicó a visitar todos los rincones de Nápoles y todas las obras de arte que guardaban sus museos, alquiló un coche con conductor y se dirigió a Cefalú. Antes de partir, envió un telegrama a Crowley para anunciarle su llegada, pensando que éste se alegraría y prepararía un gran reencuentro.

Pero, a pesar de eso, nadie parecía esperarle cuando llegó por fin a la Abadía de Thelema. La peculiar abadía consistía en una casa construida en piedra, de una sola planta y pintada de blanco, como todas las casas de la zona. Un niño pequeño de aspecto muy serio fue la única persona que salió a recibir a Richard. Tras pagar al conductor y despedirlo, el inmortal Holbein se echó su bolsa al hombro y se dirigió resuelto hacia la puerta, que estaba abierta. Al no obtener respuesta a sus saludos, Richard se dirigió hacia el interior de la casa y fue a parar a una gran sala, que lucía pintado en el suelo un gran pentagrama en el interior de un círculo. En ese momento, una puerta que daba a la sala se abrió y apareció Aleister Crowley, que iba ataviado con una ancha túnica y unas sencillas sandalias y maquillado de manera muy femenina.

—¡Mi querido Richard! ¡No sabes cuánto me alegro de verte! —exclamó Théron mientras se dirigía hacia él abriendo los brazos.

—Lo mismo digo, Aleister, lo mismo digo —respondió

Richard fundiéndose en un abrazo con su maestro.

—¿Qué te parece la abadía? Ven, acompáñame y te mostraré todos sus rincones.

Crowley tomó del brazo a Richard, que sólo tuvo tiempo de dejar caer la bolsa en un rincón de la sala antes de seguir andando.

—Estamos pasando por unos momentos tristes. Mi hija Poupée, el gran regalo que me hizo Alostrael, está muy enferma. Pero estoy seguro de que ahora que tú has llegado podremos realizar grandes cosas juntos y todo mejorará —comentó Crowley.

En esos momentos, mientras paseaban por los alrededores de la casa, apareció una joven de aspecto fuerte, todo lo contrario que Leah.

—¡Ah!, Cypris, permíteme que te presente a mi buen amigo Richard Holbein, un inglés que conocí en América, poseedor, además, de grandes conocimientos —afirmó Crowley muy serio.

Cypris, cuyo nombre real era Ninette Shumway, era una niñera que Leah Hirsig había conocido en su viaje a Inglaterra. Leah estaba entonces embarazada y se decidió que Ninette la acompañara para ayudarla. Pero, además de ejercer como niñera, Cypris, como la llamó Aleister Crowley, pasó a formar parte de la gran familia de la Abadía de Thelema.

—Encantada, Richard —respondió Cypris—. Sólo vengo a avisarlos de que la cena está lista.

Richard comió copiosamente y escuchó las explicaciones de Crowley, el cual parecía afectado por su mal estado de salud. Durmió en una habitación muy silenciosa, aunque algo sucia para su gusto refinado, y se levantó al día siguiente muy animado y preparado para pasar una larga temporada en la abadía siguiendo los ritos thelémicos. Richard pensaba que así podría encontrar de una vez la anhelada palabra perdida.

Todos los habitantes de la casa, que fueron aumentando paulatinamente, salían de la abadía por la mañana, a mediodía, al atardecer y a medianoche para realizar la adoración al Sol, que consistía en recitar una breve oración: «Salve a Ti que eres Ra en Tu surgir.» La tradición egipcia estaba muy presente en todas las ceremonias que se celebraban, que contaban también con la fuerte impronta thelémica. La misma misa gnóstica de Crowley comenzaba con las palabras: «Haz lo que quieras será toda la ley. Yo proclamo la ley de la Luz, de la Vida, del Amor y la Libertad, en el nombre de IAO.» Nuevas palabras se sumaban a las ya aprendidas por Richard años atrás. Pero ninguna le llamó más la atención que Babalon, la cual ya conocía. Tras escuchar la palabra en infinidad de ocasiones, recordó que el valor numérico de Babalon, nombre que provenía del nombre de la antigua Babilonia, daba 156... A pesar de tener la certeza de que la palabra era importante, la descartó como palabra perdida, pero no como valor numérico que condujese a la auténtica palabra perdida. Por algún extraño motivo, le dio vueltas por la cabeza un tiempo el número 156.

A pesar de encontrarse bastante a gusto entre los moradores de la Abadía de Thelema y, sobre todo, junto a Aleister Crowley, Richard pronto se dio cuenta de que había llegado a un callejón sin salida. Había aprendido mucho, sin duda alguna, pero no había hallado la palabra perdida ni en la Astrum Argentum ni en la Ordo Templi Orientis, las dos órdenes de Crowley. Tampoco la había hallado en el Rito de Memphis-Misraim asociado a las mismas, del cual Crowley sólo hablaba de forma esporádica para hacer comentarios sobre el esoterismo de algunos grados como el Soberano Gran Inspector General, que también era el grado 33º del Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

Crowley le reconoció a Richard el grado Rosacruz de Rito de Memphis-Misraim, que equivalía al grado Soberano Príncipe de la Rosacruz del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, por los conocimientos que atesoraba tras su paso por Golden Dawn.

Sobre ese grado, las explicaciones de Crowley resultaban por lo menos novedosas. La cruz era el falo o lingam y la rosa un símbolo femenino en la tradición hindú, el yoni o vagina, de los cuales partía en esencia todo el arte tántrico que desarrollaba esencialmente la OTO. El INRI de la cruz que se estudiaba en la Golden

Dawn, con varias interpretaciones de sumo interés, quedaba marginado en beneficio del tantrismo, la magia sexual más ritualizada y elaborada.

Aparte de los arrebatos místicos de Crowley, más propios de un gurú hindú que de un inglés o de un hombre occidental, éste, después de averiguar que a Richard le inquietaba la búsqueda de una misteriosa palabra perdida, le recomendó que la buscara en los grados Caballero Kadosh y Soberano Gran Inspector General, si es que la finalidad era una «palabra masónica», como había creído entender. Le habló de la masonería de Estados Unidos, del célebre Albert Pike y de la Gran Logia de Nueva York, que utilizaba el símbolo iluminista de la pirámide truncada y que tenía relación con los illuminati de Estados Unidos. Crowley insistió en que la palabra podía estar en alguna de esas organizaciones y Richard recordó sus experiencias con los illuminati de Baviera y su fundador, Adam Weishaupt.

Con el comienzo del verano y la llegada del calor, las dificultades en la abadía prosiguieron, debido a que Crowley era motivo de escándalo y los habitantes de las cercanías empezaron a protestar por su presencia. La policía seguía con atención las andanzas de Crowley y sus acompañantes de la abadía, pero no llegaron a molestarle. La salud de Crowley, por su creciente afición a las drogas, empeoró por momentos y la situación se hizo insostenible para un inglés de buenas costumbres como el eterno Holbein. Así que Richard decidió volver a Inglaterra nuevamente, en medio de los calores del verano y asolado por el estado de Crowley, que empezaba a no poder levantarse de la cama durante días. Richard se despidió con un «hasta pronto» de Aleister Crowley, de Alostrael, de Cypris y de los otros hermanos de la abadía y tomó de nuevo el camino hacia el norte en agosto de 1920.

La palabra perdida que le había de llevar a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de los tesoros seguía fuera de su alcance, aunque otras logias y palabras eran pistas suficientes para no sentirse derrotado.

Tras abandonar la Italia anterior a Mussolini y regresar a Inglaterra después de un viaje muy rápido, Richard Holbein llegó a su vieja mansión de Yalding en menos de un mes. Allí pudo comprobar, gracias a la correspondencia atrasada, que tenía demasiados pagos por realizar, al igual que una casa en un estado lamentable por las largas ausencias. En medio de la soledad, recorrió los largos pasillos y las antiguas habitaciones de su mansión, pensando en los numerosos viajes que había realizado tras la palabra perdida por Europa y Estados Unidos, así como en las amistades que habían desaparecido con el pasar de ese tiempo que a él no le afectaba.

Añorando a Crowley y afectado por las noticias alarmantes que llegaban de la abadía, pensó de nuevo que su condición de inmortal tenía sus inconvenientes.

Aquella primera noche en Inglaterra, Richard tuvo un sueño relacionado con sus conversaciones con Aleister Crowley, la palabra perdida, la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros. Soñó que, tras recorrer un túnel oscuro, iba a parar a una sala abovedada, donde se encontraba con Adam Weishaupt, Cagliostro y Aleister Crowley. El Maestro A. W le ofrecía un cofre reluciente y él lo cogía. Al abrirlo, se encontraba una plancha de bronce que contenía una frase: «En Estados Unidos encontrarás la ruta de Baphomet y palabra perdida, que es la ruta de los illuminati.» Los tres maestros (Crowley, Cagliostro y Weishaupt) miraban a Richard y le decían: «Se acabó, vuelves a la búsqueda en Nueva York, con los illuminati de Estados Unidos, pero en 1940.»

Al despertarse al día siguiente, Richard notó un poco de dolor de cabeza y observó por los cristales de su habitación un Sol de verano que le alegró el alma; recordó a Aleister Crowley y a sus acompañantes en la abadía, y también la ciudad de Nueva York, a la cual tenía que dirigirse por segunda vez en no demasiados años. Supo que la ruta de la palabra perdida había entrado en su último sendero e intuyó que, con sus próximas aventuras y desventuras, habría llegado la hora final. Una sensación extraña recorrió su cuerpo y un ruido aún más raro se escuchó por su mansión. Juró para sus adentros que iba a llegar hasta el final: el tesoro de todos los tesoros.

LOS ILLUMINATI DE ESTADOS UNIDOS Y EL RITO ESCOCÉS ANTIGUO Y ACEPTADO

«Una nueva era brilla en Francia para la masonería escocesa,
demasiado tiempo perseguida. Sus desgracias han llamado la atención
de los masones más ilustres y más profundamente iniciados,
que han vuelto a levantar la bandera escocesa,
bajo la cual se han colocado las personas más ilustres de Francia.»

Código de 1804 de la Gran Logia General Escocesa
de Francia del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Otoño de 1940. Nueva York, Estados Unidos

El mar golpeaba la cara de Richard Holbein. Llevaba una semana de viaje desde su partida de Inglaterra a finales de 1940 y estaba un poco harto de escuchar en los camarotes del barco continuas alusiones al fascismo, a la agresión nazi contra Inglaterra, a la nueva guerra mundial y a la guerra civil que había asolado España. Para él, era más relajante observar el mar infinito desde la cubierta del barco que permanecer en los

camarotes escuchando las mismas conversaciones u observando situaciones personales dramáticas. Era cierto que el mundo había cambiado mucho en los últimos años con ascenso del fascismo italiano; la subida al poder de los nazis en Alemania en 1933; el triunfo de Stalin en la URSS, tras la revolución de Octubre de 1917 y la posterior muerte de Lenin; y la victoria en la guerra civil española del dictador Francisco Franco. Pero las penurias, bajo su punto de vista, no podían ser eternas y discutirse sin sentido. Cuando, una semana después, el barco alcanzó la costa de Nueva York Richard sintió un cierto alivio.

Gracias a un discípulo de Crowley que conocía de su anterior etapa en Estados Unidos, Richard encontró alojamiento en un apartamento de Manhattan nada más llegar a Nueva York. Estaba en un inmenso edificio construido en la década de 1920, y parecía un lugar ideal para rodar una película de acción o de gángsteres, más que para refugiar a un buscador como él. Tenía un vestíbulo con escalinatas, unas enormes «arañas» colgadas del techo que daban luz al recinto interior y unos ascensores con puertas de bronce y botones puntiagudos.

El eterno Richard Holbein, tras descansar del viaje durante dos días en su nuevo apartamento neoyorquino, entre recuerdos de otras épocas pasadas en Nueva York, marchó por fin hacia la Gran Logia de Nueva York, tal como le había sugerido Crowley, y consiguió establecer una cita para el viernes siguiente, es decir, para dos días después.

La espera fue tranquila, ya que Richard se distrajo recorriendo las calles de Manhattan, que le recordaban sus andanzas de principios de la década de 1920. Incluso, por un momento, estuvo tentado de acudir a los locales «sexuales» que había visitado con Crowley unos veinte años antes, pero al final lo desechó. Pensó que para ir a esos locales se necesitaba estar acompañado de una «Bestia», y nunca mejor dicho. Por cierto, de Crowley, en aquellos momentos, sólo sabía que durante la última década había tenido graves problemas judiciales, fue multado y estuvo a punto de ser encarcelado tras varios sonoros juicios sensacionalistas que aireó la prensa inglesa. Daba la impresión de que el conservadurismo se estaba apoderando de todas las parcelas de la sociedad.

El viernes, en el lugar y a la hora en punto acordada, Richard se presentó vestido y tocado con un sombrero, y de inmediato apareció el personaje de la Gran Logia de Nueva York, que debía reunirse con él. Era un tipo elegante, de unos sesenta años, delgado, de ojos azules, pero algo serio y comedido, que se presentó como Sonny. Tendió la mano a Richard y ambos marcharon a un café cercano, desde donde a través de sus ventanales se divisaba una de las avenidas más concurridas de Manhattan. A Richard le encantaron la puntualidad y las buenas maneras del norteamericano, y tuvo la impresión de que podía llegar lejos con gente así. A esas alturas de la búsqueda de la palabra perdida, sabía que los acompañantes podían ser decisivos.

El local escogido para tomar un café y charlar estaba lleno de humo y de gente bien vestida, a pesar de que los felices años veinte empezaban a quedar lejos, demasiado lejos. Tras ser atendidos por un camarero, el tipo elegante de la Gran Logia rompió el silencio.

—Le agradezco su contacto y puntualidad. Aleister, el cual le ha puesto en contacto con nosotros, es un tipo excelente, aunque algo excéntrico. Es masón de los grados 33° y 96°, pero tiene una visión extraña de la iniciación, por lo cual nos ha criticado en algunos de sus últimos escritos. Eso puede ser debido a su relación con la OTO y el Rito de MemPhis-Misraim. Nosotros le conocemos bien y no se lo tenemos en cuenta; sí le agradecemos el detalle que ha tenido al ponerle en contacto con nuestra Gran Logia —explicó Sonny mientras daba un sorbo a su taza de café.

Richard asintió con la cabeza. Y Sonny prosiguió.

En el pasado, nadie sabía muy bien de qué parte estaba Crowley, pero tengo entendido que en los últimos años ha realizado un servicio excelente para Inglaterra espiando a las organizaciones alemanas ocultistas. Es una labor muy digna y encomiable, en un momento en que los nazis están mostrando escasa ética hacia los judíos.

«Judíos, judíos, judíos...», escuchó Richard en el interior de su mente. Sonny arqueó las cejas en espera de la respuesta de Richard.

—No dude de que es así. Tengo ascendencia judía e informaciones que apuntan en esa dirección. Los judíos alemanes ya no tienen derechos. Creo que una situación similar ocurre en España con los masones —replicó Holbein dando un suspiro.

—Lo que ocurre en España con los masones no tiene nombre en nuestro siglo —se apresuró a responder Sonny—. La II República Española, que duró entre 1931 y 1939, fue votada por el pueblo, y el levantamiento militar de 1936, encabezado por el general Franco, consiguió liquidarla en una guerra civil de tres años. Franco es un obseso con problemas psicológicos que ha desencadenado una persecución cruenta contra la masonería española—. Sonny volvió a mirar a Richard esperando una respuesta.

—¿Problemas psicológicos? —preguntó éste un tanto sorprendido.

—Sí. El padre de Franco, un ultraliberal simpatizante de la masonería y crítico con la Iglesia católica, abandonó su hogar y maltrató a Franco cuando era pequeño. Él se quedaba desolado cuando recibía los malos tratos y las palizas paternas y estaba del lado de su madre ultraconservadora, una tal Pilar. Franco quedó traumatizado por la situación y heredó de su madre un catolicismo ultraconservador y un odio patológico hacia el liberalismo y la masonería, que asociaba a su padre. La reciente Ley para la Represión de la Masonería y el Comunismo aprobada en España está llevando a nuestros hermanos españoles hacia un genocidio, por culpa del trauma infantil de Franco. Sin embargo, la masonería actual tiene otros problemas que no son culpa de Franco, en absoluto son culpa de él —sentenció en forma de susurro Sonny. —¿Otros problemas? —preguntó

con sequedad Holbein. —Pues, sí. Franco es antimasón, pero algunos conservadores, fascistas e incluso nazis, a pesar de que al final han prohibido la masonería, tienen unos nexos con ésta que nos parecen preocupantes y confirman la derechización de la orden por parte de elementos conservadores que quieren adulterarla. La masonería es una orden iniciática que busca el progreso de sus miembros y de la sociedad. Los conservadores creen que la realidad es siempre igual. En un principio, los conservadores, con los Papas católicos a la cabeza, combatieron a la masonería y su naturaleza progresista y ahora optan por infiltrarla, adulterarla y reconducirla hacia posturas conservadoras. ¿Conoce al francés Rene Guenón? —preguntó Sonny a Richard.

—No —respondió éste.

—Guenón es una trampa para incautos. Es un veneno vertido sobre el corazón mismo de la masonería. Su formación masónica e iniciática le permite desviar a ciertos masones hacia planteamientos ultraconservadores y adulterar la tradición progresista de la masonería. Les invita a abrazar causas conservadoras para que los masones dejen de buscar el anhelado progreso. Guenón es el opio de la masonería, un opio que aumentará con el avance del siglo —comentó Sonny.

«Opio, opio, opio...», escuchó Richard con insistencia dentro de su mente.

—Por lo que dice, parece que ese francés busca que los masones se conviertan en una especie de curas, contrarios a la tradición masónica, que incluso participó en la Revolución francesa —exclamó Richard recordando la toma de la Bastilla en la que él había participado unos ciento cincuenta años antes.

—Exacto, exacto... Creo que me ha comprendido. Guenón, por otra parte, presenta una especie de inestabilidad psicológica muy marcada. Ha sido masón, martinista, neotemplario, obispo gnóstico, aunque ahora se decanta por el hinduismo y el credo musulmán... ¿Conoce la Sociedad de Thule? —preguntó Sonny a Richard arqueando las cejas. —Sí. Creo que es una Orden secreta nazi —respondió el segundo.

—No exactamente. La Sociedad de Thule es otra versión de la infiltración de elementos conservadores, en este caso nazis, en el seno de la masonería. En 1901, Rudolf von Sebottendorf fue iniciado en una logia masónica turca. Y en 1910 Sebottendorf decidió fundar su propia sociedad secreta, la Sociedad de Thule, que basó en una mezcla de francmasonería y misticismo ario. En 1918, la Sociedad de Thule tenía más de doscientos miembros en Munich, y en sus filas se incluían jueces, abogados, jefes de policía, aristócratas, profesores universitarios, científicos, empresarios, todos muy conservadores y racistas. Ese fue el embrión del partido nazi y no otro. La obra más famosa del curioso Sebottendorf es La práctica operativa de la antigua francmasonería turca —puntualizó Sonny.

—Me deja sorprendido... —balbuceó Richard extrañado—. No pensaba que el problema alcanzase tales extremos. La verdad es que el caso de la Sociedad de Thule, de Guenón y de otros conservadores podría tener su origen o muy probablemente tiene su origen en el conservadurismo de la masonería llamada regular... No olvidemos que fue fundada por dos pastores protestantes que no estaban iniciados.

—Nosotros opinamos lo mismo, pero hay algunos hermanos de la Gran Logia que se resisten a aceptar esta realidad —exclamó Sonny, pidiéndole calma a Richard con su mano izquierda—. Otro dato apunta en la misma dirección. En el verano de 1937, los franquistas tomaron Málaga y algunas zonas del norte de España, y la represión antimasónica horrorizó a los propios fascistas italianos. Mussolini era socialista en su juventud y muchos jerarcas fascistas, como Balbo, De Bono, Grandi o Farinacci son masones, lo cual permite entender ese horror ante la represión franquista, a pesar de que no se comprendió en su momento. Un dato anecdótico referente a esta cuestión es que Mussolini se deja aconsejar desde hace un tiempo por un personaje tragicómico con delirios de grandeza y una mente fabuladora: el esoterista Julius Evola.

Sonny sorbió café. Tras la explicación se produjo un silencio sepulcral de casi un minuto. Richard y Sonny se dedicaron a mirar a las personas y los coches que pasaban por la avenida de Manhattan, olvidando poco a poco los problemas de la masonería y las atrocidades de la guerra civil española y de la guerra mundial. Finalmente, Richard se dirigió a Sonny.

—Para terminar con lo expuesto sobre los conservadores, me gustaría que me respondiese a una pregunta muy concreta. ¿Podemos entender que los conservadores son los que adulteran la masonería y la intentan reconducir hacia Posiciones antiprogresistas y antirrevolucionarias de otro tiempo?

—Exacto. Ni más ni menos —respondió Sonny.

Sonny y Richard bebieron café y éste se acomodó mejor en su silla, miró a Sonny y creyó que había llegado el momento de exponer sus necesidades iniciáticas, relacionadas con la búsqueda de la palabra perdida.

—La masonería de Estados Unidos está más bien libre de culpa. Y estoy deseoso de escalar dos altos grados del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, grados que se otorgan en la Gran Logia de Nueva York: el Caballero Kadosh o grado 30° y el Soberano Gran Inspector General o grado 33°. De momento, he sido iniciado en los otros grados inferiores del Rito Escocés, incluido el Soberano Príncipe de la Rosacruz el grado 18°, el cual me fue otorgado por Crowley.

Sonny miró fijamente a Richard durante unos instantes y se apresuró a responderle con una sonrisa.

—Querido hermano, durante la conversación he imaginado su condición de masón de alto grado y algún deseo como el que expresa, y, de hecho, eso me ha animado a explicarle nuestras preocupaciones sobre la masonería actual. Para nosotros, es un orgullo iniciarle en esos dos grados que usted solicita. Lo consultaremos con Crowley sin demora y seguro que no habrá problemas. Poco después del histórico año de 1717, había ya logias en Boston y Nueva York. El desarrollo de la masonería en la época colonial fue grande y después de la Independencia se extendió con éxito de una costa a otra. Benjamin Franklin fue el masón más

destacado de aquel período. Los grandes hombres de la Independencia fueron masones y dieron a la Declaración de Derechos y a la Constitución de Estados Unidos el tono ético y democrático que la caracteriza. Desde entonces, casi todos los presidentes han sido masones: Washington, Monroe, Jackson, Gardfield, los dos Roosevelt... Nosotros somos masones norteamericanos poco conservadores y estaremos encantados de iniciarle en esos dos altos grados que solicita.

Richard sonrió y dio las gracias al hermano Sonny por su cortesía y aprobación. Dijo que esperaría a que lo avisasen. Antes de salir del café, el hermano Sonny le extendió un curioso documento sobre la historia del Rito Escocés Antiguo y Aceptado y le recomendó leerlo. Entonces, ambos hermanos se despidieron, no sin antes realizar el signo de orden del grado 18° del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, el Soberano Príncipe de la Rosacruz, conocido como el signo del Buen Pastor, y la señal de reconocimiento del mismo grado, basada en cerrar la mano derecha, en levantarla hasta la altura de la cabeza, en señalar el cielo con el índice y en decir «arriba está Dios», mientras el otro hermano señala el suelo y exclama «y en la Tierra también». Varios de los presentes miraron a los dos hermanos de reojo al observarlos en posiciones tan ajenas a las convencionales, sin entender qué ocurría.

Los días anteriores a ser avisado por la Gran Logia de Nueva York, Richard se paseó por la ciudad; pensó que aún no había hablado con los hermanos sobre los illuminati de Estados Unidos; recordó con insistencia cómo había ascendido por los grados de Aprendiz, Compañero, Maestro y Soberano Príncipe de la Rosacruz en varios ritos masónicos ajenos al Rito Escocés Antiguo y Aceptado durante su búsqueda de la palabra perdida; y leyó el largo documento entregado por el hermano Sonny, un documento que aclaraba la misteriosa y laberíntica evolución del Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

»EL RITO ESCOCÉS ANTIGUO Y ACEPTADO

»[...] El primer rito escocés fue el Rito Escocés Filosófico de la Logia Madre de Marsella, creado alrededor de 1750, con 18 grados: Aprendiz, Compañero, Maestro, Maestro Perfecto, Gran Escocés, Caballero del Águila Negra, Comendador del Águila Negra, Rosa Cruz, Verdadero Masón, Caballero de los Argonautas, Caballero del Vellozino de Oro, Aprendiz Filósofo, Adepto del Águila y del Sol, Sublime Filósofo, Caballero del Fénix, Adepto de la Madre Logia, Caballero del Iris, Caballero del Sol.

»Después del primer Rito Escocés Filosófico, el escocismo masónico evolucionó y surgió el Rito de Heredom o de Perfección, compuesto por el Consejo de Emperadores de Oriente y Occidente, formado en París en 1758. Este consejo se propuso reunir en 25 grados los grados escoceses y templarios.

»Tras los tres grados simbólicos (Aprendiz, Compañero y Maestro Masón), el Rito de Heredom o de Perfección se compuso de los grados: Maestro Secreto, Maestro Perfecto Secretario Íntimo, Intendente de los Edificios, Preboste y Juez Maestro Elegido de los Nueve, Maestro Elegido de los Quince, Elegido Ilustre-Jefe de las Doce Tribus, Gran Maestro Arquitecto, Caballero Real Arca, Gran Elegido Antiguo Maestro Perfecto, Caballero de la Espada de Oriente, Príncipe de Jerusalén, Caballero de Oriente y Occidente, Caballero Rosacruz, Gran Pontífice o Maestro Ad Vitam, Gran Patriarca Noaqua, Gran Maestro de la Llave de la Masonería, Príncipe del Líbano-Caballero Real Arca, Caballero del Sol-Príncipe Adepto-Jefe del Gran Consistorio, Ilustre Caballero-Gran Comendador del Águila Blanca y Negra-Gran Elegido Kadosh, Muy Ilustre Príncipe Soberano de la Masonería-Gran Caballero Sublime Comendador del Real Secreto.

»Pero, dado lo intrincado de un sistema de tantísimos grados, antes de aparecer y asentarse el Rito Escocés Antiguo y Aceptado de 33 grados, el escocismo masónico evolucionó hacia la simplificación de grados. Así, el Soberano Consejo de los Caballeros de Oriente, que se separó en 1762 del Consejo de los emperadores de Oriente y Occidente y del Rito de Heredom o de Perfección de 25 grados, suprimió los 10 grados que seguían a los 15 primeros y, por tanto, los grados quedaron reducidos a 15. En aquella época, otros ritos escoceses simplificados, como el Rito de San Martín, el reformado de Tschoudi o el Rito de los Filaetas aportaron al posterior Rito Escocés Antiguo y Aceptado grados tan notables como el Caballero Kadosh en su vertiente más mística. Este grado histórico fue parte del Rito de San Martín, del escocismo reformado o incluso, de dos ritos masónicos anteriores: el Rito de Swedenborg (1721) y el Rito Moderno o Rito Francés (1761).

»Importado el Rito de Perfección de 25 grados a América por el hebreo Esteban Morín, tras recibir éste una patente del rito, el número de grados se amplió y nació el Rito Escocés Antiguo y Aceptado de 33 grados, con renovados grados como el del Caballero Kadosh citado. Reunidos en Charleston (Carolina del Sur) cinco hebreos, John Mitchell, Federico Dalcho, Manuel de la Mota, Abraham Alejandro e Issac Auld, con Morín al frente, se creó el Supremo Consejo de la Masonería denominada Rito Escocés Antiguo y Aceptado. El primer Supremo Consejo se dio a conocer por una circular expedida el 4 de diciembre de 1802, y destaca la historia que hace referencia a un origen medieval y al rey Federico II de Prusia.

»El general Albert Pike (1809-1891), uno de los dirigentes masónicos (Rito Escocés, jurisdicción sur) de la masonería de Estados Unidos y autor de uno de los tratados masónicos más célebres, *Moráis and Dogma of the Ancient and Accepted Scottish Rite of Freemasonry*, fue el iniciado que pulió el rito. Abogado, estudioso de las religiones, general en el ejército de la Confederación durante la guerra civil, Soberano Gran Comendador del Rito Escocés en la jurisdicción sur de Estados Unidos desde 1859 hasta 1891, Pike resultó la autoridad indiscutible para asentar el Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

»LOS GRADOS DEL RITO

Los 33 grados del Rito Escocés Antiguo y Aceptado son:

»LOGIAS SIMBÓLICAS-MASONERÍA AZUL

1. Aprendiz
2. Compañero
3. Maestro

»LOGIAS DE PERFECCIÓN-MASONERÍA ROJA

4. Maestro Secreto
5. Maestro Perfecto
6. Secretario íntimo
7. Preboste y Juez
8. Intendente de los Edificios
9. Maestro Elegido de los Nueve
10. Ilustre Elegido de los Quince
11. Sublime Caballero Elegido
12. Gran Maestro Arquitecto
13. Real Arco
14. Gran Elegido y Perfecto Masón

»CAPÍTULOS-PROSIGUE LA MASONERÍA ROJA

15. Caballero de Oriente o de la Espada
16. Príncipe de Jerusalén
17. Caballero de Oriente y Occidente
18. Soberano Príncipe Rosacruz

»AREÓPAGOS O CONSEJOS-MASONERÍA NEGRA

19. Gran Pontífice o Sublime Escocés
20. Venerable Gran Maestro Ad Vitam
21. Noaquita o Caballero Prusiano
22. Caballero del Real Hacha o Príncipe del Líbano
23. Jefe del Tabernáculo
24. Príncipe del Tabernáculo
25. Caballero de la Serpiente de Bronce
26. Príncipe de la Merced
27. Gran Comendador del Templo
28. Caballero del Sol
29. Gran Escocés de San Andrés de Escocia
30. Caballero Kadosh

«TRIBUNALES-MASONERÍA BLANCA

31. Gran Inspector, Inquisidor, Comendador

»CONSISTORIO-MASONERÍA BLANCA

32. Sublime Príncipe del Real Secreto

«SUPREMO CONSEJO-MASONERÍA BLANCA

33. Soberano Gran Inspector General»

**

Richard fue avisado de la fecha de iniciación un mes después, en marzo de 1941. Los hermanos de la Gran Logia de Nueva York le comunicaron que habían realizado las consultas pertinentes con Crowley y que su iniciación a los grados Caballero Kadosh y Soberano Gran Inspector General se llevaría a cabo en los meses de abril y mayo, con una diferencia de apenas unos quince días. Holbein se alegró muchísimo y mientras esperaba la fecha paseaba por Nueva York. Al pasar por el local donde él y Crowley alquilaron un transexual unos veinte años antes, se llevó una decepción, porque ahora estaba cerrado y en venta. Inspirado por la experiencia mística ante la doble sexualidad del transexual contratado en su momento, recordó por las calles de Nueva York que los dioses del mundo antiguo (romanos, griegos, hebreos...) eran bisexuales, travestís, andróginos, hermaroditas... Según el capítulo primero del Génesis bíblico, a bisexualidad de Yahveh resultaba evidente. En un párrafo se leía: «Elohim creó al hombre a su propia imagen, a imagen de Elohim lo creó varón y hembra.» En otro texto sagrado judío llamado Midrasch, Rabí Samuel-bar-Nachman apuntaba que «Adán, al ser creado por Dios, era un hombre-mujer». Entonces, Richard también recordó que el Dios Baal era representado con doble sexo en combinación con la gran Diosa Astarté; que Mitra, deidad adorada por los romanos, era representado con símbolos masculinos y femeninos; y que Dioniso, Venus y Afrodita eran bisexuales. Arístides dijo de Dioniso: «Así pues el Dios es varón y hembra. Sus formas están de acuerdo con este doble carácter. Para los jóvenes es una doncella, y para las doncellas es un mancebo...» Richard siguió meditando sobre la cuestión de la bisexualidad de los dioses por las calles de Nueva York y le vino a la memoria que Zeus era para los órficos un personaje feminizado, andrógino y hermafrodita. En Labranda de Caria, era representado con seis tetillas dispuestas en triángulos sobre el pecho. Otra pieza lo mostraba con collares, ropas femeninas y unos pechos lujuriosos. Zeus en un himno órfico era llamado Metropator, «padre y madre». Baphomet, la puerta hacia la palabra perdida y el inspirador de la experiencia con el transexual de

Nueva York y Crowley, era otro Dios con doble sexualidad, un hermoso falo y unos grandes y elegantes pechos. Y ésa era la bisexualidad que había sentido Richard con Crowley veinte años antes en Nueva York. Baphomet le había servido para darse cuenta de que él también poseía «la naturaleza de los dioses».

Los pensamientos extraños acompañaron a Holbein por las calles de Nueva York hasta el día de su iniciación en el grado Caballero Kadosh. Y no era raro, ya que el grado mencionado resultaba un homenaje a los templarios y Baphomet.

El día señalado para la iniciación, Richard se presentó en la Gran Logia de Nueva York a la hora acordada. Allí un hermano que no conocía lo condujo a una estancia y le vendó los ojos de inmediato. Cuando Richard y un caballero templario se adentraron en un templo decorado de forma tétrica, el primero fue a parar ante el sepulcro de Jacques Molay, el cual se encontraba adornado con tres calaveras.

Cuando el caballero templario le quitó la venda de los ojos, observó el sepulcro y las tres calaveras con diversos adornos y sintió un escalofrío. Entonces, el caballero templario le comentó que estaba nada más y nada menos que ante el sepulcro de Jacques de Molay, el último Gran Maestre de los templarios, y que las tres calaveras simbolizaban el fanatismo, la tiranía y la autocaricia, las verdaderas culpables del final de los templarios. Tras taparle los ojos, el caballero templario condujo a Richard por el templo y lo dejó ante una escalera misteriosa de siete peldaños. Entonces, Richard tuvo que ascender y descender los siete peldaños, mientras escuchaba una lección de moral:

«Querido hermano, los escalones de subida son y simbolizan:

»1.^{er} escalón: Tsedaka o Trectkah (justicia), es un deber emplear todos los medios para salvar a los desgraciados.

»2.^º escalón: Scher-Laban (pureza), lo que no quieras para ti no lo quieras para otro.

»3.^º escalón: Mathot (dulzura), se debe soportar la adversidad con resignación.

»4.^º escalón: Emounah (fuerza), se tiene que ser verídico y huir de la mentira.

»5.^º escalón: Gamal Sagghi (trabajo), se debe trabajar instantáneamente para alcanzar la perfección.

»6.^º escalón: Sabbal (carga, pesadumbre), es preciso soportar pacientemente los defectos de nuestros hermanos.

»7.^º escalón: Ghemoul Binah o Ghemoulnah Thebounah prudencia), la discreción es la primera virtud de un filósofo.

»Los escalones de bajada son y simbolizan:

»1.^{er} escalón: Gramática, el arte de leer y escribir con propiedad.

»2.^º escalón: Retórica, el arte de discutir sobre los objetos.

»3.^º escalón: Lógica, el arte de discernir lo falso de lo verdadero.

»4.^º escalón: Aritmética, la ciencia de los números.

»5.^º escalón: Geometría, el arte de trazar las líneas y medir las superficies y volúmenes.

»6.^º escalón: Música, representa la armonía.

»7.^º escalón: Astronomía, el conocimiento de los cuerpos celestes, su elevación, distancia.»

Tras escuchar el pomoso discurso, de rodillas, con la mano derecha sobre el libro sagrado, Richard tuvo que realizar un largo juramento que le instaba al secreto y a combatir a los apóstatas, los impostores y los traidores.

Cuando a Richard en la iniciación le exigieron apuñalar simbólicamente las tres calaveras, se sintió mareado y tuvo la necesidad de beber agua, aunque se mantuvo en silencio. En aquel instante se sintió ridículo a tanta distancia de Inglaterra y realizando una ceremonia en venganza de los templarios, con cuchillos y chillidos como «Nekam Adonai» (venganza, Señor), a pesar del indudable valor simbólico de la ceremonia.

Al final, Richard fue declarado Caballero Kadosh y la ceremonia terminó con brillantez, entre abrazos fraternales y bromas amistosas del hermano Sonny, el cual había asistido a la iniciación.

**

En los días siguientes a la iniciación, Richard se recluyó en su apartamento neoyorquino e intentó encontrar un sentido no sólo a la iniciación, sino incluso a una parte de la intrucción del grado y del retejo. Crowley le había recomendado ir allí e iniciarse en el grado, pero no acababa de entender el misterio que encerraba tal capricho de la Bestia. ¿Había algo que insinuase cuál podía ser la palabra perdida? ¿Había alguna pista en los extraños documentos que le habían entregado con el grado templario?

El retejo que permitía conocer un Caballero Kadosh era muy largo y Richard lo estudió con profundidad. También leyó y estudió las palabras hebreas del grado Caballero Kadosh y no encontró ni rastro de la palabra perdida; el Baphomet templario le siguió pareciendo la puerta idónea para encontrar la palabra perdida, la tumba de Hiram y el tesoro de todos los tesoros, pero tampoco descartó que una palabra hebrea del retejo del grado fuera o sirviese de nexo con la palabra perdida. El sepulcro de Jacques de Molay, no obstante, le dio algunas esperanzas de encontrar el lugar donde se encontraba la tumba de Hiram Abiff.

Pasaron unos diez días y el bueno de Richard Holbein se volvió a presentar ante la Gran Logia de Nueva York, sin tener más noticia que una escueta carta de la obediencia que le avisaba de la «iniciación al grado 33º del REAA (Rito Escocés Antiguo y Aceptado)». El mismo hermano de la otra ocasión le atendió, le tapó los ojos de inmediato y lo preparó para su iniciación en el grado 33º, el Soberano Gran Inspector General, el último grado del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, la más alta dignidad del escocismo masónico. En esta ocasión, la logia era llamada Supremo Consejo y tenía las paredes de color púrpura, con calaveras y huesos cruzados

bordados, un pedestal cuadrangular con el libro sagrado y una espada, y al norte del pedestal un esqueleto humano, de pie, con la bandera de la Orden en la mano izquierda y un puñal amenazante en la derecha. La entrada de Holbein fue algo irregular, ya que estuvo a punto de caerse en un par de ocasiones mientras tuvo que dar varias vueltas, responder y realizar juramentos, con los brazos cruzados sobre el pecho, los pies descalzos, la cabeza inclinada y una cuerda alrededor del cuello, que sostenía el Soberano Gran Inspector que lo acompañaba en su especial «martirio» por el Supremo Consejo. Por fin, Richard fue nombrado Soberano Gran Inspector General y recibió un anillo con la divisa «Deus meumque jus» (Dios y mi derecho), a la vez que escuchaba la frase: «Con esta sortija, yo os uno con la Orden, con nuestro país y con nuestro Dios.»

En los días siguientes a su segunda iniciación en la Gran Logia, Richard volvió a recluirse en su apartamento e intentó encontrar de nuevo algo de sentido a la iniciación, a la instrucción y al retejo del grado. En la iniciación, no había nada especial que sugiriese dónde encontrar la palabra perdida, y en la instrucción tampoco, salvo una alusión al simbolismo del águila bicéfala majestuosa de dos cabezas, la cual simbolizaba, como reina de las aves, la sabiduría, la inteligencia, la administración y el poder. El águila bicéfala también simbolizaba, según los documentos, la culminación del símbolo del águila, por representar lo dicho y la autoridad más regia, la soberanía imperial, el rey de reyes, la divinidad, la dualidad resuelta, los dos poderes en un solo cuerpo, el binario... Richard, como mucho, volvió a recordar a Baphomet tras leer los documentos.

Por otra parte, el retejo del grado que permitía reconocer a un Soberano Gran Inspector General era más corto que el del grado Caballero Kadosh y no aclaraba nada. Decía:

«Pregunta: ¿Quién sois?

«Respuesta: Gran Inspector; he subido el último peldaño, he visto toda la masonería y conozco al Maestro.

»R.: ¿Por quién habéis sido recibido?

»R.: Por el Poderoso Gran Comendador.

»R.: ¿Por qué llevan el collarín negro los Príncipes del Real Secreto?

»R.: Con motivo del luto que todos los buenos hermanos deben llevar.

»P.: Yo soy también Gran Inspector, habladme sin emblemas.

»R.: ¿Puedo hacerlo sin peligro?

»P.: ¡Me manifiesto! [Al decir esto, el Ilustre Capitán de Guardias abre sus vestiduras y pone su espada sobre la cruz teutónica que lleva debajo de su traje, al lado izquierdo, en el frac]

»R.: ¡Me entrego! [Al decir esto, el Gran Inspector General se lleva la espada a la frente y después al corazón y la para de frente con tres movimientos.]

»P.: Dadme el santo y seña.

»R.: De Molay.

»P.: Hiram Abiff ¿Y la segunda palabra?

»R.: Federico.

»P.: De Prusia. ¿Queréis darme la palabra sagrada?

»R.: ¿Podremos ser oídos por alguien?

»P.: Sólo el Gran Arquitecto del Universo, nuestro Maestro, puede oírnos.

»R.: Mikamoka-Bealim.

»P.: Adonai. ¿Qué edad tenéis?

»R.: Treinta y tres años cumplidos.

»P.: Dadme a conocer vuestras señales.

»R.: Helas aquí. [Al decirlo, el Gran Inspector General da las tres señales del grado 33°. Primera señal: cruza los brazos sobre el pecho y dobla las rodillas inclinándose ligeramente hacia el suelo. Segunda señal: desenvaina la espada, dobla al mismo tiempo la rodilla izquierda, poniendo la mano izquierda sobre el corazón. Tercera señal: acerca tres veces los labios a la hoja de la espada.]

»R.: ¿Por qué habéis puesto vuestra mano izquierda sobre el corazón? [Esta pregunta se hace con aire asombrado, como si el hermano que se presenta hubiese cometido un error.]

»R.: Para hacer ver que mi corazón no tiembla.

»P.: ¿A qué hora abre los trabajos el Supremo Consejo con los Grandes Inspectores Generales?

»R.: Luego que se hubiere dado la señal.

»P.: ¿A qué hora los cierran?

»R.: Cuando el astro de la mañana ilumine el Gran Consejo.»

Tras leer y releer el retejo del grado Soberano Gran Inspector General, Richard pensó que esas palabras eran aún más insignificantes e ineficaces que las del grado Caballero Kadosh para encontrar la palabra perdida, la tumba de Hiram y el tesoro de todos los tesoros. Ante el oscuro panorama que sólo conducía a Baphomet, Richard decidió entrevistarse otra vez con el hermano Sonny, el cual, por cierto, no había hecho acto de presencia en su última iniciación. Richard sintió la necesidad de abordar con sinceridad su problema y preguntarle sobre los illuminati de Estados Unidos, la palabra perdida..., para poner fin a una larguísima búsqueda que ya duraba siglos, a una larguísima búsqueda que debía terminar con éxito. Y no se equivocó.

**

Sonny entró por la puerta del apartamento de Richard dando un gruñido. Y Richard lo miró con cierta sorpresa.

-Buenos días, hermano Sonny ¿Que le ocurre? —preguntó un asombrado Richard ante la actitud Sonny. Sonny señaló irritado con el dedo derecho hacia la ventana y lanzó unos improperios desmesurados contra Nueva York y sus ciudadanos.

—Estoy harto del tráfico y de Nueva York. Estoy harto de la gente que corre. El ambiente de guerra se palpa en cada esquina y vamos a peor.

—Sí, sé por experiencia lo que significa tener esa impresión —contestó murmurando Richard—. Pero, bueno, Hermano, estamos aquí para hablar de otros temas, de otros temas más profundos e interesantes. Los enfados no son buenos.

Richard sirvió una taza de café a Sonny y ambos iniciaron la última gran conversación que tendría Richard en Nueva York. Una curiosa conversación que le iba a servir para saber exactamente un dato que había buscado durante más de doscientos años: dónde podía encontrar la palabra perdida.

—Querido Sonny, tengo que contarle algo de suma importancia y deseo su máxima atención —le dijo Richard mirando a un Sonny aún nervioso.

—De acuerdo —balbuceó éste.

—Sonny, las iniciaciones en la Gran Logia de Nueva York me han ayudado a confirmar que Baphomet, el Dios de los templarios, es la clave que conduce a algo que he estado buscando durante décadas: una palabra perdida de suma importancia. Ahora, deseo contactar con los illuminati de Estados Unidos, los cuales, según Crowley, son los custodios de algún misterio que ayuda a saber dónde se encuentra la palabra perdida... ¿Puede ayudarme?

Sonny se ruborizó, como jamás lo había hecho antes, y arqueó sus cejas. Pareció no entender nada o entenderlo todo. La exposición y la pregunta de Richard eran directas y no tenía escapatoria.

—Hermano, eres un tipo extraño —dijo Sonny observando el apartamento de Richard—. ¿Qué sabes de los illuminati?

Richard recordó su relación con los illuminati de Baviera, pero tuvo que contenerse, porque Sonny no hubiese creído su condición de inmortal. Había expuesto todo muy rápido y se decantó por la prudencia.

—Poca cosa, Sonny. Poca cosa —respondió Richard.

—Bien, pues empecemos... Hacia 1774, el catedrático alemán Adam Weishaupt entró en contacto con el místico danés Kolmer y se encontró con una «cabeza parlante», Baphomet, en una cueva de Baviera, la cual le ordenó fundar los illuminati de Baviera el 1 de mayo de 1776 en Baviera. En 1785, los illuminati fueron prohibidos allí y tuvieron muchos problemas. En febrero de 1785, Weishaupt fue destituido de su cátedra de Derecho Canónico, que tan bien había utilizado para atraer a jóvenes estudiantes a sus filas, y huyó de Baviera a Ratisbona. La tradición de los illuminati se perpetuó en las órdenes iluministas de Estados Unidos, durante los siglos xix y xx. En 1785, en medio de un ambiente de libertad religiosa, se constituyó la Logia Colombia de la Orden de los Illuminati en Nueva York, con hermanos como el gobernador De Witt; un ancestro de Franklin Delano Roosevelt, Clinton Roosevelt; Horace Greeley, director del Tribune; y Jefferson. Éste es el embrión de la Orden de los Illuminati de Estados Unidos, justo un año después de la prohibición en Baviera. La Gran Logia Rockefeller es la Gran Logia de los Illuminati de Estados Unidos en la actualidad.

Richard escuchó atentamente la explicación y, al final, oyó en el interior de su mente: «Rockefeller, Rockefeller, Rockefeller...»

—¿Unos capitalistas como los Rockefeller tienen relación con los illuminati? —preguntó Richard por fin, con cara de asombro al conocer el credo revolucionario de los illuminati.

—Sólo un Rockefeller tuvo relación con los illuminati de Estados Unidos, John D. Rockefeller. Pero en absoluto se trataba de un derechista o un conservador. Era un progresista bien relacionado con la masonería y los illuminati, que creía en un mundo más libre e igual. Estados Unidos tardó tiempo en reconocer a la URSS, pero empresas como la Standard Oil, relacionadas con él, cooperaron con la URSS desde la década de 1920, y aportaron valiosas ayudas a Lenin y los bolcheviques —claró Sonny con gran seriedad.

Richard miró por la ventana de su habitación y le solicitó a Sonny una dirección o un contacto con los illuminati de Estados Unidos con renovadas ansias. Y la respuesta que obtuvo fue una sorpresa.

—Yo soy el contacto —exclamó Sonny lentamente, remarcando las sílabas y arqueando sus cejas, con una leve sonrisa.

Richard notó que en ese instante una gota de sudor le recorría el pecho. No daba crédito a la respuesta que acababa de escuchar.

—¡El contacto!... —chilló Richard por fin, abriendo los ojos como platos—. ¿Cuál es el secreto de los illuminati de Estados Unidos, asociado con la palabra perdida, del que hablaba Crowley, hermano?

Sonny sonrió, hizo una pausa mirando a Richard y explicó el secreto, el gran secreto tan esperado, de forma pausada.

—Los illuminati de Estados Unidos creemos que Baphomet volverá a aparecer a finales de este siglo XX para dictar un mensaje a nuestros verdaderos sucesores, un mensaje que estará encabezado por la palabra perdida —susurró Sonny. ¿Y dónde se producirá tamaño acontecimiento? —preguntó Richard aún más nervioso, notando que otra gota de sudor recorría su pecho.

—El lugar será Barcelona, España, pero falta tiempo y conviene no ponerse nerviosos —contestó Sonny sin inmutarse.

Sonny se incorporó en su asiento y, mirando a Richard con una leve sonrisa, añadió:

—Tranquilo, porque todo llega. Y tú lo sabes mejor que nadie.

Richard acabó de descomponerse ante el comentario.

¿Sabían quién era? ¿Qué quería decir la última frase? Después de despedirse de Sonny, muy perturbado por la extraña frase, Richard preparó su maleta, dispuesto a regresar a Inglaterra cuanto antes, porque consideró que su estancia en Estados Unidos había finalizado. Supo que ahora sí que se encontraba a las puertas de la palabra perdida, de la tumba de Hiram Abiff y de su gran tesoro.

Aquella misma noche, Richard tuvo un sueño extraño, un sueño sumamente extraño.

A media noche, soñó que Crowley y un hombre alto que no conocía le entregaban una copa de champán en una sala con forma de bóveda. Entonces, los tres brindaban y se dirigían a otro lugar. De pronto, Crowley invocaba también a la cabeza parlante, Baphomet, y aparecían a modo de desfile el propio Baphomet, el primer judío Abraham, el rey Salomón, Tubalcaín, Hiram Abiff, el duque de Warton, Adam Weishaupt, Cagliostro y John D. Rockefeller, junto a otros iniciados de todos los tiempos. John le entregaba a Richard un cofre con una plancha en su interior que decía: «Vete hacia Barcelona, España, en la década de 1990. 1999 es el año de nuestra era de Baphomet.» Richard, en medio del sueño observaba otra sala a lo lejos con forma de botella y un cartel que decía: «Los malignos y los opresores del hombre». Dentro de la sala, flotaban sobre el espacio dando volteretas y poniendo caras extrañas Hitler, Mussolini, Franco, Guenon, Evola, dos pastores protestantes y unos cuantos papas siniestros. Todos portaban cabezas de muertos en sus manos ensangrentadas. Adolf Hitler parecía poseído. Y Franco daba alaridos guerreros con voz de pito de la mano de un papa.

Cuando Richard se despertó al día siguiente, recordó el sueño y algunas explicaciones de Sonny sobre Hitler y Franco. Se acordó además de su paso por la Gran Logia de Londres, del Club del Fuego del Infierno, de los illuminati de Baviera, del Gran Oriente de Francia, de la Golden Dawn, de la OTO, de la Gran Logia de Nueva York, de los illuminati de Estados Unidos... En cualquier caso, los pensamientos de Richard de aquel momento enseguida se centraron en España y en el año 1999. Sabía que aquel dato concreto marcaba el principio del fin de una larga búsqueda.

Durante el regreso a Inglaterra, en plena Segunda Guerra Mundial, Richard fue testigo de los comentarios de los viajeros sobre la guerra y pensó que el Dios tradicional era el «líder» de los fascistas, los conservadores, los tradicionalistas que asolaban a Europa y al mundo con la muerte y la destrucción, y se perpetuaba en un sector de la masonería para no permitir que ésta fuese una orden progresista o revolucionaria, a la vez que Baphomet simbolizaba la libertad y el progreso de la humanidad libre.

Las reflexiones filosóficas de Richard se entroncaban con los primeros gnósticos y con los verdaderos iniciados de todos los tiempos, pero también con otros filósofos y pensadores del mundo moderno que creían exactamente lo mismo que él.

Buscando en libros, Richard descubrió, por ejemplo, que Bakunin, el creador del anarquismo moderno, había llegado a afirmar que «Lucifer fue el primer librepensador y el salvador del mundo. Él liberó a Adán e imprimió en su frente el sello de la humanidad y la libertad al hacerle desobedecer»

LAS LOCURAS DEL SIGLO XX

«El esoterismo basura está por todas partes y ha terminado en cierta medida con el ocultismo y el esoterismo serios.»

Los autores

Primavera de 1978. Nueva York, Estados Unidos

Richard nunca entendería qué tenía que ver la libertad con volar. A pesar de los increíbles adelantos de la aeronáutica, los aviones seguían produciéndole una indeseable sensación de angustia que no podía superar de ninguna manera. Con esos oscuros pensamientos, sufrió en silencio mientras que el Boeing 747 en el que viajaba se dirigía impertérrito hacia su destino: Washington. Había despegado sólo hacía un par de horas desde el aeropuerto londinense de Heathrow, tiempo más que suficiente para que se arrepintiera de haber embarcado. Aquel viaje, en mayo de 1978, precedía a su tercera visita a Estados Unidos de América. Después de su última estancia en aquel país, donde finalmente había podido establecer un contacto esclarecedor que le conducía a la palabra perdida, a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de los tesoros, Richard Holbein había podido asistir a los grandes y veloces cambios que había sufrido el mundo desde la Segunda Guerra Mundial. A un inglés como él, y en su calidad de eterno buscador y viajero, no podía menos que sorprenderle todo lo que había observado. Los años posteriores a la guerra fueron terribles. Richard tuvo que hacer grandes y costosos esfuerzos para poder mantener su patrimonio, y se vio obligado a vender parte de sus tierras para poder conservar la mansión. Con los años, las cosas poco a poco fueron mejorando, aunque las posturas políticas adquirieron un cariz algo peligroso. Se alzó un vergonzoso muro en la ciudad alemana de Berlín, el cual se convirtió en la prueba material de las grandes desavenencias entre los países de la órbita estadounidense y los que se encontraban de parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. La llamada Guerra Fría convirtió al mundo en un inmenso tablero de ajedrez en el que cada movimiento tenía unas consecuencias insospechadas. Otras cuestiones, no menos importantes, como el nacimiento del Estado de Israel en 1948, tras el genocidio sufrido por los judíos, aportaron continuas convulsiones a la situación política mundial.

Por su parte, Estados Unidos optó por autoproclamarse guardián de la democracia y no dudaba en intervenir en los Estados donde no se seguía una política afín a la suya. Corea, sin ir más lejos, sufrió las consecuencias de esa política intervencionista. Y la guerra de Vietnam, aún demasiado cercana en el tiempo,

había demostrado hasta qué extremos podían llegar los dirigentes norteamericanos en su afán por «democratizar» el planeta. Curiosamente, y al mismo tiempo, el gobierno de los Estados Unidos apoyaba descaradamente dictadores de la calaña de Augusto Pinochet que, en 1973 había derrocado al gobierno democrático del socialista Salvador Allende.

En España, sin ir más lejos, la dictadura de Francisco Franco había llegado hasta el año 1975 con el beneplácito del gran país americano...

Richard cerró los ojos, mareado. A pesar de todo, seguía creyendo que instituciones muy concretas de Estados Unidos podían ofrecerle mucho y, por ello, había decidido volver allí. En esta ocasión, Richard Holbein no iba en busca de la palabra perdida, puesto que sabía que todavía debía esperar unos cuantos años para encontrarla. Sencillamente, quería conocer el panorama de la masonería y otras órdenes de Estados Unidos y relajarse un poco. Europa, un continente envejecido y muy tradicional, había permitido que los conservadores, de los que había tenido noticias por el hermano Sonny de la Gran Logia de Nueva York, penetraran en la masonería hasta sus entrañas y quizás necesitaba aire fresco. ¿Qué le esperaba en Estados Unidos?

Con pensamientos cada vez más contradictorios, consecuencia del malestar producido por el viaje en avión, Richard llegó por fin a Estados Unidos, entrando, esta vez, a través de su capital federal, Washington.

* *

Tras tomar un taxi conducido por un imitador del protagonista de la entonces famosísima película *Fiebre del sábado noche*, Richard se dirigió a un céntrico hotel, situado en la zona oeste del Mall, el gran corazón verde de la ciudad. Gracias a su situación, lo primero que visitó el inglés en Washington fue el famosísimo monumento a Lincoln, un bello edificio de mármol blanco y diseño clásico que alberga una gran estatua de seis metros de altura del presidente Lincoln sentado. En las escalinatas del monumento, frente a la gran extensión de agua, que refleja el altísimo monolito homenaje a Washington que se encuentra al otro extremo, Richard pudo dedicarse a reflexionar sobre su futuro.

Faltaban aún más de veinte años para su cita en España tal y como había soñado a la vuelta de su anterior viaje. En ese país, tras la muerte del dictador Franco, se había iniciado un proceso democrático en el que, sorprendentemente estaban tomando parte muchos de los políticos franquistas que habían trabajado para la dictadura, algunos de los cuales lo hacían con auténtico descaro. Richard no tenía demasiado claro que todo aquello pudiera conformar un verdadero estado democrático al modo capitalista, pero, en cualquier caso, aquel giro político era mejor que lo anterior. Según había podido leer en los periódicos, los españoles tendrían la oportunidad, en el mes de diciembre del mismo año 1978, de poder aceptar o no una nueva Constitución en la que se cimentaría el nuevo Estado.

Reflexiones como éstas acompañaron a Richard en sus paseos por la capital federal de Estados Unidos. Además de recorrer el Mall, visitó también la Casa Blanca, el edificio que albergaba a los presidentes del país y que en aquellos momentos estaba ocupado por el representante del Partido Demócrata, Jimmy Cárter, al que llamaban el «rey del cacahuete» por su relación con los negocios relativos a ese fruto. Cárter estaba entonces trabajando arduamente por pacificar la región del Próximo Oriente y los observadores políticos auguraban un final feliz a sus gestiones. De hecho, aquél mismo verano, el mundo recibía la noticia de la firma de los acuerdos de Camp David, en los que se establecían las bases para la paz en aquella zona; los acuerdos fueron firmados por el propio presidente Cárter, el presidente egipcio Sadat y el primer ministro israelí Begin.

Por aquellas fechas, Richard Holbein ya se encontraba viajando por el interior de Estados Unidos de América. Había decidido realizar una peculiar peregrinación por las «entrañas» del país, utilizando lo que quedaba de lo que había sido la mítica Ruta 66, una carretera que prácticamente cruzaba Estados Unidos de este a oeste, desde la ciudad de Chicago hasta Los Ángeles. Así que, desde Washington viajó hasta la capital de Illinois, Chicago, para comenzar en ese punto su viaje.

A pesar de que el verano podía ser una época muy dura para cruzar el centro del país, Richard pensó que sólo así podría descubrir, de verdad, la esencia de aquellas tierras. De todas formas, de la Ruta 66, también llamada por muchos la «ruta madre», no quedaba demasiado, ya que la construcción de grandes autopistas y otras vías rápidas había hecho desaparecer buena parte de su recorrido o lo había arrinconado y dejado casi fuera de uso. Para realizar su largo viaje, Richard adquirió un gran coche de capota abatible, con ánimo de poder disfrutar mejor de lo que prometía ser un interesante viaje. Mientras preparaba su equipaje y compraba mapas y otros enseres que le serían de gran utilidad, conoció algunos rincones de Chicago, la primera ciudad estadounidense donde se construyeron rascacielos. Chicago era una urbe atrabilizada, muy diferente a la más reposada Washington, y con la peculiaridad de que se extendía a orillas del gran lago Michigan.

Precisamente en Chicago, conoció la labor de una orden masónica, descendiente de los primeros illuminati que arribaron a Estados Unidos a finales del siglo XVIII, los Shriners, Cuyos miembros utilizaban en sus ceremonias un peculiar sombrero de origen turco, el fez, en su caso de color rojo. Los Shriners realizaban una muy encomiable labor con una extensa red de hospitales dedicados a los niños. El de Chicago estaba especializado en el tratamiento ortopédico y en la cirugía plástica y funcionaba desde el año 1926. El tratamiento en los hospitales de los Shriners era de gran calidad y totalmente gratuito. ¡Vaya diferencia con la pompa y boato con la que se movían algunos masones europeos!

Tras una primera impresión de que la masonería americana y europea podían haber seguido caminos no del todo similares, e imbuido del espíritu aventurero que había ido adquiriendo durante todos sus viajes, Richard inició su viaje por el interior de Estados Unidos de América.

Desde Chicago viajó hacia el sur, atravesó el Estado de Illinois hasta llegar al de Missouri. Allí se detuvo en su capital, Saint Louis, una bella ciudad repleta de parques y con un inconfundible aire Victoriano en algunos de sus barrios. La ciudad contaba con un increíble parque, el Forest Park, donde se encontraban edificaciones de la Exposición Universal, a la que albergó en el año 1904. Diez años más tarde, se realizó una nueva obra en la zona, que acogió el Museo de Historia, y una de cuyas salas se dedicó a Thomas Jefferson, uno de los presidentes de Estados Unidos y uno de los primeros illuminati americanos! Por pequeño que fuera aquel detalle, a Richard le pareció un buen augurio.

Pero su estancia en Saint Louis le puso al corriente, además, de la existencia de una interesante y enigmática orden paramásónica. En una de las visitas culturales que realizó por la bella Saint Louis, recaló en su biblioteca, un bello edificio que albergaba una gran colección de volúmenes. Richard Holbein sentía verdadera devoción por las bibliotecas y los libros, así que en cuanto tenía ocasión se encerraba unas cuantas horas a leer. Pasear entre estantes repletos de libros le producía una sensación de paz y de «vuelta hogar» curiosa de describir, pero que, en cualquier caso, ayudaba a relajarse y concentrarse. Precisamente mientras caminaba de forma silenciosa por una pequeña sala biblioteca de Saint Louis, observó en un rincón una estantería entera dedicada a la masonería. Sin dudarlo, se dirigió a ella. Y lo primero que vio fue un gran libro titulado *Skull and Bones*: una pesadilla en Yale. Richard tuvo la sensación de conocer ese nombre... En su última estancia en la ciudad de Nueva York, un hermano masón estuvo explicándole lo caro que le resultaba tener a su hijo estudiando en la Universidad de Yale. Entre otras cuestiones, le refirió que, además, a su hijo le habían propuesto ingresar en una especie de hermandad que tenía fama de acoger únicamente a los miembros de las más ilustres familias y proporcionarles un «buen futuro». Aunque no estaba seguro del todo, a Richard le pareció recordar que aquella hermandad tenía un nombre similar al que aparecía en el libro. Tomó el ejemplar del estante y lo ojeó por encima: «*Skull and Bones* se formó con alumnos de Yale en 1833. Su fundador fue William Huntington Russell de Middletown, Connecticut. La familia Russell era dueña de una incalculable fortuna derivada de la más grande organización del siglo xix: Russell and Company, el gran sindicato del opio.»

La lectura se estaba poniendo interesante... Leyendo párrafos sueltos, Richard pudo conocer cómo esa organización, de carácter secreto, acogió entre sus filas a nombres tan destacados como Warren Delano junior, abuelo del presidente Franklin Delano Roosevelt, miembro este último de los Shriners. Los *Skull and Bones* habían seguido un camino algo siniestro, ya que incluso defendieron la esclavitud en su momento y abrazaron la causa confederada. Por otra parte, sin embargo, un nutrido grupo de universitarios pertenecientes a la hermandad participó en la Gran Guerra del 1914 luchando junto a los ingleses, antes de que Estados Unidos entrara en la lucha oficialmente. El libro explicaba que los que ingresaban en *Skull and Bones* observaban una fidelidad extrema hacia la Orden y hacia sus hermanos.

Cuando un estudiante ingresaba en la organización, entre otras cosas, explicaba todas las andanzas sexuales anteriores a su ingreso para que, en caso de que al cabo de los años se airearan en alguna lucha política o económica, los otros hermanos pudieran ayudarle. Richard no pudo por menos que sonreír, al recordar las «travesuras» sexuales que había observado y compartido con algunos grandes hombres de la política y la aristocracia inglesa durante su paso por el Club del Fuego del Infierno o con Crowley. Más de uno acabó con la reputación por los suelos cuando enemigos aireaban sus actividades sexuales ilícitas. Estaba visto que, a pesar de los grandes avances tecnológicos y científicos, el sexo seguía siendo uno de los grandes tabúes y la religión no se quedaba atrás.

Hasta Estados Unidos también llegaban las noticias de la débil salud del papa Pablo VI, que con ochenta años de edad parecía estar llegando al final de su vida. La muerte de este papa ocurrió cuando Richard Holbein ya se encontraba cerca de Oklahoma City, otra de las grandes ciudades que años atrás había atravesado la mítica Ruta 66. El 6 de agosto de 1978, el mundo católico se quedó sin líder y surgió una gran pregunta: ¿sería el nuevo papa un dirigente abierto y tendente al progreso, o todo lo contrario, siguiendo la corriente conservadora que parecía haber surgido en los últimos años en el interior del Vaticano?

A pesar de seguir ésa y otras noticias con regularidad, Richard no estaba especialmente interesado en nada de lo que ocurría en el mundo. Había decidido hacer un viaje que podría denominarse «de placer» y no iba a permitir que nada ni nadie lo perturbara. En aquel momento, hasta la búsqueda de la palabra perdida, la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros parecían haber quedado un tanto de lado.

El mes de agosto, muy caluroso en aquella zona de Estados Unidos, seguía su curso. Oklahoma era una ciudad típica del centro del país y en pleno verano podía ser terrible. Richard no podía menos que recordar las épocas en las que había vivido en zonas casi desérticas y daba gracias al gran invento que suponían los aparatos de aire acondicionado.

Paseando por la ciudad, empujado en parte por el calor reinante y en parte por la curiosidad, Richard entró una mañana en un original museo de Oklahoma City, llamado Museo Nacional del Cowboy, un lugar donde se explicaba la historia de los hombres que durante décadas habían conducido a los inmensos rebaños de vacas que pacían libremente por los grandes pastos de los estados de Oklahoma y Texas. Justamente, Richard había observado que la ciudad albergaba muchos locales de ambiente country, de donde entraban y salían hombres y mujeres disfrazados de cowboys de lujo. En el museo, un amable guía le explicó que a esos individuos se les llamaba *rhinestone cowboys*, una especie de vaqueros de salón, que seguían apasionadamente la música country, los rodeos y lucían ropas vaqueras de lujo. Ni corto ni perezoso, aquella misma noche Richard, con

una nueva camisa tejana que lucía unos vistosos flecos en la espalda y tocado con un flamante sombrero Stetson, se dirigió a un local country de moda, dispuesto a sumergirse en el ambiente del corazón de América.

* *

La música, a pesar de parecerle terriblemente ruidosa, no le desagradó. El ritmo era pegadizo y las baladas country, sin duda, eran muy agradables. Richard, sentado cómodamente en una gran silla de madera, observaba su alrededor mientras saboreaba una cerveza muy fresca que le había servido una guapa y simpática camarera. En la mesa de al lado, casi pegada a la suya, un hombre de mediana edad, de aspecto distinguido a pesar de su indumentaria vaquera, no le quitaba ojo. Por la insistencia de su mirada, Richard llegó a pensar que el tipo buscaba compañía masculina, así que, cuando vio que se levantaba y se dirigía hacia él, se dispuso a deshacerse del vaquero con cualquier excusa.

—Disculpe, amigo. ¿No nos conocemos? —preguntó el desconocido en tono casual.

Richard pensó que era una entrada poco original. Le podía haber dicho «¿Estudias o trabajas?» y hubiera sonado igual...

—No, no lo creo —respondió Richard sin mirarle a la cara.

—¡Ya lo tengo! Lo vi a usted consultando libros sobre masonería en la biblioteca de Saint Louis no hace mucho tiempo —dijo el desconocido sonriendo.

—¡Vaya! —exclamó Richard mirando a los ojos de su interlocutor—. ¡Qué memoria tiene! ¿Le interesa el tema de la masonería, acaso?

—Pues sí, así es —repuso el desconocido a la vez que se sentaba junto a Richard—. Espero que no le moleste mi intromisión. Mi nombre es Daniel, Daniel Blackhorn.

—Encantado, Daniel. Yo soy Richard Holbein —repuso Richard tendiéndole la mano.

Durante la conversación, Richard supo que Daniel había sido iniciado en la masonería en una logia de Saint Louis y que, en la actualidad, ostentaba el grado de Maestro Masón. Una vez conocida la filiación de ambos y de una manera más distendida, los temas de los que hablaron fueron derivando de forma muy interesante hacia la actualidad religiosa y al recién elegido sucesor del fallecido dirigente católico Pablo VI.

—La verdad es que no conozco demasiado del nuevo papa, el tal Albino Luciani —reconoció Richard—. ¿Qué sabes de él?

—Según se dice, Juan Pablo I es un hombre sincero... Y tú sabes, Hermano, que hoy en día la sinceridad no es una gran tarjeta de presentación y, todavía menos, en instituciones como la Iglesia católica.

—Creo que no te sigo, Daniel...

—Verás... Permíteme que no cite mis fuentes de información, aunque te ruego que creas lo que voy a explicarte, por extraño que pueda parecerte...

Richard comenzó a sentir en su interior la comezón de la aventura. Lo único surrealista de aquella situación era mantener una conversación sobre aquellos temas escuchando canciones country.

—Te escucho —contestó Richard.

—Se dice que el nuevo papa no tiene futuro... Existen demasiados intereses ocultos que hay que preservar y que Juan Pablo I no aprueba. Las malas lenguas afirman que si no se anda con cuidado, no se sentará mucho tiempo en el trono de Pedro.

—Daniel, eso que afirmas es muy grave —repuso Richard muy serio.

—Lo sé, Hermano, lo sé. Pero también sé que es cierto. ¿Conoces la Logia Vaticana?

—¿Me estás diciendo que en el Vaticano hay masones?

—¡Pues claro! La masonería está presente en el Vaticano y se ha hecho fuerte en los últimos años, posiblemente por su lucha fratricida contra una de las organizaciones católicas más poderosas y más retrógradas que han nacido en el siglo xx, el Opus Dei. ¿Lo conoces?

El Opus Dei era una poderosa organización que nació en España a finales de la década de 1920, fundada por un sacerdote llamado José María Escrivá de Balaguer. Durante la dictadura del general Franco, el Opus Dei creció de forma espectacular, en defensa de conceptos y posturas extremadamente conservadoras y retrógradas. El mismo papa Juan XXIII no había estado de acuerdo con los postulados opusdeístas, pero no pudo evitar que el grupo fuera infiltrando a sus hombres en el interior del Estado Vaticano hasta alcanzar unas importantes cuotas de poder. Daniel Blackhorn explicó al sorprendido Richard que masones y opusdeístas tenían establecida una sorda y durísima lucha por situar a uno de los suyos a la cabeza de la Iglesia católica.

—El recién elegido Juan Pablo I ve con buenos ojos la obra de Escrivá de Balaguer. Veremos cómo termina todo esto —sentenció Daniel con cara circunspecta.

Richard advirtió a Daniel de que, en cualquier caso, la masonería inglesa era muy conservadora y que en alguna ocasión había oído la información de que ésta tenía presencia en el Vaticano.

No demasiados días después de la iluminadora conversación en el bar country, Richard leyó en un diario de Oklahoma que el papa Juan Pablo I había fallecido repentinamente a causa de una crisis cardíaca. Algunos comentaristas políticos afirmaban que el papa no había muerto de forma natural. En cualquier caso, si el Opus Dei en concreto había visto peligrar su hegemonía en el Vaticano con la desaparición de Albino Luciani, respiró de nuevo aliviado con la subida al trono de Pedro del polaco Karol Wojtyla, que con el nombre de Juan Pablo II llegaría a conceder al Opus Dei el rango de prelatura personal al cabo de pocos años...

**

El viaje de Richard por tierras estadounidenses siguiendo la estela de la Ruta 66 lo llevó, tras abandonar las tierras de Oklahoma y dejar allí al enigmático Daniel Blackhorn, a la ciudad de Amarillo, en Texas, en pleno

corazón del continente. Mientras Richard veía en la lejanía a Amarillo, un nombre que demostraba claramente su origen hispano, pensó en el viaje que ya llevaba realizado desde su salida de Inglaterra. Recordó principalmente su paso por Washington y Chicago, soñó con sus futuras y apasionantes andanzas por Estados Unidos, y pensó que aún podía disfrutar mucho.

Había recorrido un largo camino, pero todavía le quedaba bastante por recorrer.

Amarillo era una típica ciudad texana, que más bien parecía, en algunas zonas, el escenario de una película. Además, tenía el privilegio de contar entre sus atractivos con el segundo cañón natural más grande de todo Estados Unidos después del Gran Cañón del Colorado: el cañón de Palo Duro. Aquel lugar llegó a impresionar a Richard, que se acercó a visitarlo antes de abandonar la ciudad. También recorrió su Sixth Street, que había sido en su momento una parte de la Ruta 66, y que estaba jalona de restaurantes y tiendas de comestibles.

Richard continuó el viaje hacia Albuquerque, en el Estado de Nuevo México. Por el camino, comenzó a encontrarse con antiguas edificaciones que habían albergado establecimientos diversos, como pequeños zoológicos y restaurantes típicos de la zona, en los márgenes de la antigua Ruta 66. Las noches en aquella parte del país eran cálidas y agradables, así que el eterno Holbein realizaba parte del viaje aprovechando las horas nocturnas. Sin lugar a duda, aquellas horas al volante bajo un manto inmenso de estrellas, que sólo recordaba haber visto en sus años vividos en África, fueron las mejores de todo el viaje. El coche enfilaba rectas inmensas que cruzaban valles resecos por el calor y que le recordaban vagamente los valles que había recorrido durante su estancia en Siria... Recordó también, una vez más, el ambiente de Chicago, y volvió a pensar que su viaje por Estados Unidos aún le conduciría a disfrutar muchísimo más.

Richard decidió alojarse en un motel de las afueras de Albuquerque para saborear mejor el auténtico ambiente de la extinta Ruta 66. El lugar, que parecía el escenario de una película de motoristas de los Ángeles del Infierno, ofrecía las mínimas comodidades que uno podía desear. Tenía incluso un televisor bastante abollado que funcionaba con monedas, pero que mostraba una cantidad de canales que al bueno de Richard le parecieron excesivos. La noche que pasó en el Route 66 Motel, de esa forma tan poco original se llamaba el establecimiento, comenzó de forma bastante relajada. Había decidido cenar en la habitación, así que compró algo de pan y fiambres y se estiró sobre la cama dispuesto a comer poco y ver algo la televisión. A Richard no le hacían demasiada gracia los mandos a distancia, así que comenzó a hacer uso del que disponía sin mucho entusiasmo, pasando de un canal a otro sin fijarse demasiado en sus contenidos..., hasta que vio algo que le pareció muy cómico.

Un tipo de aspecto poco aseado y de largas melenas explicaba muy serio a una extasiada presentadora cómo los extraterrestres se habían puesto en contacto con él y le habían pedido que extendiera por el mundo su mensaje. Según explicaba el supuesto «contactado», los hermanos del Cosmos nos amaban de una forma sincera y fraternal y nos solicitaban que dejáramos de matarnos unos a otros, incluidos los animales. El sujeto, cada vez más animado, explicó que esos extraterrestres habían establecido «bases» en la Tierra que vivían mezclados entre nosotros sin que lo supiéramos. A Richard no le hubiera extrañado en absoluto que el individuo se hubiera levantado y de forma melodramática hubiera afirmado que él era extraterrestre... ¿Pero qué programa era aquel que permitía que un pobre perturbado explicara sus delirios ufológicos? Como la emisión le pareció de lo más original, introdujo más monedas en el televisor.

El siguiente invitado de *El más allá*, que era el nombre del programa, era un hombre muy diferente al anterior. De aspecto atildado y algo repelente, atendía al nombre de profesor De Andrés, un nombre que a Richard le sonó a falso. El tal De Andrés comenzó a hablar sobre la nueva Era de Acuario, una era de hermandad para la humanidad, en la que hombres y mujeres recobrarián sus verdaderos poderes parapsicológicos... El tipo comenzó a lanzar una serie de aseveraciones increíbles en que mezclaba conceptos de todo tipo: mentalismo, telepatía, magia, espiritismo... A Richard casi le daba vueltas la cabeza de escuchar tamañas tonterías en tan poco tiempo. Cuando la entrevistadora, bastante crédula, por cierto, intentaba dar por terminada la conversación, el pesado De Andrés comenzó a hacer publicidad del centro que dirigía en Albuquerque, donde todos los que fueran de parte del programa tendrían un interesante descuento en las clases de parapsicología, mentalismo, tarot y brujería. En ese momento, Richard no supo si reírse o lanzar el mando a distancia contra la pantalla. ¡Vaya estafador! Enfadado por lo que acababa de ver y oír, decidió salir a estirar las piernas y a intentar olvidar todas las tonterías que había escuchado. Prefería, sin duda, buscar la palabra perdida que dedicarse a aquellas memeces. El bar que regentaba la dueña del motel estaba todavía abierto, así que pensó que un café le sentaría bien y se dirigió allí.

—Buenas noches —saludó Richard al entrar al bar—. ¿Podría servirme un café, por favor?

—Por supuesto, señor —contestó amable la patrona del lugar.

En ese momento, Richard se dio cuenta de que el televisor que había en el local también estaba sintonizando el programa que él había estado viendo.

—¿Le interesa el esoterismo? —le preguntó sonriendo la mujer al verlo mirar la pantalla.

—Esto... Sí, el esoterismo sí, aunque no acabo de entender demasiado de qué hablan en este programa —respondió con cautela.

—Supongo que ha visto usted al profesor De Andrés, claro. Un hombre muy listo, pero que muy listo, que ha sabido ganarse a todo el mundo en la ciudad... hasta que la policía pueda cogerle. A Robert de Andrés, que es como se llama realmente, le conozco desde la época del instituto, ¿sabe usted? Y tiene tanta preparación como yo. Lo que pasa es que Robert dio muchas vueltas por ahí y estuvo viviendo en una comuna... Ya sabe, el tipo era hippy. Para mí que las drogas le dejaron algo tocado —sentenció la mujer señalando con el dedo

índice su cabeza—. Lo peor de todo es que muchos incautos que ya no creen en la religión se están lanzando de cabeza hacia él. Bueno, hacia él y tantos otros. Fíjese, fíjese en la cantidad de revistas esotéricas que se publican —dijo señalando un montón de revistas que había en el extremo de la barra del bar.

Richard las ojeó por encima y observó su aspecto sensacionalista, que le recordó el de los tabloides tradicionales ingleses, en que la inmensa mayoría de las noticias o eran burdas mentiras o exageraciones de los seudoperiodistas que escribía en ellas. Estaba claro que el siglo XX había convertido algo tan importante como la iniciación y el conocimiento de grandes enseñanzas esotéricas en algo burdo, chabacán, meramente comercial. Richard estaba convencido de que el agresivo sistema económico que imperaba en el mundo había arrinconado a la verdadera sabiduría en el más oscuro olvido.

Volvío a pensar que su búsqueda había sido una suerte. Y después de pagar por su café y despedirse de la amable dueña del motel, regresó a su habitación dispuesto a descansar y tomar fuerzas para lo que le quedaba de viaje.

**

A partir de la ciudad de Albuquerque pudo cruzar el Estado de Nuevo México siguiendo la estela de la Ruta 66. Así, Richard llegó a la pequeña ciudad de Gallup, una localidad que nació con la llegada del tren, en el siglo xix, cuando confluyeron la cultura occidental y la cultura indígena de los indios hopi y navajos. En las inmediaciones de Gallup, Richard disfrutó visitando el parque de Red Rock y las huellas dejadas por los antiguos habitantes de la zona, de los que apenas quedaban vestigios debido a las operaciones de exterminio realizadas por españoles y americanos en diferentes momentos de la historia. Visitando Nuevo México y el país indio, y llegando al Estado de Arizona, se echó el otoño encima.

A primeros de octubre, Richard pasó por Holbrook, una ciudad que había luchado por conservar lo que allí llamaban la calle Principal o, lo que era lo mismo, el tramo de la Ruta 66 que cruzaba el municipio. Cerca de Holbrook se encontraba el famoso bosque Petrificado, donde podían admirarse gigantescos troncos petrificados que habían sobrevivido el paso de miles de años gracias a un clima seco y extremadamente peculiar. Richard saboreó cada kilómetro que hacía a bordo de su descapotable, sabiendo que estaba conociendo la esencia de un país, que se había formado luchando por cada palmo de tierra que visitaba. Todas aquellas ciudades habían sido, en algún momento de su historia, la frontera de Estados Unidos, y eso había convertido a sus habitantes en tipos en ocasiones duros, pero abiertos y generosos con todos los visitantes. La mezcla de sangre y culturas se hacía patente en todos los rincones del bello Estado de Arizona. Otro ejemplo de esa estupenda mescolanza y de la huella de las culturas autóctonas la encontró Richard al llegar a Winslow, otra de las pequeñas ciudades nacidas a orillas de la Ruta 66. El desierto allí era dueño y señor, y la proximidad del territorio de la nación de los navajos y de la reserva hopi se hacía sentir con fuerza.

En las afueras de Winslow, Richard pudo disfrutar de una mágica noche bajo las estrellas durmiendo al raso, prácticamente en el desierto. La presencia de animales peligrosos, como los escorpiones o las serpientes, no le inquietaba demasiado, ya que sabía que su condición de inmortal evitaría el daño que pudiera causarle la picadura de uno de ellos. En cualquier caso, aquella noche Richard se sintió en paz consigo mismo, con el mundo y con el Gran Arquitecto del Universo, y dio gracias por haber tenido la inmensa suerte de viajar a través del tiempo y de la historia de la humanidad. En aquellos momentos, Richard Holbein también tuvo la impresión de que su estancia en Estados Unidos ya le había conducido a la anhelada paz y a la relajación que buscaba con el viaje. Supo que el recorrido le estaba sirviendo para restablecer sus fuerzas, aparte de conocer un maravilloso país con grandes contrastes pero con una notable belleza. Y esas fuerzas tenían que ser las que le ayudasen a completar la búsqueda de la palabra perdida que conducía a tumba de Hiram Abiff y al tesoro de todos los tesoros.

Richard Holbein prosiguió su recorrido por la Ruta hasta llegar a Flagstaff, una ciudad mítica de la ruta y lugar obligado de paso para visitar el Gran Cañón del Colorado, una maravilla de la naturaleza que el río Colorado había conseguido «fabricar» a base de años y años de trabajar la tierra con la erosión. Richard decidió tomarse unos días de descanso en aquel magnífico lugar y, para ello, se alojó en un pequeño hotel a la entrada del cañón.

Durante la primera noche que pasó allí y después de cenar, salió a estirar las piernas por los alrededores. Cuando llevaba andados unos pocos metros, escuchó a sus espaldas los pasos de otra persona. Se detuvo, miró hacia atrás y vislumbró, a la luz de las farolas del recinto, la silueta de un hombre alto con el pelo largo que también se había detenido. —Buenas noches, amigo Richard —dijo la silueta. Richard dio un respingo y respondió con rapidez:

—Buenas noches... ¿Nos conocemos? —inquirió algo extrañado por lo familiar de la voz.

—Sin duda alguna... Espero que los años transcurridos no hayan borrado de tu memoria inmortal ni mi nombre ni mi rostro —añadió el misterioso hombre a la vez que se acercaba al asombrado Richard.

La luz de una farola dio de lleno en la cara del desconocido. ¡Pero si era el conde de Saint-Germain en persona! Richard se sobrecogió, notó un temblor extraño por el cuerpo, creyó notar la presencia fantasmagórica de todos aquellos que le habían acompañado en la búsqueda durante doscientos cincuenta años y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Saint-Germain! ¡Si eres tú en persona! ¡Dichosos los ojos que te ven! Pero ¿cómo? ¿Qué haces aquí? El conde de Saint-Germain, visiblemente emocionado por el encuentro, se abrazó a Richard y le explicó de inmediato que había estado siguiendo su pista en los últimos meses y que, tras localizarlo, había decidido encontrarse con él en Estados Unidos por sorpresa, mientras realizaba un estudio sobre las culturas

indias del suroeste de Estados Unidos. En las últimas décadas, Saint-Germain se había dedicado a estudiar la sabiduría de los pueblos indígenas sobre la espiritualidad y sobre el contacto con las divinidades. El encuentro fue muy fructífero, ya que Richard y el conde compartieron sus secretos. Aquella noche pasó en blanco para los dos inmortales, que no dejaron de hablar y de intercambiar experiencias. Richard puso en conocimiento del conde todo cuanto había descubierto sobre la palabra perdida, la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de los tesoros y, por supuesto, le dio a conocer su próximo destino en el tiempo, que le conduciría por fin hacia el final de su búsqueda. También le explicó sus andanzas con los masones, los rosacrucianos de la Golden Dawn y Aleister Crowley.

—Sabía que lo conseguirías —afirmó el conde cuando ya estaba amaneciendo—. Y sé que harás un buen uso de lo que encuentres al final de tu búsqueda. Mientras te escuchaba esta noche, he podido comprobar cómo has evolucionado y la sabiduría que has adquirido en todos estos años.

Richard pidió al conde que le acompañara a Barcelona en 1999 y que terminaran juntos la búsqueda, pero Saint-Germain no quiso ni oír hablar de ello.

—No, no, nada de eso, Richard. Nuestros caminos se han cruzado para que nos podamos encontrar y seguir en contacto, por supuesto, pero cada uno de nosotros debe seguir con su trabajo. De todas formas, si en algún momento necesitas mi ayuda no dudes en contactar conmigo.

El conde entregó a Richard una tarjeta con la dirección y teléfonos de unos abogados de París, a través de los cuales siempre podría contactar con él.

Richard se despidió del conde de Saint-Germain y le prometió que le informaría de todos sus hallazgos, con la esperanza de volver a encontrarse con él durante los próximos años.

El viaje de Richard prosiguió a través de la Ruta 66 hacia el desierto de Mojave, atravesando las ciudades de Kingsman y Needles, hasta llegar a Barstow. El Estado de California iba a ser el último que cruzara en su largo viaje a través de Estados Unidos y la ciudad de Los Ángeles, su destino. En Barstow, todavía pudo encontrar tiendas con recuerdos de la Gran Ruta Madre y desde allí enfrió hacia la mítica LA.

Los Ángeles devolvió a Richard el contacto con las grandes metrópolis... con el ruido del tráfico, con las prisas y otros inconvenientes de las ciudades. A pesar de ello, disfrutó enormemente de sus paseos cerca del mar, e incluso paseó por Beverly Hills y se asombró del lujo de algunas casas habitadas por famosos actores de cine o cantantes de rock, al igual que con el espectacular anuncio de una logia masónica, que había en un cartel de bienvenida.

Se quedó en Los Ángeles hasta finales de año y, coincidiendo con el principio de 1979, veinte años antes de su gran cita en Barcelona, Richard inició su viaje de vuelta a Inglaterra. Se llevó consigo un montón de recuerdos de un viaje que lo había puesto en contacto, sobre todo, con la esencia del final de un siglo, que probablemente había perdido humanidad. Más que nunca, Richard sintió que su búsqueda era necesaria. Más que nunca, Richard sintió que rozaba con la punta de los dedos el final de la larga búsqueda de la tumba de Hiram y del anhelado tesoro.

BARCELONA Y LA PALABRA PERDIDA

«Una antigua tradición del siglo xviii nos cuenta que la ciudad de Barcelona fue fundada por Hércules cuando llegó a las costas de la futura Barcelona en uno de los nueve barcos...»

Alicia Sánchez y María Pomes,
Historia de Barcelona, de los orígenes a la actualidad

Verano de 1992. Yalding, Inglaterra

Desde 1920, Barcelona había luchado por ser sede de los Juegos Olímpicos con escaso éxito. En 1924, se creó en la ciudad mediterránea el Comité Olímpico Español y, ya en 1929, el Ayuntamiento solicitó la organización de los Juegos de 1936. Esperando esa concesión, Barcelona construyó el Estadi Olímpico de Montjuic. La Federación Internacional, finalmente, otorgó el privilegio de organizar los Juegos de 1936 a Berlín y a la Alemania nazi de Hitler, un auténtico despropósito, y Barcelona como respuesta preparó una Olimpiada Popular que Jamás pudo celebrarse por culpa de la guerra civil española, ^e duró tres años, desde 1936 hasta 1939.

En plena dictadura franquista, en 1965, Barcelona, capital de Cataluña, lo intentó de nuevo, pero la idea no gustó a Franco porque temió un resurgir del nacionalismo catalán y la entrada de ideologías democráticas contrarias a su régimen opresor, y la candidatura pasó a manos de Madrid. Los Juegos Olímpicos de 1972, no obstante, se celebraron en Munich.

En la década de 1980, se preparó una nueva propuesta para solicitar que Barcelona fuese la sede central de los XXV Juegos Olímpicos, los Juegos del verano de 1992, y esta vez sí lo logró. Barcelona fue votada como sede oficial para los Juegos el 17 de octubre de 1986. Tras tres votaciones, Barcelona derrotó a la otra gran candidata: París.

Joan Antoni Samaranch, presidente del Comité Olímpico Internacional (COI), fue la persona que desveló el nombre de Barcelona. Richard, mientras preparaba su cena delante de la televisión en pleno verano de 1992, recordaba que Samaranch leyó en francés «á la ville de... Barcelona» en medio de abrazos emocionados de la delegación catalana.

El siempre joven Holbein recordó entonces una frase célebre de los Juegos Olímpicos desde su restauración en 1894: «Lo más importante en los Juegos Olímpicos no es vencer sino participar; lo más importante en la vida no es la victoria sino la lucha.» Y enseguida pensó que su búsqueda de la palabra perdida, la tumba de Hiram y el tesoro de todos los tesoros podía resumirse por el momento en esa frase. Pero ¿estaba cerca de la anhelada victoria? ¿Observaría en la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Barcelona que estaba a punto de ver por televisión algún símbolo significativo que lo condujese a ella? Richard Holbein, que se sentía prioritariamente un ciudadano del mundo, con esas dudas interiores, se sentó en su sillón y, mientras se comía un bocadillo de anchoas, se dispuso a ver hermanamiento universal que se producía por medio Juegos.

En el verano de 1992, la antorcha olímpica se encendió en Grecia, arribó por el Mediterráneo a la playa de Empúries, en Girona, y se presentó en Barcelona el 24 de julio de 1992. El 25 de julio todos los catalanes, los españoles y los ciudadanos que habían viajado desde el extranjero estaban en Barcelona, porque nadie que apreciase a Cataluña y a Barcelona sobre todas las cosas podía faltar a la cita más importante de su historia: la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos. Richard presenció asombrado la actuación de unos seiscientos sardanistas catalanes en la pista del estadio; de los cantantes Montserrat Caballé, Josep Carreras, Plácido Domingo... ; de la bailarina Cristina Hoyos; de los atletas que encendieron el fuego olímpico; del alcalde de Barcelona Pasqual Maragall; de una mascota algo estrañafalaria llamada Cobi; y de La Fura dels Baus, una compañía teatral que montó una espectacular e impactante escenificación basada en el mito de Hércules.

Al observar a Hércules, su asombro se convirtió en nerviosismo. Hércules fue quien liberó a Prometeo, «el portador de la Luz». ¿Qué tenía que ver con Barcelona? ¿Era una pista más de que en aquella ciudad encontraría la anhelada palabra perdida entre unos nuevos y misteriosos illuminati?

En los meses siguientes, justo tras el final de unos sensacionales Juegos Olímpicos, Richard estuvo buscando información sobre Barcelona y su relación con Hércules, y descubrió textos míticos reveladores. Le indicaban que Hércules llegó a las costas de Barcelona procedente de Libia, que desembarcó a los pies de Montjuic, donde fundó Barcelona, y allí bebió agua. Según los textos, el nombre de Barcelona sería una variante de Barca-nova, la novena nave que transportó a Hércules hasta Barcelona.

Barcelona estaba ligada a Hércules, quien a su vez estaba unido a Prometeo, el «portador de la Luz», una variante de Baphomet.

Richard supo entonces que los Illuminati de Estados Unidos le habían indicado la clave correcta para encontrar la palabra perdida.

**

Richard Holbein preparó sus maletas, se despidió con algo de pena de su mansión y se marchó de Inglaterra rumbo a España en diciembre del año 2000. Había buscado afanosamente por Internet a los illuminati de Barcelona a lo largo de un año y los encontró unos días antes de su marcha. La Orden Illuminati, que era el nombre escogido por la nueva organización, había sido fundada en 1995 por un misterioso frater Prometeo XIIIº, después de que éste contactara con los illuminati de Estados Unidos en 1994. El nombre de Prometeo recordó a Richard al Hércules de los Juegos, el número XIII lo asoció a los 13 grados del Rito de los Iluminados de Baviera, y el contacto del frater Prometeo con los illuminati de Estados Unidos le verificó que era a esos Illuminati a los que estaba buscando.

El año 1999 era la fecha que habían establecido los illuminati de Estados Unidos para el contacto, pero Richard aún tenía todo el tiempo del mundo para contactar con los nuevos illuminati y encontrar la palabra perdida que debía conducirlo a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de todos los tesoros.

Los primeros meses de Richard por Barcelona estuvieron marcados por una larga espera y paseos reveladores por ciudad. Escribió una carta a la Orden Illuminati a mediados de febrero y esperó una respuesta mientras recorría Barcelona descubriendo sus misterios.

Los primeros paseos del eterno Holbein lo condujeron a conocer la obra del genial arquitecto catalán Antoni Gaudí, en la que descubrió innumerables símbolos iniciáticos. Natural de Reus, Cataluña, Gaudí nació en 1852 en el seno de una familia de caldereros y forjadores —como el héroe masónico Hiram Abiff— y estudió arquitectura en su juventud. Luego dedicó todas sus fuerzas a tan elevado arte hasta terminar abandonado y atropellado por un tranvía. Entre los catalanes, siempre se había silenciado que los propios conciudadanos de Gaudí lo dejaron morir de hambre, al igual que también se había ocultado el genocidio cometido por los catalanes contra los judíos medievales y los grandes maestros de la Cabala y sus familias. Esos hechos puntuales, aunque graves, habían quedado convertidos en poca cosa ante las barbaridades cometidas por Franco contra el pueblo catalán. Analizando aquellas cuestiones, Richard fue a parar a la entrada del parque Güell de Gaudí.

El parque Güell era una obra magistral, una construcción universal como todas las de Gaudí, una edificación cosmopolita. A la entrada del parque, Holbein observó varios símbolos alquímicos; la cruz templar con forma de «X», la cual le recordó algún signo de reconocimiento de los altos grados escoceses, y la célebre cruz de San Andrés; varios pentagramas invertidos, una alusión extraña al triunfo de la materia sobre la voluntad; y una salamandra saliendo de un atanor que contenía una piedra bruta. Tras dar una vuelta por el parque Güell y observar las bellísimas vistas de Barcelona de noche, Richard contempló la austereidad de la casa de Gaudí, su profunda sencillez, y tres cruces en un montículo llamado Turó de las Menas.

Richard, entusiasmado con el parque Güell, los días siguientes visitó otras obras geniales de Gaudí: la Sagrada Familia, un monumento universal maravilla de la humanidad, la casa Batlló y la Pedrera. Gaudí tuvo

que pedir limosna por las calles de Barcelona, casi moribundo, para terminar la construcción de la Sagrada Familia, ante la negativa de sus conciudadanos a ayudarlo como hubiese merecido su talento y su genio. En el pórtico de la Pasión de la Sagrada Familia, Richard observó símbolos iniciáticos y masónicos como la letra «G», la escuadra, la cruz de seis direcciones y un cuadrado mágico que en todas sus sumas posibles daba la cifra 33, el número de grados del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Terminada la visita a la Sagrada Familia, Holbein marchó a visitar la casa Batlló y la Pedrera, las cuales también le parecieron de una belleza sin igual.

Richard Holbein continuó su visita de Barcelona por el barrio gótico y el casco antiguo, en espera del contacto con la Orden Illuminati. Allí descubrió la catedral gótica, repleta de símbolos iniciáticos, como otras tantas catedrales góticas construidas por los masones medievales; las calles gremiales Brocancers, Carders, Corders, Tallers... ; el call judío, donde tantos y tantos inocentes de todas las edades habían sido exterminados en el medievo; la casa Xifré y sus símbolos herméticos; la fuente de las Glorias Catalanas, con un personaje central «portador de la Luz», adornado con un pentagrama y una rama de acacia; el hostal de Sol, donde residió el mítico fundador de la masonería egipcia, Cagliostro; y el último resto de la Orden del Temple en Barcelona: la puerta de la calle Simó. Existía una curiosa tesis sobre los templarios medievales que los asociaba a la ciudad. Según pudo averiguar Richard, un grupo de barceloneses y catalanes de otros lugares participó en la primera Cruzada y en la toma de Jerusalén. Dos de ellos fueron los hermanos Pinós-Baga, hijos de Berenguela de Montcada, a quienes Godofredo de Bouillon les dejó habitar en una parte de los restos del templo de Salomón. Hugo de Bagá, según la leyenda, por deformaciones de su apellido habría sido Hugues de Payens, el primer Gran Maestre de la Orden del Temple.

Richard prosiguió su recorrido turístico por Barcelona en espera de recibir una respuesta de la Orden Illuminati a su carta y, a finales de marzo, fue a parar a la Barcelona olímpica. Se quedó atónito ante las dos torres gigantescas construidas para las Olimpiadas, conocidas como las torres olímpicas. Enseguida se dio cuenta de que las dos torres simbolizaban, en realidad, las dos columnas de la logia masónica: Jakin y Boaz. La primera de ellas, la torre Mapire, tenía una «J», y la otra, la torre del hotel Arts, poseía una «B», siguiendo el modelo masónico. La torre Mapire, además, tenía 33 peldaños de cristal en una de sus caras, y la otra torre estaba adornada con muchas «X». ¿Era una alusión al grado 33º, Soberano Gran Inspector General, y a su primera señal o signo con forma de «X»? El asombro de Holbein fue a más por momentos. De pronto, se sobrecogió al observar un pez amputado y una pirámide. El pez simbolizaba claramente el final de la era de Piscis, la era del cristianismo. La pirámide era un símbolo de los illuminati. «¿Tendría alguna relación el responsable de aquella obra con la masonería de Estados Unidos y los illuminati? ¿Estaba todo planificado para que Barcelona acogiese a los nuevos illuminati y la revelación de Baphomet que contenía la palabra perdida?», se preguntó Richard mientras notaba que una gota de sudor le recorría el pecho.

Días después, en la última semana de abril, Holbein recibió una respuesta de la Orden Illuminati. Ésta le instó con suma cordialidad a que se pusiese en contacto con ella a través de e-mail. Tras un breve intercambio de mensajes durante un par de semanas, Richard y la Orden Illuminati acordaron encontrarse cerca de su central de la calle Pare Claret, justo el día 28 de mayo a las 18 horas. Curiosamente, la central de la orden se encontraba en el cruce de la calle Pare Claret con Marina, la calle que parte de entre las torres olímpicas. Mientras Richard se dirigía por la calle Marina hacia la central de la Orden Illuminati, se dio cuenta de ese detalle y realizó alguna reflexión de interés. Marina en inversión era «Aniram» o «An-Iram». Al pensar en ello, sintió un escalofrío.

**

El día 28 de mayo del año 2001, desde las 17 horas 45 minutos, Richard Holbein esperó con nerviosismo en el cruce de las calles Marina y Pare Claret. El aire de la primavera barcelonesa era muy agradable, pero, debido a la tensión, no era capaz de saborearlo. Después de muchos años de viajes y experiencias, tocaba con la punta de los dedos la palabra perdida, y la tensión, hasta cierto punto, era lógica. Cuando menos lo esperaba, con cinco minutos de retraso respecto de la hora pactada, apareció una señora madura, rubia y muy atractiva que, con acento francés, se dirigió a él.

—¿Es usted Richard Holbein? —le preguntó observándolo con unos bellos ojos azules.

—Sí, soy yo —balbuceó Richard.

—Encantada. Soy söror Balkis, secretaria de la Orden Illuminati —respondió la söror.

Richard la miró fijamente y él y la söror, como si se hubiesen puesto de acuerdo, realizaron, en medio de la calle y sin demora, los signos de reconocimiento del grado 33º del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Los transeúntes los miraron pensando que bromearan. Realizados los signos y saludos pertinentes, Richard y Balkis marcharon a un parque situado justo al norte de la calle Pare Claret, en Travessera de Gràcia. Y allí, por fin, entablaron con discreción una reveladora conversación.

—Bien, Hermano. Sabemos que es miembro de los illuminati de Estados Unidos. Las referencias que tengo de usted son excelentes. Estamos informados de la búsqueda que ha emprendido de la misteriosa palabra perdida, que debe conducirle a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro. Su contacto con nosotros puede serle de gran utilidad —comentó Balkis sin titubeos.

El eterno Holbein se encogió de hombros. Los illuminati de Estados Unidos, de alguna forma, habían puesto sobre aviso a la Orden Illuminati. Pensó en los primeros, en Sonny y en las explicaciones que le dieron sobre la nueva revelación de Baphomet, la palabra perdida, 1999, Barcelona...

—Querida Hermana, efectivamente he contactado con la Orden Illuminati, porque los illuminati de Estados Unidos me indicaron que ello podía conducirme a la palabra perdida —reconoció Richard un tanto asombrado

—. Pero no sé qué más debo hacer en estos momentos. De entrada, Hermana, creo que sería adecuado que me explicaras algo sobre la Orden Illuminati.

Sóror Balkis suspiró y miró a Richard con sus bellos y atractivos ojos azules.

—La Orden Illuminati fue fundada por el frater Prometeo en Barcelona, en la primavera de 1995. Prometeo escribió el moderno Rito de los Iluminados que practicamos nosotros, donde se encuentran los grados más elevados del escocismo masónico, como el Soberano Príncipe de la Rosa-cruz, el Caballero Kadosh y el Soberano Gran Inspector General. Esos grados, como debes saber por tu relación con los illuminati de Estados Unidos y la masonería, corresponden a los grados 18°, 30° y 33° del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. La Orden Illuminati intenta que esos grados conduzcan a sus miembros a romper las cadenas que los esclavizan en el camino hacia su Dios interior, un Dios que nada tiene que ver con el Dios dogmático de los cultos de esclavos, como el cristianismo, el islam... Nuestros landmarks masónicos, que son los pilares del trabajo esotérico, están contenidos en el Liber Zión y en Los Mandamientos de los illuminati.

«Illuminati, illuminati, illuminati», escuchó Holbein en el interior de su mente.

Balkis tomó aire y prosiguió.

—... Esos planteamientos nos han creado algunos problemas en España: difamaciones, persecuciones, agresiones... España es un país muy complicado para los que tenemos creencias distintas a las que defiende la Iglesia católica. Los cabalistas judíos o los herejes del medievo fueron difamados, perseguidos y quemados en las hogueras de la Inquisición. Igualmente, otros hermanos de épocas pasadas no encontraron otro lugar que las hogueras de la Inquisición española. Muchos de nuestros hermanos de la II República fueron difamados, perseguidos y fusilados por el régimen de Franco. En décadas pasadas, los españoles aún difamaban a los protestantes y los judíos, e inventaban mentiras que justificaban posteriores asaltos a sus templos. Con nosotros han desarrollado la misma estrategia. Primero nos difamaron y luego nos asaltaron la central en varias ocasiones.

Balkis se detuvo y Richard asintió con la cabeza, dando a entender que sabía de qué le hablaba. Recordó los casos de judíos, conversos, brujas, masones, protestantes y de otros muchos grupos que por sus creencias habían sido perseguidos en España. Incluso recordó haber leído una noticia sobre un asalto a un templo protestante de Sevilla en los años cincuenta, o de asaltos más recientes a sinagogas judías y mezquitas musulmanas.

—Tengo entendido que el Estado español ahora vuelve a tener un talante poco democrático en estas cuestiones —replicó Richard.

—Nada democrático, porque se vuelve a no respetar la diferencia. Nuestros problemas parten del momento en que el Partido Popular, un nido de ex franquistas, opusdeístas y ultraconservadores, tomó el poder. El presidente del Partido Popular, Manuel Fraga, es un ex ministro de Franco. El abuelo del presidente del gobierno José María Aznar, Manuel Aznar, era el periodista preferido de Franco y su mujer, Ana Botella, está asociada a las sectas ultracatólicas del Opus Dei y los Legionarios de Cristo. Otros ministros y ex ministros del Partido Popular como Isabel Tocino, José Manuel Romay, Loyola de Palacio o Federico Trillo son miembros del Opus Dei. También lo es el jefe de la Policía Nacional, Juan Cotino; el fiscal general del Estado, Jesús Cardenal; y bastantes cargos de la formación nacionalista catalana Convergencia i Unió y de la formación nacionalista vasca Partido Nacionalista Vasco, ambas enfrentadas al nacionalismo español del Partido Popular. Por eso, la presión y los ataques contra los no católicos no han cesado del todo —explicó sóror Balkis sin apenas gesticular.

Richard de pronto escuchó en su interior varias repeticiones de dos frases maestras, la primera de Adam Weishaupt: «El nacionalismo ocupó el lugar del amor al prójimo. El nacionalismo sectario jamás puede ser progresista.» Luego pensó que el credo dogmático de la Iglesia católica y el pasado inquisitorial y franquista de España pesaban de alguna forma sobre todos los conservadores españoles, más allá de la militancia nacionalista que tuviesen.

—¡Qué interesante! La verdad es que yo, desde que llegué a España, he tenido la impresión de que existe un ambiente muy conservador. Un poder tan conservador es peligroso. Es cierto que la unión en el poder de los conservadores de la Iglesia católica y el Opus Dei puede provocar que un Estaco acabe por no respetar a los que son diferentes —afirmó Richard de forma categórica.

En ese momento, Balkis mostró a un expectante Holbein un artículo de prensa del periódico español *El Mundo*, donde se informaba de que la productora *El Mundo TV* en ese mayo de 2001 había infiltrado a periodistas en la Orden Illuminati para grabar una iniciación. Richard leyó con atención el artículo y pensó que aquella forma de proceder no parecía normal en un Estado democrático, en que los derechos de las minorías debían estar garantizados.

Después sóror Balkis puso en las manos de Richard otro artículo de *El Mundo* de finales de octubre de 2000, en el cual se informaba sobre un asalto brutal a la sede central de la Orden Illuminati por unos extremistas neonazis.

Richard empezó a inquietarse. Una cosa grave era que el Estado tolerase el acoso y las molestias a minorías llevadas a cabo por televisiones o periódicos más o menos amigos, y otra cosa que no actuase con contundencia ante semejantes actos, propios de un salvajismo medieval.

Sóror Balkis, por último, le enseñó otros dos documentos, un libro y un recorte de periódico, que trataban sobre repetidos intentos de infiltración del CESID (servicio de inteligencia español) en la Orden Illuminati desde 1996. El poder había utilizado todos los resortes posibles para dañar a los illuminati: saqueos y asaltos nazis de

la central, grabaciones con cámaras ocultas, etc., con el ánimo de destruirlos, porque su ideología era contraria al esclavismo y al dogma católico de quienes mandaban en España.

—Hace años detecté que los ultraconservadores de la Iglesia católica y el Opus Dei habían ganado terreno y se habían empezado a infiltrar en la masonería para adulterarla y reconducirla hacia el conservadurismo y el tradicionalismo. Veo que en España los opresores dominan la escena y persiguen a los illuminati. ¿Qué se sabe de la masonería y derechización en España? —preguntó curioso Richard.

Sóror Balkis respondió al eterno Holbein que en España la masonería había sido muy revolucionaria y que los conservadores, fascistas, etc., se infiltraron en ella para reconducirla. Le habló de Antonio del Villar Massó, quien había alcanzado el cargo de Gran Maestre del Gran Oriente Español durante la transición española, a pesar de ser un ex miembro de la Falange. Richard recordó al instante que la transición española había sido una mera reforma del Estado franquista, convenientemente amarrada para evitar problemas. Sóror Balkis le mostró un libro titulado *Los espías de madera*, de Fernando J. Muniesa, donde se aclaraba el caso Villar Massó y la infiltración en la masonería española de elementos fascistas relacionados con el SECED (servicio de inteligencia franquista) y el CESID, entre otros. La obra, en alusión a Villar Massó y a estas cuestiones, afirmaba: «Al menos era bastante contradictorio que todo un camarada al corte "hedillista" (corriente fascista de la Falange) de Villar Massó hubiera basculado tanto como para llegar a ser nada menos que Serenísimo Gran Maestre del Gran Oriente Español. [...] Aquel singular masón también había procurado su previa reconversión en disciplinado militante del socialismo clandestino, lo que cubría perfectamente su perfil de credibilidad. [...] Punto y aparte eran los emolumentos que recibía de los servicios secretos desde la época del SECED franquista.»

Al leer aquello, Richard Holbein no tuvo la mínima duda sobre el peculiar carácter del Estado español, el gran dominio de los conservadores con el gobierno del Partido Popular y el riesgo que suponía ser diferente y buscar la palabra Perdida en aquellas latitudes. Entonces se acordó de la palabra perdida, el gran misterio que lo tenía frente a Balkis.

—La palabra perdida... Ufffff, la palabra perdida. Hermana Balkis, me he reunido contigo para encontrarla y no hemos hablado de ella. Durante mi estancia en Barcelona, he verificado que es aquí donde debo encontrarla. En mis investigaciones sobre mitología, he descubierto que Hércules llegó a las costas de Barcelona procedente de Libia, que desembarcó a los pies de Montjuic y que fundó Barcelona. El nombre de Barcelona es una variante de Barca-nova, la novena nave que trasportó a Hércules hasta Barcelona. Barcelona permanece ligada a Hércules, quien a su vez está unido a Prometeo, el «portador de la Luz», una variante de Baphomet. Durante mis paseos por Barcelona y la villa Olímpica, he descubierto muchos símbolos reveladores: las torres olímpicas, la pirámide, el pez amputado... Los illuminati de Estados Unidos me indicaron por demás que Baphomet se revelaría en Barcelona en 1999 ante unos nuevos illuminati, vosotros, y que entonces podría encontrar la palabra perdida, la anhelada palabra perdida. ¿Cuál es la misteriosa palabra perdida, hermana Balkis? —preguntó Richard por fin con vacilaciones, observando el azul profundo de los ojos de Balkis tras su explicación. Sóror Balkis miró a Richard. —¿Tú qué crees, hermano? —respondió. —Pues no lo sé —afirmó Richard—. Estoy aquí porque deseo encontrarla.

Balkis, de pronto, le mostró a Richard el Liber Zión, un texto revelado por Baphomet al frater Prometeo que contenía los landmarks de la Orden Illuminati, y le volvió a repetir la pregunta: «¿Tú qué crees, hermano?» Richard recordó que la palabra perdida debía encabezar el nuevo texto revelado por Baphomet a los illuminati, se dio cuenta de que estaba ante la palabra perdida y sintió una sensación extraña, mareo, dolor de estómago e indisposición.

Enseguida se cayó del asiento y notó un dolor de esto mago enorme. Acababa de encontrar la palabra perdida, pensó estirado boca arriba en el suelo mientras sentía la presencia fantasmal de todos los grandes maestros. Acababa de encontrar una palabra perdida que llevaba buscando desde que Saint-Germain lo convirtió en eterno.

—Es Zíonnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnn —exclamó poseído, dando un chillido que alertó de nuevo a los transeúntes.

—Zíonnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnn —volvió a chillar.

—Zíonnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnn —exclamó por tercera vez.

Sóror Balkis asintió con la cabeza sonriendo.

Richard empezó a temblar sin contener su emoción, y lloró como un niño pequeño. Volvió a sentir la presencia de todos los grandes maestros, y su mente recorrió en un instante todos los lugares por donde había viajado en los últimos trescientos años hasta llegar a aquel momento, hasta aquel anhelado momento.

**

El eterno Holbein desafió al entorno. Tras descubrir la palabra perdida, decidió quedarse en Barcelona durante el verano del año 2001 para leer y estudiar detenidamente el Liber Zión. La Orden Illuminati había aguantado las persecuciones y por aquellas fechas ya se había extendido a más de quince países. ¿Por qué él, que incluso había participado en la toma de la Bastilla durante la Revolución francesa, iba a huir como un cobarde de la España del Opus Dei?

En los días más calurosos del verano de 2001, Richard inició la lectura del Liber Zión. La primera parte no tenía desperdicio. En sus primeros párrafos apuntaba:

«1. Achaita, revelación divina.

»2. Éste es el nuevo libro sagrado de la Humanidad.
»3. Y tú eres el mesías, el jefe visible de la Gran Logia Oculta.
»4. Yo, tú y los Jefes Secretos somos la cadena antigua de la Humanidad.
»5. Pero tú eres el jefe visible que será la trompeta que encontrará oídos en los confines de la Tierra y el Universo.

»6. Te entrego el Liber Zión para que sea el Liber de la Nueva Era de Zión, el Liber de la Humanidad futura.
»7. ¡Oh, Hierofante, grande entre todos los sabios y grandes maestres del Universo, entrega el Liber Zión a Los Illuminati para que su Luz alcance extensión y eternidad!
»8. El Liber Zión es el Liber de la Humanidad futura, que llegará por medio de vosotros, Los Illuminati, a los confines de la Tierra y el Universo.
»9. El Liber Zión será la Luz eterna de los siglos venideros y de las civilizaciones del mañana de la Tierra y de todo el Universo.

»10. Yo, Baphomet, met, met, met, hasta el infinito, junto a ti, joh, mesías de la Gran Logia Oculta!, somos el reverso del nazareno y la cadena antigua de la Humanidad.

»11. Roma fallecerá, Jerusalén arderá y la razón se quebrará. Y mi Ley, la Ley de Zión, será aclamada por la Humanidad entera, porque yo, Baphomet, el dios del Templo de Salomón, soy el dios único y verdadero. Escupo sobre las sombras y la esclavitud de los demás.»

Holbein se quedó perplejo. El mensaje del Liber era para toda la humanidad e instaba a los illuminati a extenderlo. Además, proclamaba a Baphomet como Dios único y verdadero y el inicio de una nueva era contraria al esclavismo religioso.

Richard continuó leyendo la primera parte del Liber Zión, que decía:

»21. Azotad, pues, las conciencias de los esclavos con la palabra sagrada, Zión, y su mensaje: Libertad. Y no retrocedáis ante el polvo y los suspiros del Universo. Ellos son un momento en medio de la eternidad de mi Creación.

»22. La Vieja Humanidad espera y yo, Baphomet, lo sé. 33 años tienes y tendrás para extender el Liber Zión por los confines de la Tierra y el Universo, y los tuyos, que son los míos, que lo extiendan en los siglos venideros.

»23. La nueva Ley suple a la antigua Ley. La nueva Ley es la Luz y la Libertad de la cadena antigua de la Humanidad. Es la Llama, el Fuego, la Luz Primordial. Es la ruta de Egipto, de Salomón, de los constructores medievales, de Los Templarios, de los masones iniciados... Sus templos tienen pilares eternos y ocultos que rinden culto a Zión.»

Tras leer los últimos párrafos de la primera parte del Liber Zión, al eterno Holbein ya le resultaba evidente que la palabra perdida no podía ser otra que Zión y que el número 33 que aparecía en el texto poseía unas connotaciones especiales. Simbolizaba los 33 años que tiene un ciclo solar completo, donde el hombre-Dios muere y renace. Un dato revelador era que el templo de Salomón fue profanado a los 33 años. Resultaba claro que existía un nexo entre Zión, los mitos solares, los illuminati y el templo de Salomón.

De la segunda parte del Liber Zión, Richard escogió dos Párrafos muy significativos:

»10. Zión es el final de la cruz, de la estrella y de la media Luna. Zión es el principio del Reino de la Luz Primordial. Zión es la Ley y la palabra de Baphomet.

»12. Los próximos siglos y milenios sólo conocerán una Palabra: Zión.»

Otra vez resultaba obvio que la palabra perdida era Zión y que ésta conducía a una especie de nueva era de Zión donde los cultos de esclavos no tenían lugar. ¿Qué relación existía entre la tumba de Hiram Abiff y su tesoro con esa nueva era? ¿Y con la palabra Zión? En cualquier caso, tras la nueva lectura, Holbein ya no tuvo la más mínima duda de que debía emprender la búsqueda de la tumba de Hiram Abiff, ante la evidencia incuestionable de que había descubierto la palabra perdida. Tampoco tuvo ninguna duda de que la Iglesia católica, el Opus Dei y fascistas varios, por su mentalidad retrógrada y dogmática, habían intentado destruir a los illuminati españoles y todo lo que ellos significaban, de la misma forma que podían intentar destruirle a él. Zión debía resultar muchísimo peor a sus ojos que cualquier obediencia o logia masónica convenientemente infiltrada y controlada. Se hablaba de una nueva era, del final de la cruz...

Holbein leyó y estudió la tercera parte del Liber Zión, de la cual escogió varios párrafos significativos:

»20. Ley que castigará a los usurpadores, a los amos de esclavos y a los falsos profetas.

»11. Serán malditos por los siglos los que han atentado y atenten contra mí, el Eterno, el dios verdadero.

»12. Serán malditos por los siglos los que atenten contra ti y los tuyos.

»13. Serán malditos por los siglos los que atenten contra todos nosotros, la cadena antigua de la Humanidad.

»14. Serán malditos por los siglos los que atenten contra Zión y su ley eterna. [...]

»21. Para las civilizaciones de la Tierra y el Universo, que la Luz de Zión sea entregada.»

Los últimos párrafos del Liber eran muy duros contra los enemigos de Zión. Holbein recordó algunas informaciones de prensa que mostraban que varios de los implicados en las persecuciones de la Orden Illuminati habían terminado denunciados como mafiosos, nazis y otras veleidades, tal como profetizaba el Liber Zión. De aquellos últimos párrafos, a Richard también le llamó la atención la frase «que la Luz de Zión sea

entregada». Richard Holbein no dudó de que, con la palabra perdida hallada, había llegado el momento de buscar la tumba de Hiram Abiff y el tesoro, porque allí podía estar la Luz mencionada.

Cuando el eterno Holbein finalizó el estudio del Liber Zión a finales del año 2001, sus ideas se aclararon. Extrajo la conclusión de que Zión era un topónimo de Israel y que debía buscarlo en un mapa para averiguar dónde se encontraba la tan anhelada tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros. También pensó que la segunda fase de la búsqueda tenía que pasar por ir a Israel y conseguir encontrar la tumba y el tesoro, para así acceder a la Luz que debía ser entregada a la humanidad. Sin consultar por el momento a la Orden Illuminati y a los illuminati de Estados Unidos, Richard Holbein compró un mapa de Israel en una tienda barcelonesa, preparó su vuelta a Inglaterra en un par de días, se marchó a Londres en el primer vuelo que consiguió y comenzó a buscar los topónimos de Israel denominados Zión con ansias impropias de un iniciado.

**

Al regresar a Londres y arribar a su mansión, antes de profundizar en la búsqueda de topónimos de Israel denominados Zión, Richard, no obstante, buscó momentos de relajaron y recordó sus experiencias en Barcelona. Rememoró la belleza de sus edificios y monumentos góticos, modernistas y románticos; a sus hermanos de la Orden Illuminati; a la bellísima sóror Balkis; el ambiente ultraconservador, con el Opus Dei y los Legionarios de Cristo mandando entre bastidores; a los infiltrados en la masonería, como Villar Massó, esparciendo doctrinas tradicionalistas; a las revistas de esoterismo barriobajero; e, incluso, un caso que había conocido en los últimos días: el del famoso ex miembro de Banesto Mario Conde. Éste, sin pruebas, había sido asociado a los illuminati en diferentes medios de comunicación y por el mismísimo CESID. Conde era masón desde su iniciación en el grado de Aprendiz el 15 de noviembre de 1980 y Maestro Masón desde el 17 de julio de 1981, y había constituido la Logia Concordia 4 un ya lejano 6 de noviembre de 1982, junto a otros hermanos de la Gran Logia de España, como Fritz Steinberg y Mauricio Barasil. Tras ser depuesto de su cargo en Banesto, había sufrido un calvario, según muchos por su condición de masón. Richard, pensando en el peculiar banquero, que también había tenido relación con presuntos miembros de la logia masónica irregular P2 del italiano ex camisa negra fascista Licio Gelli, como el italiano Schim-berni, concluyó que los españoles tenían un carácter especial y se relajó mirando el techo.

**

La primera noche de estancia en Inglaterra, Richard tuvo un extraño sueño, uno más de sus extraños sueños. En su inicio, andaba en medio de unas brumas y una luz aparecía al fondo. Él la intentaba encontrar pero no podía. Al final, se tropezaba con un rótulo con la palabra Zión en mayúsculas y el numero 1999. Detrás del rótulo, a unos seis metros de distancia, había una tumba con las iniciales H. A. y la cifra 2002. Un hombre alto bebía una copa de champán al lado de la tumba y luego levantaba la lápida señalando su contenido. Tras dirigir su mirada al interior de la tumba, Richard observaba un extraño pergaminio envuelto en un humo muy denso que le impedía ver el presunto mensaje secreto que escondía. Entonces, justo entonces, el hombre alto cerraba la tumba y le decía a Richard: «Richard, Israel es la clave masónica que conduce a Zión y a esta tumba sagrada. Debes acudir a ese país en octubre de 2002.»

Al final, Richard se puso nervioso en medio del sueño y sintió cierto miedo. Marchó corriendo hacia el lugar de donde partía y fue a parar a una especie de cementerio. Allí reposaban los restos de ilustres iniciados de la tradición occidental: Adam Weishaupt, el conde de Cagliostro, Aleister Crowley, el conde de Saint-Germain, el Maestro R... Cuando las tumbas se abrieron sin previo aviso, Richard se despertó de un sobresalto, sudando y muy asustado.

En medio del silencio de la noche, especialmente acentuado en su mansión, el eterno Holbein empezó a pensar que desde hacía siglos el otro lado de la realidad controlaba el mundo de las formas y su destino, y que los hombres escogidos no tenían más remedio que servir a sus Maestros Secretos, los famosos Superiores Desconocidos. Por unos momentos, recordó al extraño conde de Saint-Germain y a los illuminati de todas las épocas, al igual que a los hermanos de la Gran Logia de Londres, del Club del Fuego del Infierno, del Gran Oriente de Francia, de la masonería egipcia...

Tras tomar un té con limón, se relajó, concilio otra vez el sueño y durmió once horas sin parar. El descanso le sentó bien, muy bien.

De hecho, al día siguiente, pudo empezar a centrar todas sus energías en la búsqueda de los topónimos de Israel denominados Zión.

EL CAMINO HACIA ZIÓN

«Oh Jerusalén, a ti quisiera ir eternamente...»
Anónimo

Enero de 2002. Yalding, Inglaterra

Encontrar el nombre Zión en un mapa de Israel no estaba resultando tan sencillo como Richard había imaginado. Después de tantos años de búsqueda, con todas las vicisitudes que había tenido que pasar y los miles de kilómetros que había recorrido tras la palabra perdida, para alcanzar la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros... un simple problema idiomático le estaba frenando.

—Vamos a ver... —hablaba para sí mismo Richard—. Si soy por sentado que Zión es lo mismo que Tzión, debo ampliar mi búsqueda... Claro que depende del idioma en que esté escrito el mapa. ¡Maldita sea!

Ni siquiera Internet solucionaba sus problemas, ya que había encontrado incluso un parque nacional llamado Zión en Estados Unidos y cientos de alusiones a la palabra incluidas en páginas web de grupos y sectas cristianas que aludían a pasajes bíblicos.

A todo esto, había que añadir la delicada situación política que existía en Israel, con una guerra encubierta entre los extremistas palestinos y el gobierno israelí. Ambos bandos estaban encabezados por dirigentes muy especiales: por un lado Yasser Arafat, quien después de muchos años continuaba controlando los designios del pueblo palestino sin dar opción a elección alguna, y por el otro Ariel Sharon, un militar israelí acusado de ordenar las matanzas de los campos de refugiados de Shabra y Shatila y no demasiado proclive a las negociaciones. Con ese panorama, salpicado de atentados palestinos suicidas en las principales ciudades de Israel y con incursiones sangrientas del ejército israelí en los territorios palestinos, un viaje al Próximo Oriente era casi como jugar a la ruleta rusa.

Dispuesto a conseguir su objetivo y a no dejarse adueñar por el pesimismo, Richard Holbein intentó obtener el máximo de información sobre los lugares que había encontrado con el término Zión en su composición. Finalmente, se quedó con sólo cuatro: Shavei Zion, Bnei Zion, Rishon Lezion y Mevasseret Zion. En algunos casos, la escritura de los nombres variaba, como ocurría con Mevasseret Tzion o Rishon Letzion, pero tal y como le explicaron en las dependencias de turismo de la embajada israelí de Londres, ello era debido a las imperfectas y arbitrarias traducciones que se hacían de los topónimos.

Fue precisamente en uno de sus viajes a Londres en busca de mapas actualizados, cuando pudo conocer una obediencia masónica judía de la que no había oído hablar. La masonería, extendida por todo el mundo, también tema correspondencia judía en la B'nai B'rith. Como venía siendo habitual, la información le llegó de una forma casual. Después de estar media tarde consultando mapas en una librería especializada en viajes, Richard se dirigió a la Gran Logia de Londres con la intención de asistir a una tenida, como en tantas otras ocasiones había hecho en los últimos meses. A pesar de no acabar de sentirse a gusto en estas reuniones, por el hecho de no compartir la tradición que seguían, era la única forma de estar en contacto con otros hermanos masones, algo que para Richard podía ser de utilidad en su búsqueda. Ese día, y a pesar del gran tráfico de la ciudad, llegó con casi una hora de anticipación, así que decidió dedicar tiempo a buscar datos en su biblioteca. Al entrar, vio que uno de los ordenadores que había en la estancia estaba libre y se le ocurrió que podía consultar algún diario israelí a través de Internet. Dicho y hecho, Richard se conectó con el Jerusalem Post online, donde pudo leer consternado cómo la escalada bélica en la zona seguía imparable.

Curiosamente, y a pesar de lo peligroso que podía ser viajar por aquella zona del planeta, Richard sentía cada vez más algo que identificaba como la llamada de sus raíces; tenía la necesidad de viajar a Israel, con el más íntimo y profundo convencimiento de que, además de ser el lugar donde encontraría la tumba y el tesoro, hallaría también una parte de sí mismo.

Ojeando casi sin prestar atención los artículos del Jerusalem Post vio, de repente, algo que le llamó la atención. En un anuncio pudo leer que el presidente internacional de la B'nai B'rith se encontraba en Jerusalén visitando una logia de la organización. ¿Una logia? Aquello tenía que ver, sin duda, con una obediencia masónica, así que Richard decidió buscar más datos sobre el asunto. El encargado de la biblioteca le indicó que, mejor que leer sobre el tema, podía solicitar más información a uno de los hermanos que también se encontraba justamente en la biblioteca entonces.

—¿Ve usted al hermano que se encuentra en la mesa del fondo? —le preguntó el bibliotecario mientras señalaba discretamente hacia el lugar indicado—. Es el hermano Benjamin Stein. Él podrá explicarle lo que necesite.

Richard se dirigió hacia la mesa en cuestión y, después de sentarse frente a su ocupante, dijo en voz baja:

—Mi nombre es Richard Holbein y el encargado de la biblioteca me ha dicho que podrías ayudarme en mi búsqueda. Quizás puedas ayudarme a saber algo más sobre una organización llamada B'nai B'rith.

—¡Oh, sí, Hermano! Mi nombre es Benjamín Stein y puedo ayudarte. A pesar de no pertenecer a esa organización, conozco algo de su historia —respondió amablemente Benjamín.

—Deduzco, y tú me corregirás si estoy equivocado, que la B'nai B'rith es una obediencia masónica... —dijo Richard. —No te equivocas. Efectivamente, es una obediencia masónica. Y, además, con unos cuantos años de antigüedad. La B'nai B'rith nació en octubre de 1843, en Nueva York, de la mano de doce inmigrantes judíos alemanes que la fundaron con la intención de ayudar a otros judíos que se encontraran en su misma situación, es decir, recién llegados de otro país. Otras versiones explican que esos doce judíos se reunieron concretamente en el Sinsheimer's Cafe de Nueva York para fundar una masonería hebrea, ya que en el siglo xix muchos de ellos no podían ingresar en la masonería por su condición de judíos. En cualquier caso, la B'nai B'rith, los «hijos de la alianza», como ellos se autodenominan, trabaja hoy en día al servicio de la comunidad judía en todo mundo, y tiene logias en cincuenta y ocho países.

—Vaya, no tenía noticias de ello —afirmó sincero Richard—. ¿Puedes explicarme algo más?

—Poco más, de hecho. Mi abuelo formó parte de la que tienen en Londres. Él me explicó que la B'nai B'rith trabajaba duramente para erradicar los actos racistas que habitualmente se producen contra los judíos. Los hermanos de esa obediencia comenzaron defendiendo los derechos de los judíos en la época de la guerra civil americana y, sobre todo, durante la Segunda Guerra Mundial. Gracias a su trabajo, muchos niños y niñas huérfanos pudieron tener casa y educación, y un genocida como Dinko Sakic, que dirigió el campo de exterminio de Jasenovac, el «Auschwitz de los Balcanes», pudo ser juzgado en 1999, después de haber vivido escondido durante décadas en Argentina.

—Es verdaderamente interesante lo que explicas —añadió Richard—. Tengo ascendencia judía y por ello me siento muy cercano a todo lo relacionado con el pueblo judío. Muchas gracias por todo lo que me has explicado, Benjamin.

—No hay de qué, Richard. Una última cosa. Hace pocos días me enteré de que en Israel la B'nai B'rith contaba con un nuevo presidente llamado Ariel... A ver si me acuerdo... ; sí, Ariel Bar Zion.

¡Richard casi saltó de la silla al oír la palabra Zión! Intentando conservar la compostura, dio de nuevo las gracias al hermano Benjamin por sus explicaciones y salió del edificio en busca de aire fresco.

**

Tras aquel encuentro, Richard se dedicó a leer sobre Israel, sobre su historia y a repasar libros que hablaban sobre los tiempos bíblicos. El año transcurrió lentamente, entre libros, mapas y viajes a Londres. Por fin, a finales del verano de 2002, Richard Holbein comenzó a preparar el que sería el viaje más importante de toda su búsqueda y de toda su larga vida inmortal. Una vez encontrada la palabra perdida, podría dar con la tumba del Maestro Masón Hiram Abiff y, en ella, encontraría el tesoro de los tesoros del que hablaba el libro del conde de Saint-Germain. Haciendo uso de la dirección que le había proporcionado el conde años atrás, en su encuentro en el Gran Cañón del Colorado, en Estados Unidos, Richard le había informado de todos sus hallazgos a través de diversas cartas y, en su última misiva, le informó de su próximo viaje a Israel. Saint-Germain nunca había respondido a su correspondencia, pero, a pesar de ello, Richard tenía el convencimiento de que la había leído.

El 7 de septiembre los diarios del día no traían buenas noticias: «Al menos cuarenta tanques israelíes y vehículos blindados incursionaron en la franja de Gaza y se han apostado en el pueblo de Dahr al-Balah.» Como venía ocurriendo en los últimos tiempos, la situación en Israel era muy delicada. Por otro lado, el deseo de Estados Unidos de atacar Irak, por considerar ese país asiático como uno de los componentes del «eje del mal» junto a Corea del Norte e Irán, tampoco ayudaba a calmar la situación mundial. Sin duda, el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York un año atrás, el 11 de septiembre de 2001, había disparado las alarmas en los países occidentales. La reacción del país norteamericano no se hizo esperar y la invasión de Afganistán para capturar a los terroristas de Al-Qaeda, responsables del terrible atentado de Nueva York y liderados por el saudí Osama Bin Laden, enrareció todavía más las tensas relaciones con los países musulmanes. Richard, como tantos otros ciudadanos del mundo, nuevamente veía repetirse las antiguas rencillas entre el mundo oriental y occidental, que disfrazaban esta vez los claros deseos de Estados Unidos de controlar las reservas de petróleo y gas del planeta. Todas estas cuestiones repercutían en la situación de Israel y Palestina, ya que Bin Laden había aludido varias veces al problema palestino.

Un mes después, el 7 de octubre, justo el día en que el ejército israelí realizaba una nueva incursión en la franja de Gaza con helicópteros, que causó la muerte de catorce personas en el campo de refugiados Al Amal de la ciudad de Jan Yunis, Richard Holbein embarcó en un avión que le conduciría al aeropuerto Ben Gurión de la ciudad de Tel-Aviv.

Tras un viaje tranquilo, llegó a Israel y enseguida pudo comprobar lo duro que podría ser moverse por el país. Como todos los demás viajeros que habían compartido avión con él, tuvo que armarse de paciencia y ver cómo los policías del aeropuerto registraban minuciosamente su equipaje y observaban con detenimiento su pasaporte. Al fin, pudo dirigirse a una empresa de alquiler de coches, donde consiguió un vehículo con el que desplazarse con más libertad por el país, si es que se lo permitían. En esta ocasión, el coche elegido fue un sencillo utilitario, no demasiado grande, que le permitiría pasar más inadvertido en sus viajes.

Siguiendo las bien señalizadas carreteras, se dirigió hacia Tel-Aviv para completar su búsqueda histórica y tomó alojamiento en el Center Hotel, en la Zamenhoff Street. El otoño había comenzado ya, pero, a pesar de ello, en la ciudad todavía hacía bastante calor, incrementado por la humedad del mar. Tel-Aviv era una ciudad joven, que había crecido junto a una de las más antiguas poblaciones de la zona, Yafo, la antigua Jaffa. En el hotel, Richard pudo leer en uno de los diversos folletos turísticos que, de acuerdo con la leyenda cristiana, Jaffa debía su nombre a Japheth, hijo de Noé, quien construyó la ciudad después del Diluvio. Otra explicación de su origen indicaba que Jaffa venía de «Yofi», palabra hebrea que significa «belleza». En cualquier caso, no cabía duda de que la ciudad era antigua. Recibió la visita de ilustres nombres como Ricardo Corazón de León o el mismísimo Napoleón, y acabó arrasada en diversas ocasiones debido a su estratégica posición en la costa. Por último, tras el nacimiento del Estado de Israel y la ciudad de Tel-Aviv, Jaffa, que había estado habitada mayoritariamente por ciudadanos árabes, fue anexionada a la capital israelí. De esa forma, el puerto de Jaffa perdió importancia, para cedérsela al de Tel-Aviv, y quedó únicamente como puerto para los pescadores. A cambio, la antigua ciudad de Jaffa fue reconstruida y conservada para la posteridad.

Richard pasó en Tel-Aviv cerca de dos semanas, acostumbrándose de nuevo al clima del Asia mediterránea y sintiendo una gran nostalgia de su paso por la antigua Persia, ahora llamada Irak. ¡Cómo había cambiado todo! El que había sido un magnífico país se hallaba bajo el dominio de un dictador llamado Saddam Hussein, un hombre que había sido capaz de masacrar a la población kurda que habitaba en su Estado y que mantenía una postura independiente y beligerante ante el imperialismo de Estados Unidos. Eso, y dirigir los designios de uno de los mayores productores de petróleo del mundo, habían convertido a Saddam en el enemigo público número uno según el actual presidente norteamericano, George Bush, hijo de otro presidente del mismo nombre que luchó también contra Saddam Hussein en 1991 durante la guerra del Golfo.

Desde entonces, los iraquíes vivían bajo un embargo internacional que había causado un empobrecimiento enorme y la falta de alimentos básicos, de medicamentos... Richard no podía acostumbrarse a la barbarie de

las guerras, por muchas que hubiese visto y vivido en su larga vida, ni tampoco podía entender cómo la lucha por el poder económico había barrido, literalmente, los valores más importantes de la humanidad, como la libertad o la igualdad.

Intentando sobreponerse a su desánimo, Richard preparó sus siguientes movimientos, que le habrían de conducir a las poblaciones que tenían la palabra Zión en su composición. Así, dejó Shavei Zion para más adelante, pues se encontraba muy al norte, y comenzó por Bnei Zion, que resultó ser una pequeña población, a pocos kilómetros de Ra'anana, no muy lejos de Tel-Aviv.

Richard no encontró nada que le sugiriera la posibilidad de que allí pudiera estar la tumba de Hiram Abiff. Además, toda aquella zona era muy nueva y los asentamientos no tenían ni cien años de antigüedad. Volvió entonces hacia el sur, y desde Ra'anana se dirigió a Rishon Lezion.

Israel, sin duda, le estaba mostrando que la historia se compone de las pequeñas cosas, y que los hechos de hombres y mujeres anónimos habían forjado el país. Ese era el caso de Rishon Lezion, fundada por diez inmigrantes rusos en 1882. Hasta allí llegó el dinero del barón Rothschild, judío de gran fortuna, que transformó unas tierras inertes en una de las zonas vinícolas más importantes de la época. En cualquier caso, Richard pudo comprobar nuevamente que la ciudad no tenía más historia que ésa y que, anteriormente, allí no había existido ningún asentamiento ni nada que pudiera darle pista ninguna.

Estaba claro que no iba a resultar tan fácil dar con el lugar donde debía encontrar la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros. Molesto por su poca destreza y con una comezón interior que le impulsaba a seguir viajando, Richard decidió continuar hacia el sur del país, ya que, además, las noticias sobre el futuro de la violencia en Israel en la zona norte no eran demasiado buenas. Sin ir más lejos, un atacante suicida había matado el día anterior a tres soldados israelíes en la entrada del asentamiento judío de Ariel, en la parte norte de Cisjordania. La respuesta no había tardado y el mismo día dos palestinos habían muerto en la ciudad cisjordana de Naplusa, tras la incursión de una unidad especial israelí en el barrio de Ras al-Ain.

Richard se dirigió a Be'er Sheva, una de las ciudades más antiguas del mundo. Durante días, se dedicó a conocer todos sus rincones. Fue una de las primeras en formar parte del nuevo Estado de Israel. También pudo visitar las increíbles excavaciones que datan del IV milenio antes de nuestra era, que muestran cómo vivían los habitantes de aquella zona en las llamadas poblaciones calcolíticas. Aquellos antiguos semitas cavaron viviendas subterráneas, aprovechando la poca dureza del terreno debido a la proximidad del río Be'er Sheva, para así evitar el clima extremo de la zona. La proximidad del desierto de Judea hacía que las temperaturas fueran muy altas, algo que no había cambiado en la actualidad.

A principios de noviembre, Richard Holbein llegó a la ciudad de Nevé Zohar, a orillas del mar Muerto, y se alojó en el Sheraton Moriah Nevé Zohar. Más que nunca, Richard sentía que se encontraba cerca de sus raíces y, también más que nunca, notaba en su interior un desasosiego que le hacía presentir lo cerca que estaba del final de una búsqueda que ya duraba cerca de trescientos años.

**

Estar junto al mar Muerto devolvió a Richard parte de su paz interior. Según pudo averiguar, una de las características propias del mar Muerto era que se encontraba a menos de cuatrocientos metros bajo el nivel del mar. La gran evaporación de agua había provocado su gran concentración de sal, aunque, por otra parte, en el mar Muerto la disminución de agua, que afluía del río Jordán, era constante. Todo ello había provocado un fuerte desequilibrio hidrológico, con un descenso de trece metros en los últimos sesenta años y una disminución de su superficie. Los israelitas habían sabido sacar partido de este fenómeno de la naturaleza promoviendo el turismo, tanto de placer como terapéutico, ya que los baños en esas densas aguas eran beneficiosos para tratar afecciones de la piel como la psoriasis.

Pero el mar Muerto también acogía en sus orillas joyas como Masada, las ruinas de una fortaleza judía que se defendió de los romanos en el año 73.

A bordo de su pequeño coche, y con el aire acondicionado funcionando a la temperatura máxima, Richard salió una mañana desde Nevé Zohar para visitar los restos de Masada. Cuando ya podía avistar desde la carretera el montículo donde estaba la fortaleza, detuvo el coche y leyó atentamente una guía publicada por el gobierno de Israel que había adquirido en el hotel: «Masada (término hebreo para "fortaleza") se encuentra en la cima de un peñón de roca aislado en el extremo occidental del desierto de Judea, que mira hacia el mar Muerto. Es un lugar de belleza árida y majestuosa.

»Hacia el este, el peñón cae a pique unos cuatrocientos cincuenta metros hacia el mar Muerto (el lugar más bajo de la tierra, a unos cuatrocientos metros bajo el nivel del mar) y hacia el oeste sobresale unos cien metros sobre el terreno de su alrededor. Los accesos naturales a la cima del acantilado son muy escarpados.

»La única fuente escrita sobre Masada aparece en La guerra de los Judíos de Flavio Josefo. Nacido en el seno de la familia sacerdotal de Josef Ben Matitiahu, Josefo era un joven líder al comienzo de la gran rebelión judía contra Roma (66 n. e.) cuando fue nombrado gobernador de Gálilea. Describe con detalle en el libro que logró sobrevivir al pacto suicida de los últimos defensores de Jodfat y se rindió a Vespasiano (quien poco después fue proclamado emperador). Bajo el nombre de Flavio Josefo, se convirtió en ciudadano romano y fue un exitoso historiador. Dejando de lado los aspectos morales, sus relatos han demostrado ser muy exactos.

»De acuerdo con Flavio Josefo, Herodes el Grande construyó la fortaleza de Masada entre los años 37 y 31 antes de nuestra era. Herodes, de origen idumeo, fue nombrado rey de Judea por sus sojuzgadores romanos y odiado por sus subditos judíos. Herodes, el gran constructor, "equipó esta fortaleza como un refugio para sí

mismo". Incluía una muralla de casamatas alrededor de la meseta, almacenes, grandes cisternas que se llenaban ingeniosamente con el agua de la lluvia, cuarteles, palacios y una armería.

»Unos setenta y cinco años después de la muerte de Herodes, al comienzo de la rebelión judía contra los romanos en el año (66 n. e.), un grupo de judíos rebeldes dominó a la guarnición romana de Masada. Después de la caída de Jerusalén y la destrucción del templo (70 n. e.), se unieron a ellos celotes y sus familias, que habían huido de Jerusalén. Con Masada como base, hostigaron a los romanos durante dos años. Entonces, en el año 73, el gobernador romano Flavio Silva marchó contra Masada con la Décima Legión, unidades auxiliares y miles de prisioneros de guerra judíos. Los romanos establecieron campamentos en la base de Masada, impusieron un asedio a la fortaleza y construyeron un muro de circunvalación. Después, edificaron una rampa de miles de toneladas de piedras y tierra en el acceso occidental de la fortaleza, y en la primavera del año 74 hicieron subir por la rampa un ariete y batieron las murallas de la fortaleza.

»Flavio Josefo relata dramáticamente la historia que le contaron dos mujeres sobrevivientes. Los defensores —casi mil hombres, mujeres y niños—, dirigidos por Eleazar ben Yair, decidieron incendiar la fortaleza y morir antes que ser capturados con vida. "Y halláronse [los romanos] con una multitud muerta, pero no pudieron regocijarse en este hecho, a pesar de que los sin vida eran sus enemigos. No pudieron menos que admirarse ante el coraje de su resolución y la firmeza de su desdén por la muerte."»

La heroica historia de Masada y su dramático fin atrajo a muchos exploradores, que intentaban localizar restos de la fortaleza, al desierto de Judea. El sitio fue identificado en 1842, pero las excavaciones intensivas tuvieron lugar entre 1963 y 1965, con la ayuda de cientos de entusiastas voluntarios de Israel y de muchos países extranjeros, ansiosos por participar en esta excitante aventura arqueológica. Para ellos y para los israelíes, Masada simbolizaba la determinación del pueblo judío de ser libre en su propia tierra y una voluntad enorme, la misma que había necesitado y aún necesitaría Richard Holbein en su búsqueda de la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros.

**

Unos días después de visitar Masada, Richard siguió su viaje hacia el norte bordeando el mar Muerto. Así, tuvo el privilegio de cruzar paisajes increíbles teniendo como compañeros de viaje el mar, donde uno podía bañarse y no ahogarse por la altísima densidad de sus aguas, y el imponente desierto de Judea, la tierra donde nació Jesús, pasó su vida y encontró su muerte.

Al norte del mar Muerto, la huella cristiana comenzó a dejarse sentir. Se encontró con el monasterio ortodoxo Mar Saba, construido en el siglo v, y, por supuesto, con Qumram. En la comunidad de Qumram, junto al mar Muerto, vivía un grupo de judíos, los esenios, una especie de secta que algunos masones quisieron ligar con posterioridad a la propia historia de la masonería. Las cuevas de Qumram fueron abandonadas y selladas en el año 68 o 69 de nuestra era (poco antes de la destrucción de Jerusalén por los romanos). Estas cuevas fueron redescubiertas en la década de 1940 y en ellas se encontró un gran número de manuscritos: los manuscritos del mar Muerto.

En el invierno de 1946 a 1947, tres pastores beduinos descubrieron una cueva en la que encontraron una vasija de barro cocido. Al cabo de un tiempo, regresaron a la cueva y encontraron diez tinajas. Se iniciaban así los descubrimientos de Qumram, donde se llegaron a identificar unos ochocientos manuscritos, doscientas veinticinco copias de libros bíblicos y algunos escritos religiosos.

Richard había leído bastante sobre el tema de los famosos manuscritos del mar Muerto. Desgraciadamente, los oportunistas del esoterismo habían llegado a fabular grandes despropósitos, basándose en supuestos contenidos de papiros encontrados en las tinajas. Y acusaban a los arqueólogos, al gobierno israelí y a la Iglesia católica de no querer dar a conocer el verdadero contenido de los escritos, porque supondría la caída del poder de la Iglesia y se conocería la verdad sobre Jesús. Richard había llegado a acostumbrarse a las chifladas de los seudoesoteristas y lamentaba, sobre todo, la información fraudulenta que hacían llegar al gran público sobre tan interesante tema.

Tras llegar a la zona norte del mar Muerto, Richard Holbein tomó el camino que le conducía a Jerusalén, y sintió que ésa iba a ser una de las últimas paradas antes de finalizar su búsqueda. Y en Jerusalén sintió, todavía más, lo duro que era vivir en aquel país para todos sus habitantes.

Después de pasar las fiestas navideñas y fin de año encerrado en su hotel, con un ambiente extremadamente tenso entre israelíes y palestinos, el 5 de enero de 2003 Tel-Aviv vivió uno de sus más terribles atentados cuando dos bombas hicieron explosión en el centro de la ciudad y causaron veintidós muertos y más de cien heridos. A pesar de todo, Richard no se amedrentó, sabiendo que, a esas alturas de su búsqueda, y con todos los peligros que llevaba vividos en los últimos trescientos años, ya nada podría sucederle.

Todavía le quedaba visitar la localidad de Mevasseret Zion, situada a pocos kilómetros al oeste de Jerusalén. Casi convencido de que no encontraría nada, corroboró sus presentimientos cuando vio que Mevasseret Zion era lo que en Europa se llamaría una «ciudad dormitorio», aunque en este caso se trataba de un lugar de un gran nivel y con todo tipo de servicios. Era, por tanto, otra de las muchas ciudades nuevas y modernas que se habían construido en los últimos años, y no ofrecía ninguna pista respecto a la posible ubicación de la tumba de Hiram Abiff.

Lo único que le quedaba por investigar era la propia Jerusalén.

**

Si en algún lugar del mundo se hacía evidente la mezcla de culturas y religiones, ése era Jerusalén. Ciudad sagrada para judíos, cristianos y musulmanes, Jerusalén contaba con una larga historia salpicada de guerras, destrucción y épocas, en cambio, de gran prosperidad. Conservaba todavía parte de la muralla que la defendía desde épocas pasadas, aunque eso no había servido demasiado en algunas ocasiones. De hecho, la ciudad estaba minada de excavaciones que habían sacado a la luz multitud de fragmentos de las diferentes murallas que rodearon a la ciudad en diversas épocas, y también fragmentos y tumbas del primero y segundo templo.

Richard estuvo visitando la zona donde se suponía había estado levantado el templo de Salomón, es decir, el primer templo. Y pensó en el sancta sanctórum, donde, según los masones, estaba la tumba de Hiram Abiff. Pero también recordó que el conde de Saint-Germain le había insinuado otra ubicación...

Tras semanas de paseos, investigaciones y búsquedas infructuosas, y descartando la posibilidad de que la tumba de Hiram Abiff se encontrara en el lugar donde había estado el templo de Salomón (¡era demasiado obvio, por los comentarios de Saint-Germain!), Richard sintió que se encontraba en un punto clave de la investigación.

Y la noche del 13 de febrero de 2003, tuvo un extraño sueño que le sirvió para ya conducir su búsqueda hacia el lugar exacto donde se encontraba la tumba de Hiram Abiff. Soñó que estaba en una estancia oscura y fría, y vio ante sí a un hombre alto con el rostro oculto por la oscuridad. El hombre señaló hacia el fondo de la habitación, en concreto a una puerta que tenía encima unas letras luminosas, donde se leía claramente «Zión». Richard quiso preguntarle al hombre por aquello que señalaba, pero no tuvo tiempo, ya que pudo oír claramente las palabras: «Busca en el monte Zión. Allí encontrarás la puerta de Zión que te conducirá a la tumba. El tesoro de los tesoros te espera. Marzo será el mes del final de tu viaje.»

Cuando Richard despertó, empapado en sudor y con la boca seca y amarga, entendió el porqué de su aparentemente infructuosa búsqueda. El camino había sido largo y duro; había conocido a mucha gente y había adquirido muchos conocimientos. Sin todo eso, no habría podido llegar hasta allí. Como buen Aprendiz, había seguido los pasos adecuados para aprender y llegar a convertirse en Maestro y en alto grado masónico, y ahora, por fin, también podría recoger los frutos de un largo camino tras la palabra perdida, la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros.

Ante él todavía tenía casi tres semanas antes de dar su último paso hacia la tumba de Hiram Abiff y el tesoro. Tres semanas que decidió ocupar en conocer la zona norte de Israel, antes de que los conflictos bélicos que parecían avecinarse en Irak pudieran impedirlo.

LA TUMBA Y EL TESORO

«Que este Fuego sagrado nos ilumine, nos abrace y nos purifique.
Que destruya en nosotros todo lo que todavía tenemos
de imperfecto y que habiendo llegado a ser mejores
y dignos de Él seamos admitidos en el Misterio inefable.»

Ritual del grado 66º del Rito de Memphis-Misraim

Primera semana de marzo de 2003. Jerusalén, Israel

Richard se levantó un tanto perturbado y con el cuerpo algo magullado. No había dormido demasiado. Durante la noche, un nuevo sueño lo había transportado por todo Israel. Quizás, el sueño no era más que un repaso al viaje apasionante de las dos últimas semanas por el norte del país. En el transcurso de su último viaje, primero había visitado Acre, o Acco, antiguo puerto canaanita y fenicio, ciudad principal de Galilea durante la época romana y capital del reino de los cruzados después de la caída de Jerusalén. Y después también había vuelto a Tel-Aviv. En esa segunda visita, una experiencia extraña, que le ocurrió antes de regresar a Jerusalén, le causó una profunda impresión. En cierta forma, lo más interesante del viaje de las dos últimas semanas de febrero fue la experiencia, tan especial como extraña, ocurrida en Tel-Aviv.

Una noche, a altas horas de la madrugada, Richard se sintió nervioso y marchó a andar por la playa norte de Tel-Aviv, denominada Tel Barbach, no lejos del popular Country Club, y enseguida se tropezó con decenas de bellísimas prostitutas judías esperando a que llegasen sus clientes. En medio de un deseo enorme por contratar los servicios de una, observó cómo éstas se metían con los hombres tras las dunas de arena. De pronto, en medio de la noche, Richard vio a un individuo agachado que intentaba tomar una foto comprometedora con un equipo de alta calidad y lentes telescopicas, y se quedó perplejo. Al darse cuenta de que había sido descubierto, el sujeto corrió hacia Richard y le comentó con rostro crispado que olvidase el incidente. Mostró su documentación como funcionario y le preguntó su identidad. Al averiguar que se trataba de un inglés de origen hebreo que estaba en Israel por motivos relacionados con Hiram Abiff, la expresión del israelí cambió, le estrechó la mano y se confesó hijo de masón. Entonces, intentó explicarle el incidente con cierta torpeza. Ambos mantuvieron una conversación intrascendente, pero quedaron para verse el día siguiente.

A primera hora de la mañana de su último día de estancia en Tel-Aviv, Richard, así pues, volvió a encontrarse con el extraño individuo. Tras una larga conversación de dos horas, éste le insinuó con extrema prudencia su relación con el Mossad, el servicio de inteligencia israelí, el cual tenía fama de ser el mejor del mundo. David, mirando a Richard con unos ojos de color azul intenso, le explicó que el Country Club tenía una

cierta relación histórica con el Mossad y que muy cerca de allí, en lo alto de una colina, estaba o había estado la Midrasha, su academia de instrucción, por lo cual existía una vigilancia enorme. Al profundizar en la conversación sobre los servicios de inteligencia, David le confeso a un atónito Richard que el Mossad tenía un número reducido de agentes, en comparación con otros servicios; que los katsas u oficiales de servicios especiales estaban preparados para cualquier empresa, incluso el asesinato; y que la red de pisos frances, es decir, los apartamentos de operaciones del célebre servicio, se extendía por todo el mundo. David le habló del antiguo Tsomet, ahora con otra denominación, una especie de oficina central europea, y de los colaboradores externos, los sayanim, tal vez pensando que Richard podía conocer a alguno. Antes de despedirse, Richard aún pudo enterarse de que el Mossad poseía información delicada y un control diario sobre un buen número de líderes, jefes de Estado, personalidades, medios de comunicación...

Richard sonrió estirado en su cama, pensando en el viaje de recreo de las últimas semanas y en todas esas aventuras, sobre todo la de Tel-Aviv, pero enseguida tomó conciencia del sueño que le había llevado tres semanas antes al monte Zión y de que era tarde. Miró su reloj, se aseó y vistió, almorzó rápido y marchó de forma precipitada hacia la zona sur de la ciudad vieja de Jerusalén, donde le esperaban el monte Zión y la puerta de Zión.

Según el sueño revelador del día 13 de febrero, allí tenía que coronar una búsqueda de casi trescientos años. Allí, y solamente allí, como le había indicado el sueño revelador de algunas semanas antes, tenía que estar la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros, ya descartadas todas las demás posibilidades.

**

Richard caminó a buen ritmo por los alrededores de la ciudad vieja de Jerusalén y fue a parar al monte Zión, situado justo al sur de Jerusalén. Durante el recorrido, tuvo la impresión de que estaba a punto de desvelar un gran misterio, un misterio ligado a lo que él entendía como el Dios verdadero, el Dios de la Luz, conocido como Baphomet, Iblis, Lucifer, Prometeo..., que podía ayudar a la humanidad entera. Se puso tenso al observar cómo las nubes cubrían el cielo, provocando un color rojizo, y pensó que aquello podía ser un símbolo. Para sentirse fuerte y tomar mayor conciencia aún sobre el paso que estaba a punto de dar, a mitad del recorrido extrajo un documento de la Orden Illuminati y buscó fuerzas con su lectura:

«[...] Según una enseñanza de la tradición de los illuminati, contemplada ahora en el grado Xº o Sacerdote Iluminado del moderno Rito de los Iluminados de Baviera, existe un Dios incognoscible del que parten dos "dioses": un Dios de la Luz y un Dios de la Oscuridad. La tradición masónica del grado Maestro Masón ya nos habla de ello, cuando Tubal-caín lleva a Hiram Abiff al centro de la Tierra y le instruye en la tradición luciferina. Entonces le presenta a sus ancestros (Iblis, Enoc, Lamec, Tubalcaín...) y le explica que, en el comienzo de los tiempos, hubo dos dioses que se repartieron el Universo, Adonai, el amo de la materia y el elemento Tierra, e Iblis, el amo del espíritu y del fuego. El primero crea al hombre del barro y lo anima. Iblis y los Elohim (dioses secundarios), que no quieren que el hombre sea un esclavo de Adonai, despiertan su espíritu y le dan inteligencia y capacidad de comprensión.

»El Dios de la Luz ofrece, así pues, Luz, conocimiento, libertad, igualdad..., en una búsqueda de la significación del ser humano, mientras que el Dios de la Oscuridad ofrece dogmas, esclavitud espiritual y limitación. Recordemos que Adam Weishaupt, el catedrático alemán que fundó los illuminati de Baviera el 1 de mayo de 1776, era un firme defensor de la teoría que postula la existencia de dos polos: el de la Oscuridad y el ignorante errar por la vida, y el de la Luz, el conocimiento y la iluminación interior.»

Richard detuvo la lectura un momento y recordó que los hermanos de la Gran Logia de Londres y los illuminati de Baviera le habían entregado documentos de la maestría masónica que relataban la leyenda luciferina del grado Maestro Masón. Prosigió leyendo antes de arribar a su destino.

«[...] Más allá de lo dicho, se debe comentar que el Dios de la Luz ha tenido diversas representaciones a lo largo de la historia: Baphomet, el citado Iblis, Lucifer, Prometeo...; a la vez que el Dios de la Oscuridad también ha tenido diversas expresiones: Alá, Brahma, Yahveh... Y es Yahveh la única de todas ellas con rasgos similares al Dios de la Luz. Es interesante recordar que Moisés quedó "cegado" por su fuego y su Luz en el monte del Sinaí y que la Cabala, mística del pueblo hebreo, presenta aspectos luminosos.

»Por último, se debe comentar que ambos dioses, el de la Luz y el de la Oscuridad, que surgen como hemos visto de un único Dios incognoscible, han tenido abundantes seguidores, algunos de los cuales han fundado órdenes, cultos y religiones. Un seguidor de Yahveh, Abraham, fundó el judaísmo; otro seguidor de Yahveh, Jesús, fundó el cristianismo; un seguidor de Alá, Mahoma, fundó el islam; unos seguidores de Hiram Abiff, de Tubalcaín y de Iblis, los masones de los tiempos del templo de Jerusalén, fundaron la tradición masónica más luminosa; unos seguidores de Baphomet, los templarios, fundaron la tradición templaría; un seguidor de Baphomet, Adam Weishaupt, fundó los illuminati de Baviera; otro seguidor del Dios de la Luz, Aleister Crowley, fundó Thelema; y la Orden Illuminati, seguidora de Baphomet, ha fundado en cierta forma el culto que defiende el Liber Zión, los textos revelados por Baphomet.

»Cabe añadir que las órdenes, cultos y religiones asociadas al Dios de la Luz casi siempre apoyaron sociedades y sistemas políticos justos y emancipadores, mientras que los asociados al Dios de la Oscuridad también casi siempre apoyaron sociedades y sistemas políticos injustos y esclavizadores. Un ejemplo de ello pueden ser los crímenes horrendos de la Iglesia católica y la Inquisición contra los judíos, los conversos, los cataros, las brujas, los templarios, los illuminati o los masones... Otro ejemplo puede ser la excelente relación del papa Pío XII con Franco, Hitler, Mussolini y criminales varios.»

Richard, tras terminar la lectura y observar muy cerca el monte Zión, pensó que su empresa valía la pena, porque honraba al Dios de la Luz y una forma de sociedad justa, libre y alejada de esclavismos. En aquel momento incluso pensó que había llegado la hora de que todos los cultos conociesen al Dios verdadero y de que la tumba de Hiram Abiff y su misterioso tesoro ayudasen a la humanidad en ese sentido. Richard se acordó entonces del conde de Saint-Germain, de los hermanos de la Gran Logia de Londres, del Club del Fuego del Infierno, de los hermanos del Gran Oriente, de los illuminati de Baviera, de los rosacruces, de la Golden Dawn, de Crowley, de los illuminati de Nueva York, de la Orden Illuminati...

Después de sentir una añoranza profunda por el pasado y una esperanza inmensa en el futuro, el eterno Holbein llegó al monte Zión y dio unos primeros pasos inseguros por sus alrededores. Primero intentó divisar una acacia, el árbol que se colocó sobre la tumba de Hiram Abiff. Pero, tras casi una hora de paseos por el monte Zión, Richard no observó acacias, sino algo que le llamó poderosamente la atención en la puerta de Zión: un dibujo muy pequeño que parecía una marca masónica. Eso le hizo pensar de inmediato que podía intentar arribar a la tumba de Hiram Abiff y descubrir el tesoro desde ese punto. «¿Pero cómo?», se preguntó nervioso observando un cielo cada vez más rojizo.

Mientras miraba con detenimiento la muralla que circundaba Jerusalén, obtuvo la respuesta: debería utilizar las diferentes marchas masónicas de los grados más importantes de la masonería y los illuminati, partiendo desde la puerta de Zión y la marca masónica recién descubierta, para descubrir la tumba de Hiram Abiff y el anhelado tesoro de todos los tesoros.

Sin perder tiempo, elaboró una lista de marchas masónicas de los diferentes grados escogidos y se colocó al lado de la marca, justo junto a la puerta, para empezar el experimento. La sensación de encontrarse en un momento histórico aumentó.

**

A medida que Richard iniciaba las marchas masónicas, el cielo se ponía cada vez más rojizo. El Sol se divisaba en el horizonte y el calor había aumentado. La lista de marchas iniciales era la siguiente:

1. Aprendiz: tres pasos iguales, siempre con el pie izquierdo por delante, juntando a éste el derecho, de modo que a cada paso se forme una escuadra.

2. Compañero: tres pasos de Aprendiz y dos más en forma oblicua, iniciando con el pie derecho el primero y con el izquierdo el segundo, y teniendo presente juntar los otros pies en forma de escuadra.

3. Maestro Masón: tres pasos precipitados, dos de Compañero y tres pasos nuevos, a saber, uno hacia la derecha en diagonal con el pie derecho, uno hacia la izquierda con el pie izquierdo y uno hacia la derecha con el pie derecho, siempre uniendo el otro pie formando una escuadra.

La última marcha, es decir, la marcha del Maestro Masón, pasaba simbólicamente, en la logia masónica, por encima de la tumba del héroe masónico y maestro de maestros Hiram Abiff. Richard Holbein aspiró profundamente y realizó por fin la marcha del Aprendiz recta hacia adelante, partiendo de la marca masónica y de la puerta de Zión, y entonces se detuvo. Bajo sus pies o en los alrededores no había nada destacable. Añadió enseguida la marcha del compañero y de nuevo no encontró nada que le llamase la atención. Realizó la marcha del Maestro Masón desde el lugar en que se encontraba, y entonces se situó en un punto desde el cual se divisaban un par de acacias, algo que le sorprendió. Notó un gran nerviosismo y sintió que iba a desfallecer. «¡Acaciassssss!», bramó, provocando que un grupo de personas lo mirasen con asombro. La tumba de Hiram Abiff había sido señalizada con una acacia. Y por tanto, la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros podían encontrarse bajo sus pies o a una corta distancia de aquel punto, quizás más corta de lo que en principio podía parecer. ¿Ya había pasado por encima de ella con la marcha de la maestría masónica? Richard volvió a pensar en las marchas masónicas y recordó la marcha del grado Caballero Kadosh, tres pasos precipitados y las manos sobre la cabeza, al igual que las señales del Soberano Gran Inspector General. Primera: se cruzan los brazos sobre el pecho y se doblan las rodillas inclinándolas hacia el suelo. Segunda: se desenvaina una espada y, al mismo tiempo, se dobla la rodilla izquierda y se pone la mano izquierda sobre el corazón. Tercera: se acercan tres veces los labios a la hoja de la espada. «¿Escondían aquellas marchas algún misterio capaz de ayudarlo a culminar la búsqueda?» se preguntó a sí mismo.

Holbein suspiró sin moverse, observó el extraño cielo rojizo y dio los tres pasos del grado Caballero Kadosh con las manos sobre la cabeza. Tras acabar, se situó más cerca de las acacias, pero continuó sin observar nada especial. Prosigió con las tres señales del grado Soberano Gran Inspector General y lo único que descubrió fue el asombro de los espectadores que pululaban por la zona. Una mujer murmuró que estaba en trance y que podía ser un cabalista hebreo sefardí. Richard escuchó el comentario, esbozó una sonrisa y se mantuvo quieto a pocos metros de las acacias.

Ante el aparente fracaso, marcó el puesto conquistado, decidió que debía detener la búsqueda y se marchó a un hotel cercano para comer algo y descansar. Cuando empezaba a anochecer, se levantó de la cama de su habitación, cenó un poco de fruta y, poco después, se marchó a dormir, para recuperar fuerzas para el día siguiente. Aquella noche, Richard durmió apaciblemente, aunque un sueño lo condujo a la tumba de Hiram Abiff y al tesoro de todos los tesoros; soñó que el propio Hiram Abiff se apoderaba de su espíritu y lo conducía a un palacio subterráneo donde se encontraban Caín, Tubalcaín, Iblis, Baphomet...

Con el amanecer, el eterno Holbein se despertó y decidió que debía finalizar la búsqueda añadiendo la marcha del grado Sacerdote Iluminado, el cual era el grado posterior al Soberano Gran Inspector General en la Orden Illuminati. Acudió corriendo al lugar marcado el día anterior, sin apenas desayunar, realizó la marcha del Sacerdote Iluminado y fue a parar delante de una acacia, a la cual golpeó con los dos pies. Así notó que era un

árbol hueco por completo. Richard Holbein, aún medio dormido, sintió en aquel instante que los espíritus de todos los grandes maestres e iniciados se postraban ante él, y creyó volverse loco al notar que muy probablemente se encontraba cerca de la tumba del mismísimo Hiram Abiff o había pasado por encima.

Anonadado, aporreó el árbol y, tras lograr abrir una abertura, consiguió observar un hueco que conducía hacia el interior de la tierra. Golpeó el árbol otra vez y abrió un agujero mayor. Con inmensos esfuerzos, consiguió abrir un hueco aún más grande e introducirse por fin en el interior del árbol, hasta descubrir una escalera de unos cien metros de profundidad que conducía a un lugar oscuro.

Richard descendió con cuidado por los primeros escalones y encendió una antorcha que encontró en la pared con unas cerillas que siempre llevaba encima. Bajó exactamente 156 escalones. ¡El valor numérico de la palabra Zión! Gracias a la luz de la antorcha, pudo apreciar que en un rincón había una tumba; que en otro rincón se encontraban unos manuscritos muy antiguos; y que en otro punto se podían ver pinturas que representaban a los diferentes reyes de Israel, el rey Salomón, la reina de los sábeos, Balkis, una auténtica belleza... Richard tomó conciencia de que se encontraba ante la tumba de Hiram Abiff y muy cerca del tesoro de todos los tesoros y, aunque se sintió conmocionado por el descubrimiento, decidió no perder el tiempo.

Richard Holbein pasó un par de horas en el interior de la tierra, en las mismísimas entrañas de Jerusalén, intentando descifrar los misterios del gran descubrimiento que acababa de realizar, un descubrimiento histórico.

Primero se recreó observando e investigando sobre todo lo que rodeaba a la tumba. Los manuscritos eran muy antiguos e indescifrables; los cuadros, bellísimos. Y también encontró joyas y piezas de oro de valor incalculable.

Después, se dirigió hacia la tumba de Hiram Abiff y la midió, siguiendo la tradición masónica, para comprobar que se trataba de la auténtica tumba de Hiram Abiff. La latitud era de tres pies de norte a sur, la profundidad, de cinco pies, y la longitud, de siete pies de este a oeste. Todo correcto.

Medida la tumba, Richard observó que del cuerpo de Hiram Abiff apenas quedaban unos huesos podridos por el paso del tiempo, aunque sí pudo ver dentro de su tumba unas herramientas masónicas; un mandil de Maestro Masón; un triángulo de oro, con las palabras Tubalcaín, Iblis y Baphomet; y un pergamo. Nervioso y expectante, cogió el pergamo con extremo cuidado y lo observó con detenimiento, y se dio cuenta de que se trataba de un mapa muy antiguo del templo de Jerusalén. Y no dudó de que aquello era el tesoro; aquel mapa era el gran tesoro que había estado buscando durante trescientos años, por tierra, mar y aire.

Gracias a sus conocimientos de hebreo antiguo, tras no pocos esfuerzos, Richard entendió el significado del mapa. Contenía las medidas de lo que debía ser el nuevo templo de Jerusalén, es decir, contenía las claves que debían servir para construir ese nuevo templo. Una frase escrita al pie del mapa decía: «Con el nuevo templo, será adorado el Gran Arquitecto del Universo e Iblis-Baphomet instaurará su reino de justicia y libertad.»

En aquel instante, Richard, bastante sucio por culpa del polvo y con el tesoro de todos los tesoros en sus manos, se sintió mareado y se sentó en el suelo. Tras unos momentos, y a pesar de sus mareos, también se sintió el hombre más dichoso del planeta por descubrir la tumba de Hiram Abiff, el tesoro de todos los tesoros y el extraño mapa. Lloró en silencio de la emoción de pensar que su larga búsqueda había terminado con brillantez.

En las entrañas de la tierra, Richard se acordó además del Líber Zión y de las palabras de Sonny, el masón e illuminati de Nueva York, en referencia a una nueva era que tenía que comenzar pronto, y pensó que el mapa podía ser la clave. Creyó también que Saint-Germain, los illuminati, los rosacrucos y otros hermanos masones participaban en aquella especie de conspiración por un mundo mejor, más justo y libre, desde hacía algunos siglos.

Mareado y nervioso por el descubrimiento, Richard meditó que el mapa indicaba ni más ni menos cómo debía construirse el templo de Jerusalén que tendría que influenciar, con su simbolismo y poder, en el futuro de la humanidad, y que cualquier fanático integrista podía intentar asesinarlo en el caso de descubrir la trascendencia del histórico descubrimiento. ¿Qué repercusión podía tener el mapa en la situación internacional? ¿Y en el futuro?

Algo más sereno, de pronto, cogió el mapa, lo escondió dentro de su ropa sin demora y trepó corriendo por las escaleras para salir de nuevo a la luz del día. Cerró la entrada del árbol con torpeza, ajustándola como buenamente pudo, marchó a comprar una potente cola de pegar, regresó, pegó la entrada y desapareció por las estrechas y sinuosas calles de Jerusalén.

En aquel instante, el Sol ya estaba en el céntit y la histórica ciudad había cobrado vida. Por increíble que pudiera parecer, Richard pudo comprobar que nadie se había fijado en lo que había hecho.

**

Pocos días después del histórico hallazgo, el ataque a Irak parecía inminente y el eterno Holbein decidió que había llegado el momento de marcharse de Israel con el tesoro de todos los tesoros; preparó sus maletas, compró un billete de avión y partió con urgencia rumbo a Estados Unidos, donde debía entrevistarse con los hermanos de la Gran Logia de Nueva York y los illuminati para entregarles el tesoro, es decir, el mapa, tal como había acordado por e-mail. Antes de su marcha, no obstante, avisó del descubrimiento a los hermanos de la Orden Illuminati de Barcelona, la cual le había resultado de gran ayuda en su larga búsqueda, al hacerle partícipe de los conocimientos más elevados del iluminismo masónico.

Al pasar el control de aduanas en Israel, Richard se puso muy nervioso y sudó una vez más. Notó que varias gotas recorrían su pecho, justo cuando un funcionario le preguntó qué era ese mapa antiguo que

llevaba. Entonces sólo pudo balbucear y dar una explicación simple que resultó convincente. Pasado el mal trago, subió rápido al avión para evitar otros problemas, y marchó en dirección a Estados Unidos. La verdad es que Richard Holbein estuvo a punto de ser retenido en el control de aduanas por culpa del extraño mapa que portaba.

El avión de Richard partió rumbo a Estados Unidos el día 15 de marzo de 2003, días antes de la fecha prevista para el ataque contra Irak. Al observar por la ventanilla cómo Israel se alejaba, sintió una mezcla de amargura por la situación internacional y, a la vez, de orgullo por su victoria frente al tiempo y las dificultades. La guerra era inminente, pero lo que él había descubierto, la tumba de Hiram Abiff y el tesoro de todos los tesoros, podía cambiar el curso de la historia y evitar más guerras en un futuro no demasiado lejano.

Durante el viaje, Richard no pudo dormir por miedo a perder el control sobre el mapa. Y, ya en el aeropuerto de Nueva York y en la propia ciudad de los rascacielos, decidió llevarlo bajo el brazo derecho, como si se tratara de un objeto personal e intransferible. Al llegar a su apartamento, lo escondió y esperó el día de la cita con los illuminati.

En Nueva York, ni tan siquiera perdió el tiempo en recorrer las calles y lugares por los que muchas décadas antes había deambulado con Crowley. Tampoco visitó a los amigos de otros tiempos que todavía estaban vivos. Sólo tuvo un breve encuentro con los hermanos de la Gran Logia de Nueva York y los illuminati en su cuarto día de estancia, y poco más. Sin mediar más palabra que los saludos habituales y una breve explicación, entregó a los illuminati y masones el mapa, y supo que su búsqueda de trescientos años no había resultado inútil, pues gracias a ellos se pudo enterar de que la simple construcción del templo de Jerusalén en dimensiones reducidas y bajo las indicaciones del mapa podía bastar para que la humanidad entrase en una nueva era, en este caso, una era de igualdad y libertad, alejada del esclavismo religioso, político y social, que tantas y tantas guerras había provocado en el transcurso de la historia.

El poder de las medidas simbólicas del templo podía bastar para tan magna empresa, según el criterio de los hermanos. El hermano Sonny, que pudo acudir a la reunión a pesar de su avanzada edad, le repitió con insistencia: «Lo hemos conseguido... Lo hemos conseguido, Richard.»

A Richard le bastó saber esos datos para sentirse feliz, muy feliz... y regresar en paz a Inglaterra, algunos días después, con el sentimiento de haber cumplido su histórica misión. En el viaje de regreso, mientras observaba el enorme e infinito océano Atlántico bajo sus pies, recordó a todos aquellos que de alguna forma habían participado en la búsqueda, y sintió un nudo en la garganta al recordarlos... Masones, rosacrucianos, illuminati... La frase de Sonny le dio vueltas en la cabeza: «Lo hemos conseguido..., lo hemos conseguido, Richard.»

* *

Ya en su patria, el eterno Richard Holbein pensó de nuevo en todos aquellos que le habían ayudado en su búsqueda.

Nada más poner los pies en Inglaterra, de hecho, se detuvo por un momento y volvió a recordar a muchos grandes iniciados que le guiaron en su camino... Todos, en parte, eran culpables de aquel final feliz.

Envuelto en estas meditaciones, el eterno Holbein marchó en coche hasta su vieja mansión y al arribar a ésta, de manera inesperada, se encontró cara a cara con un viejo conocido, ni más ni menos que quien lo había involucrado en toda la apasionante historia del tesoro: el conde de Saint-Germain, el cual lo esperaba en la estancia principal de su mansión. El conde de Saint-Germain se abrazó a él nada más verlo y le felicitó por haber conseguido llevar a buen puerto la empresa histórica que le encomendó a inicios del siglo xviii..

Tras los emotivos saludos, entraron en la estancia mayor de la mansión y, sin demora, descorcharon una botella de champán, se felicitaron mutuamente y hablaron, hablaron, hablaron..., porque en aquel instante todo estaba hecho y ambos sabían que era momento de disfrutar de la victoria final. Con la Gran Obra concluida, sólo restaba saborear la gran victoria. Ellos sabían que el mapa y un pequeño templo de Salomón cambiarían el curso de la historia, del futuro de la humanidad, gracias al poder simbólico de sus medidas, asociadas al valor numérico 156. Sabían que el número 156, el valor en número de Zión, conduciría a los hombres a descubrir el Dios interior, a progresar y a hermanarse para la eternidad.

Saint-Germain, mientras escuchaba al eterno Holbein, notó que le caían lágrimas por la cara, y sintió algo parecido a lo que pudo sentir éste en el momento de encontrar el tesoro. Y dijo a Richard: «El Dios de la Luz va a reinar por siempre, por el bien de todos los hombres y mujeres.» Y se detuvo porque no pudo proseguir de la emoción.

Trescientos años no son muchos, pero pueden dar para mucho. Tanto que, en las décadas posteriores al final de la larga aventura del eterno Richard Holbein, el influjo de la maqueta del nuevo templo de Jerusalén, construida y escondida en Estados Unidos, bastó para iniciar una nueva era bajo los auspicios de Zión y Baphomet-Iblis, el Dios de la Luz, el Dios único y verdadero. La humanidad descubrió a un nuevo Dios; la paz, la igualdad y la libertad triunfaron; el esclavismo, la guerra y la muerte desaparecieron; y el templo de Jerusalén se convirtió en el templo de todos los hombres, como indica también el propio nombre Baphomet escrito al revés: «Tem Ohp Abi» o «templi omnium hominum pacis abbas», es decir, «el padre del templo de la paz de todos los hombres».

El lugar donde está escondida la maqueta del templo de Salomón con sus medidas exactas, por el momento, es secreto. Nadie lo sabe, salvo unos pocos iniciados masones, rosacrucianos e illuminati. Sin embargo, algunos expertos han sospechado en más de una ocasión que los cambios ocurridos a nivel planetario en los últimos años responden a ese influjo constructivo y positivo del otro Dios, del Dios de la Luz.

Otros lo atestiguan por haber participado en una conspiración milenaria descrita en esta obra en parte y discretamente.

BIBLIOGRAFÍA

- Ambelain, Robert: El secreto masónico, Barcelona, Martínez Roca, 1987.
- Bayard, Jean-Pierre: La meta secreta de los rosacrucos, Barcelona, Robinbook, 1991.
- Bakunin, Mijail: Dios y el Estado, Gijón, Júcar, 1992.
- Bennet, John G.: Relatos de Belcebú, Madrid, Heptada, 1991.
- Bourre, Jean Paul: La sangre, la muerte y el diablo, Madrid, EDAF, 1990.
- Burman, Edward: Los Asesinos, la secta de los guerreros santos del islam, Barcelona, Martínez Roca, 2002.
- Carballal, Manuel: Los expedientes secretos, Barcelona, Planeta, 2001.
- Casals i Meseguer, Xavier: La tentación neofascista en España, Barcelona, Plaza & Janes, 1998.
- Clavel, F. T. B.: Historia secreta de la francmasonería. Edicomunicación, 1988.
- Crowley, Alister: De arte mágica. Die Oriflamme, 1913.
- Magia (K). Teoría y práctica, Madrid, Luis Cárcamo, 1986.
- El libro de las mentiras, Barbera del Valles, Humanitas, 1988.
- Los textos sagrados de Thelema, Madrid, EDAF, 1989.
- La hija de la Luna, intrigas mágicas del bien y del mal, Barbera del Valles, Humanitas, 2000.
- El continente perdido y otros ensayos, Madrid, Valdemar, 2001.
- Daza, Juan Carlos: Diccionario Akal de la francmasonería, Tres Cantos, Akal, 1997.
- Discípulos de la verdad: Mentiras y crímenes en el Vaticano, Barcelona, Ediciones B, 2000.
- Engels, Friedrich: El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, Barcelona, Debarris, 1998.
- Eslava Galán, Juan: Los templarios y otros enigmas medievales, Barcelona, Planeta, 1992.
- Fama Fraternitatis: Ediciones Rosacrucos.
- Fulcanelli: El misterio de las catedrales, Barcelona, Plaza & Janes, 1968.
- Guerra, Manuel: Diccionario enciclopédico de las sectas (3.a edición), Madrid, BAC, 2001.
- Guía de las sectas en Latinoamérica, Pamplona, EUNSA, 2003.
- Herrero, Luis: Conde, el ángel caído, Madrid, Temas de Hoy, 1994.
- Howard, Michael: La conspiración oculta, Madrid, EDAF, 1990.
- J. Muniesa, Fernando: Los espías de madera, Madrid, FOCA, 1999.
- Knight, Christopher y Robert Lomas: La clave masónica, Barcelona, Martínez Roca, 2002.
- Lavagnini, Aldo: El secreto masónico, Buenos Aires, Kier, 1980.
- Manual del Aprendiz, Buenos Aires, Kier, 1984.
- Manual del Compañero, Buenos Aires, Kier, 1984.
- Manual del Maestro, Buenos Aires, Kier, 1971.
- López de Rojas, Gabriel: Guía internacional de las sociedades secretas, Barcelona, Ediciones G, 1998.
- Masonería: historia, ritos y misterios, Barcelona, Ediciones G, 2002.
- Rituales masónicos: Aprendiz, Compañero y Maestro, Barcelona, Ediciones G, 2003.
- Rituales rosacrucos y templarios, Barcelona, Ediciones G, 2003.
- El Liber Zión. Los textos sagrados de los illuminati, Barcelona, Ediciones G, 2001.
- O.T.O. Templarios orientales, Barcelona, Ediciones G, 2001.
- Los MILENARIOS: El Vaticano contra Dios, Barcelona, Ediciones B, 2000.
- Mariel, Pierre: Rituales e iniciaciones en las sociedades secretas, Madrid, Espasa Calpe, 1978.
- Messadié, Gerald: El diablo, Barcelona, Martínez Roca, 1994.
- Nettlau, Max: La anarquía a través de los tiempos, Gijón, Júcar, 1977.
- Nietzsche, Friedrich: Obras selectas, Móstoles, Edimét, 2000.
- Orden Illuminati: Documentos de los ritos masónicos. Rito de los Iluminados, Rito Escocés Antiguo y Aceptado, Antiguo y Primitivo Rito de Memphis-Misraim...
- O'Grady, John: El principio de las tinieblas, Madrid, EDAF, 1990.
- Pérez, Joseph: Crónica de la Inquisición en España, Barcelona, Martínez Roca, 2002.
- Preston, Paul: Franco, caudillo de España, Barcelona, Grijalbo, 1994.
- Regardie, Israel: La aurora dorada, Madrid, Luis Cárcamo, 1986.
- De Rosa, Peter: Vicarios de Cristo, Barcelona, Martínez Roca, 1989.
- Sánchez, Alicia y María PoméS: Historia de Barcelona, de los orígenes a la actualidad, Bcn Óptima, 2001.
- Seral Coca, Manuel: Lucifer, símbolo oculto de la iniciación, Barcelona, Fausí, 1989.
- Sverlo, Patricia: Un rey golpe a golpe, Bilbao, Ardi Beltza, 2000.
- Symonds, John: La gran bestia, Madrid, Siruela, 1990.
- Valores del judaísmo: Libros de bolsillo de Israel, Jerusalén.
- Wasserman, James: Templarios y asesinos, Barcelona, Martínez Roca, 2002.
- Wilson, Robert Antón: Las máscaras de los illuminati, Madrid, Miraguano Ediciones, 1990.

* * *

**Este libro fue digitalizado para distribución libre y gratuita a través de la red
Digitalización– Revisión y Edición Electrónica de NascaV
25 de Junio 2004 – 19:30**